

Cuentos de la Primera Era, Vol 2 - Alta Fantasía -
Colección de Relatos

Sergio Martínez Medina

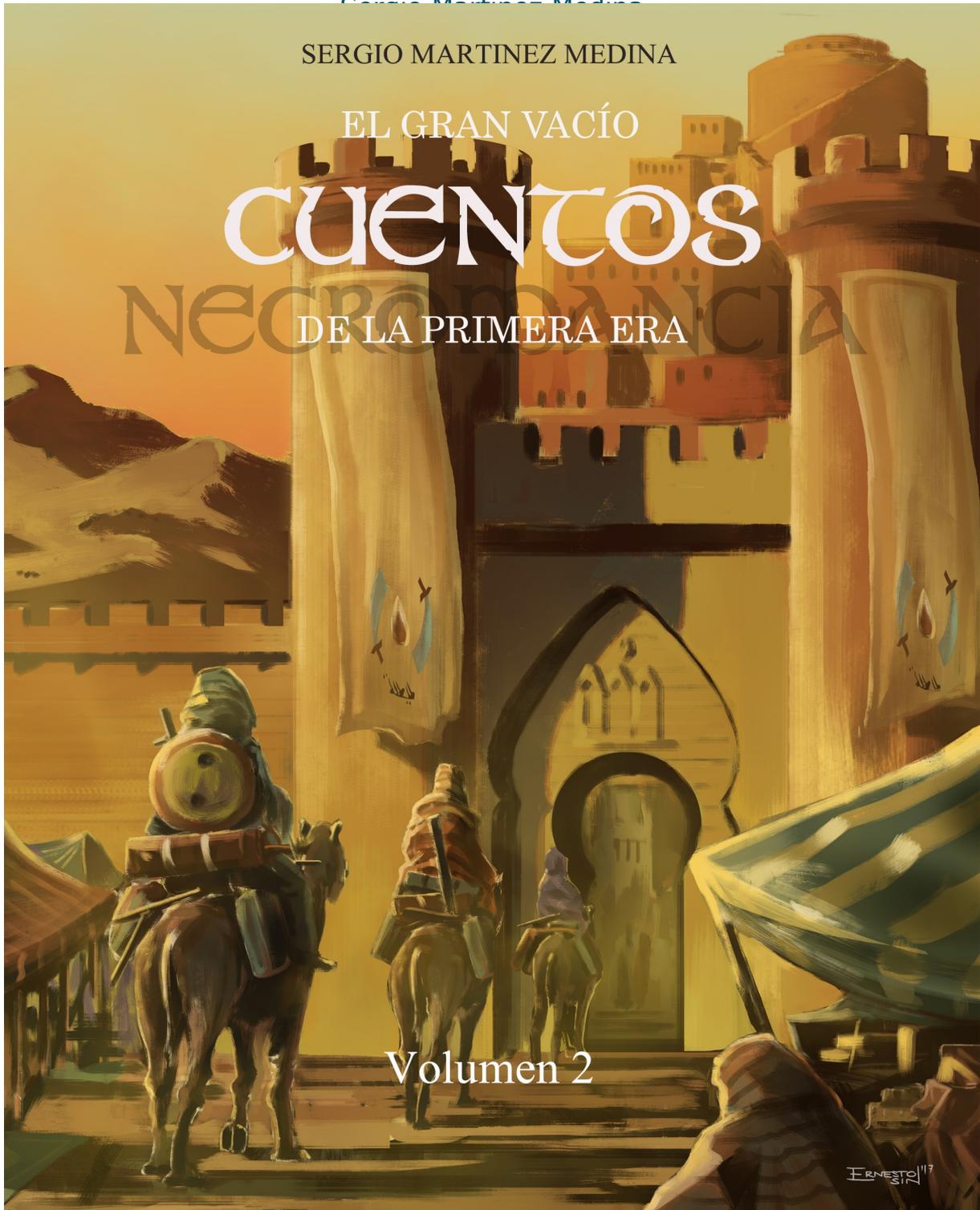
SERGIO MARTINEZ MEDINA

EL GRAN VACÍO

CUENTOS

DE LA PRIMERA ERA

Volumen 2



Capítulo 1

Prólogo

Es increíble que este sea el tercer libro de El Gran Vacío. Hace menos de un año estaba terminando de corregir y traducir Necromancia. En ese entonces, los Cuentos no existían, ni como obra ni como idea. Y apenas tres meses después de publicar la versión en inglés de la génesis de todo este universo estoy feliz de ver 30 cuentos que expanden el alcance original de Necromancia: La Primera Era; 30 cuentos que existen en un mundo que cada vez siento más independiente de mí. Y eso, creo, es algo a lo que aspiramos muchos de los que escribimos fantasía. Úrim es un planeta que tiene ya su propia economía, sus propios problemas, y a uno como autor le queda sólo ir construyendo su historia. Por eso, después de los Cuentos 1 y 2, habrá silencio. Viene la historia de Thule, otro de los continentes, y con ella la historia de los trolls y los gnomos. Este libro tiene algunas sorpresas, tal vez varias anunciadas en el índice, y esta vez, muchos de los cuentos son de la raza humana. Hay muchas literaturas que confluyen aquí. Algunas de ellas son la española, la árabe y la azteca, y habrá quien encuentre referencias a Stoker, Melville y Byron. A diferencia de Cuentos 1, creo que los relatos de Cuentos 2 son más terrenales; es decir, tratan problemas más cotidianos. Mientras que en la primera parte hay cuentos más filosóficos, como el Diario de los Sueños de Atonakéth, o completamente mitológicos, como la historia de Vatra, la elemental de fuego, en este hay cuentos de corrupción y abusos de poder, y en algunos se habla ya de las máquinas que existen y que existieron antes y durante la Primera Era. Sin embargo, estos cuentos también están llenos de leyendas y mitos, pues esa es la parte más emocionante de todo esto: compartir las historias que hay en el Gran Vacío. Muchas de ellas se dan solas y sólo me toca a mí escribirlas.

Por último, quiero agradecer a mis ilustradores Iván y Ernesto por el apoyo y dedicación que le ponen a su trabajo y al cada vez más grande universo de Úrim. Esperen pronto la primera parte de la Segunda Era, Las Guerras Troll. Habrá noticias en la página oficial de Facebook El Gran Vacío: Cuentos e Historias de Úrim. Los dejo, pues, con los cuentos. ¡Gracias por confiar en la saga y seguirme apoyando!

Sergio Martínez Medina

Aguascalientes, México, 1 de Marzo de 2017

Capítulo 2

1. Las Flores de Jazmín, parte 1

Ciclo 954, Toledo

Abu Nassar despertó tarde, con dolor en los ojos y la lengua hinchada. Ya estaba acostumbrado. Eran los efectos secundarios de la poción noteacuerdes, lo único que le permitía sobrevivirse todos los días en la desgracia en la que se había convertido Toledo. El sol ya tenía unas horas en el cielo, y a juzgar por la cantidad de gente que se movía sobre el piso adoquinado de la ciudad, los mercados habían abierto ya desde hacía unas horas. No le importaba, en realidad. No era como que la vida fuera a cambiar mucho o que lo necesitaran. Desde que Granada había roto su asedio, las ciudades de sus alrededores se habían ido disolviendo. Todas menos Toledo, que había logrado subsistir al margen del tremendo poder de la capital. La ciudad de la frontera con el Sharran atrajo a toda la gente que no quería ir a la Perla del Desierto. Con todos los inmigrantes que llegaron, los puestos se saturaron de mano de obra barata. Abu fue sustituido como ayudante del alquimista local, Meshif al-Mukhtar, por un extranjero que apenas cobraba su trabajo. Medio frasco de poción matahambres cada tres días. El miserable de Meshif ni siquiera le dijo por qué, hasta que se enteró por su hermana Sayida. Ella y el alquimista eran amigos desde pequeños y fue gracias a su amistad que lo había contratado. Pero Meshif se había vuelto avaro, y con su dominio de las plantas y los brebajes se había enriquecido de manera importante. Bueno, al menos antes de que llegara Faris al-Rashid y se colocara como sultán de Toledo. Desde entonces, Meshif había tenido que esconder sus pociones y hacerse pasar por un simple curandero. Salió de casa a respirar aire fresco. Se le llenó la cara de tierra. Una ligera brisa trajo a Toledo los vestigios de lo que debió ser una enorme tormenta de arena en el Sharran.

El sol dorado lo deslumbró. Ya estaba habituado a permanecer por varios días seguidos dentro de la casa. Dormía y se paseaba de habitación en habitación. Sayida le decía que era necesario que buscara trabajo con los guardias de la ciudad. Y varias veces intentó salir, acercarse a la puerta y poner un pie fuera, pero siempre era más fácil no hacerlo. ¿A qué salir? No tenía negocios, tenía pocos amigos y para todo necesitaba pociones o bienes que cambiar. No tenía nada de eso y apenas les llegaban noticias de Granada. La gente que huía del sultanato de Faris al-Rashid jamás

regresó a Toledo. Y pensar que la gente lo apoyó para llegar al poder. Se alzó como líder del pueblo cuando empezaron las hambrunas de Midgard y logró que los mercaderes bajaran los precios de sus granos. Poco después recibió el califato entre vítores y ovaciones. Su reino de terror empezó algunos meses después de la destrucción de Dhabí. Ordenó a su gente mantenerse dentro de Toledo, pero lo que parecía ser una medida de seguridad al principio se trastornó hasta volver la ciudad una prisión para todos los comerciantes y agricultores. Caminó entre los puestos, pasó de mercader en mercader hasta que encontró a Brahim. Era un arriero de Granada, un viejo trotamundos que había logrado acumular cientos de miles de pociones curativas, matahambres y lumínicas, y cada una de ellas podía llegar a costar lo mismo que un camello. Aunque su riqueza era chica en comparación de la del alquimista Meshif, Brahim también era un hombre de poder antes de la llegada de Faris.

Eran ellos, los ricos de antes, los que sufrían más el yugo del sultán. No tenía sentido haber amasado su fortuna si no podían disfrutarla. Faris al-Rashid no permitía que nadie en la ciudad exhibiera riquezas mayores a las suyas. Dos o tres comerciantes se atrevieron a hacer gala de sus caravanas de camellos y desaparecieron en medio de su viaje al desierto. Algunos de los supervivientes decían que se habían perdido o que habían encontrado nidos de víboras, pero Abu estaba seguro de que Faris los había mandado matar. No parecía tan difícil. Siempre estaba aquel que aceptaba algunas pociones por hacer los trabajos sucios. Los bienes fueron reclamados por el sultán. A partir de entonces, las caravanas que no le pertenecieran directamente se habían limitado a un máximo de quince camellos, apenas lo suficiente para transportar un cargamento de alimentos a Granada y regresar con una ganancia mínima. La gente de la capital solía pagar con telas, pociones de resistencia al calor, extracto de cactus y naranja, inciensos y, muy rara vez, algún diamante. Tras algunos viajes en los que comprobó por sí mismo los bienes importados, Faris empezó a exigir a mercaderes y arrieros que pasaran por una revisión tras su regreso. Ahí decomisaba lo que le venía en gana y mandaba golpear a quien fuera necesario para que revelaran dónde traían las pociones de luz. Estas habían adquirido un valor enorme por lo raro del diamante, y porque las noches de Toledo eran especialmente oscuras durante el la Estación del Agua. La gente solía adquirirlas en la Estación del Fuego, ya fuera cambiando costales de trigo o telas preciosas, y no pagar tres veces su valor durante esta época. Las pociones matahambres, un invento de los mercaderes, servían para adormecer el estómago y permitían a los piromantes extender su poder más allá del alimento que hubieran consumido. Eran el bien más corriente en los distintos pueblos de la región de Muspel, y aunque no tenían los nutrientes de los alimentos cotidianos, al menos permitían sobrevivir algunos días sin comer. Otras pociones comunes en Toledo incluían brebajes fertilizantes para los campos, pociones de crecimiento para los árboles y muchas usadas en la

cocina. Algunas más eran usadas en pomadas y ungüentos de belleza, y todavía una última rama les permitía a los alquimistas recordar cientos de ingredientes durante más tiempo. Después de contactar a los elfos, Meshif descubrió que éstos las encontraban especialmente útiles debido a una maldición que parecía azotar a su pueblo, y pagaban grandes cantidades de madera de Kemet, plumas de búho, de un ave exótica del bosque, llamada quetzal y otras cosas. Pensando en esto y aquello, por fin dio con Brahim. Su piel morena revelaba su origen granadino.

— Pero si es el bueno para nada de Abu. ¿Qué quieres ahora, más matahambres? ¿Y mi paga? Te esperaba desde ayer en la tarde.

— Estuve hablando con mi hermana.

— ¡Qué bien! ¡Y yo con varios clientes! ¿Necesitas algo? No me estés robando el tiempo. Yo sí tengo que hacer.

— Sobre Faris, imbécil. — El arriero no pareció sorprendido, pero despidió a las pocas personas que tenía cerca. Cuando se hubo ido el último cliente se acercó a Abu y le pegó una cachetada con el dorso de la mano.

— A mí no vas a venir a insultarme a mi casa. Te tolero sólo porque tu hermana está de buen ver y tiene contactos. Tú no vales nada, Abu. ¿Qué quieres?

— Parece que hay otros que están hartos del sultán. Quieren encontrarle una solución que nos convenga a todos.

— A ti hasta trabajar con la mierda de mis camellos te conviene. — el arriero no pudo evitar reírse de Abu Nassar. Todos sabían que si seguía vivo, era sólo gracias a Sayida. Que encima tuviera el atrevimiento de hablarle como si fueran iguales...

— Meshif quiere asesinarlo.

Meshif llevaba ya un rato esperando a sus ayudantes. Les había encargado ir al bosque del norte, el mágico bosque de Glitnir, desde hacía cuatro días, y ya casi era hora de que regresaran. Le dolía haber despedido a Abu, pero la verdad es que sólo estaba buscando un pretexto para hacerlo. Ya varias veces se había dado cuenta de que todos los días le faltaban ingredientes, cantidades pequeñas pero que a la larga eran una pérdida importante. Y en realidad, Abu era el único sospechoso. Casi todos los demás ayudantes estaban o bien haciendo encargos todo el tiempo, o bien trabajaban en la recolecta de hierbas. Abu era un

oportunista, pero hasta para eso era imbécil. Si creía que un alquimista no se daría cuenta de cuántos ingredientes le faltaban, sobre todo si era polvo de escama de dragón, era eso o que era ingenuo. El polvo era el verdadero componente importante de todas las pociones. Era el secreto del gremio. Sin él, muchos de los componentes no reaccionaban, e incluso los diamantes se volvían inútiles. Los granadinos dominaban el mercado, claro está, porque las bestias aladas habían hecho su nido ahí y no parecía que fueran a dejar pronto la ciudad. Aunque, ahora que lo pensaba, su fama se había esfumado tras el asedio. La gente decía que no habían servido de nada, que eran ya fósiles, que rompieron el cerco de la muerte sin su ayuda, y en ese momento el futuro del mercado del polvo de escamas era incierto. Sea como fuere, la llegada de los extranjeros le permitió correr a Abu sin culparlo de los robos. Lo que menos quería era buscarse un malentendido con Sayida. No le temía, claro, pero ambos tenían una amistad muy larga. Además, con el paso de los ciclos, Sayida había demostrado conocer bastante bien las hierbas y ungüentos que la gente usaba en la ciudad. La admiraba, sí, pero también temía que se fuera a volver mejor que él. Por lo pronto, el secreto del polvo de las escamas de dragón seguía a salvo. Si el sultán se enteraba del contrabando que había con Granada, las cosas se pondrían muy feas. La mente de Meshif se perdió en uno de sus libros, y esa tarde no volvió a pensar en Abu.

Caminó por las sombras del Camino de la Fuente, un empedrado que se alzaba algunos metros por el riachuelo del Cabo. Éste, a su vez una de las vertientes de agua más importantes de la ciudad. Siguió avanzando. Podía ver el puente de madera que habían construido hacía algunos ciclos y que conectaba las dos partes de la ciudad. Del otro lado estaba el Barrio de Piedra, donde se agrupaban la mayoría de los artesanos. Ahí debía hablar con un hombre que le cobraría algunos gramos de algún ingrediente valioso por un lote completo de noteacuerdes. Nunca era el mismo. Probablemente el pobre desgraciado al que habían agarrado ni siquiera tenía idea del valor de las cosas que estaba traficando. Sería su última compra. Sin acceso a los materiales del alquimista, Abu no sabía cuándo podría volver a ingerir la sustancia mágica. Estaba comenzando a desesperarse. Le dolía la mejilla. Brahim seguro se había cobrado más que el insulto. Pero no importaba.

Brahim preparó los corrales para recibir a la caravana. Esa tarde llegaría un cargamento desde Granada y ganaría un buen lote de pociones lumínicas por ayudar a meter la mercancía de contrabando. Era la táctica a la que habían recurrido él y Meshif. Mezclaban el polvo negruzco con hollín para disimularlo y lo metían junto a las bolsas de carbón que el alquimista usaba en su estudio. Desde luego, si el sultán hubiera sabido

que había, para empezar, un alquimista en Toledo, hacía mucho que o lo hubiera matado o lo habría recluido dentro de palacio para que le fabricara pociones día y noche. Suspiró. Antes de Faris, la vida había sido enormemente sencilla. No tenían problemas ni con Granada ni con los elfos, y las provincias del oeste, bajo el dominio del Emperador Sek Gul'nuug estaban en paz. Después de la muerte de M'ur Golgoth, el Imperio se había volcado sobre sí mismo, y Sek parecía más preocupado por mantener la unidad dentro de su territorio que por expandirse o por retomar la guerra en el Altair. Los enanos tampoco eran un problema. Todos estaban metidos dentro de la montaña de Gal'Naar, tan al norte que no parecía que fueran más que cuentos. Sin embargo, él mismo había visto piezas de armadura exhibidas en Granada, tesoros que la gente hurtó durante el asedio y que pertenecieron a los guerreros del rey Skallargrim. Suspiró otra vez. Quería volver a salir de Toledo. Las calles se le figuraban cada vez más iguales, más tristes a pesar del brillo de oro del sol.

Hacía mucho que Sayida Nassar había aprendido a defenderse sola. Sabía que Meshif estaba enamorado de ella desde hacía tiempo, y aunque era un hombre agradable y que la respetaba, no podía corresponderle el cariño. En realidad, Sayida no recordaba haberse enamorado, como decían los cuentos, enamorado de veras, de nadie. Había habido algunos hombres, y también algunas mujeres, pero nunca nada serio. Ella estaba más interesada en el mundo de las palabras no dichas, las dagas debajo de la ropa, la alquimia secreta del desierto. Si había alguien en Toledo que supiera cómo hacer una poción incluso mejor que Meshif, era ella, y se cuidó muy bien de revelárselo a nadie. No quería que el imbécil de su hermano fuera a delatarla. Porque si algo tenía Abu, era una lengua muy, muy larga. Caminó hacia la biblioteca de la ciudad. Las paredes grises se confundían con el resplandor del sol. Le pareció ver a su hermano cerca del riachuelo, pero no le dio importancia. Su adicción a las pociones noteacuerdes lo llevarían tarde o temprano a entrar a un estado como de sueño, como de estupidez aguda. Estaba resignada desde hacía mucho tiempo. Ya tenía listos los ingredientes que necesitaría para envenenarlo cuando llegara la hora. Nunca habían sido muy cercanos y últimamente se habían distanciado más. Sabía que Meshif era demasiado cortés para decirle algo sobre Abu, pero ella sabía que al menos le había robado una vez. No era estúpida. De algún lado sacó las matahambres y las hojas de Kemet. Ese era el árbol sagrado de los elfos, oculto más allá de los 33 anillos de nudos y ramas que se decía protegían al gran Kemet Yggdrasill. Cualquier alquimista que valiera sus canas reconocería las hojas surcadas por venas negras al instante. Y también, cualquier alquimista sabía que las venas sólo se tintaban después de hervirlas con un poco de cobre y de sal. Sayida estaba nerviosa. Sabía que Abu estaba desesperado. Esa misma tarde envió una carta a su madre. Necesitaba una parte de las pociones quitamales. Eran las más caras, pues sus

ingredientes venían de los cinco puntos de Úrim, pero no podía dejar a su hermano así. No con el peligro que representaba.

Eran casi las cuatro de la tarde. Abu caminaba más rápido de lo usual. Los guardias lo miraban de arriba abajo como el pedazo de escoria que era. Mientras más se acercaba, más nervioso estaba. Llevaba una pequeña ánfora escondida entre sus ropas. También se la había robado a Meshif. De cuando en cuando, bebía un poco de poción noteacuerdes. Se detenía unos pasos más adelante, desconocido el lugar en el que estaba, y luego retomaba su curso. Los alquimistas le habían dicho que mientras más ingiriera las pociones, más debería usar después porque su cuerpo hacía callo y el suyo lo hizo rápido.

— ¡Ya sé! ¡No, no me importa que sea un vago! — Los gritos de Faris al-Rashid, sultán de Toledo, le llegaron amortiguados por la madera de la puerta y la distancia. Unos segundos después salieron un par de guardias vestidos a la moda granadina y lo condujeron al patio central. Después de pasar varios pasillos con arcos y vidrios de colores, seguramente traídos desde Granada, se encontraron de frente con unas columnas torcidas, forradas en talavera con incrustaciones de rubí. La gente decía que los patrones azules de la talavera del palacio estaban hechos con polvo de zafiro, y que se reservaba sólo para las casas reales de las ciudades fieles a la capital de Muspel. Con la destrucción de Dhabí, eso dejaba sólo dos ciudades importantes, y las dos a los márgenes del Sharran: Toledo y Kizad. Después de las columnas de talavera, pasaron por una docena de naranjos en flor. Los azahares siempre le habían parecido hermosos y le recordaban a su hermana. Hubo una época en la que habían sido inseparables. Antes de la gran hambruna del 19, cuando su madre cultivaba jazmines. Sayida le preguntaba a menudo cómo se llamaban y si podían comerse. Eran sus recuerdos más luminosos. De ahí en fuera, todo se había vuelto gris, pesado. Nunca supo cuándo floreció su hermana, pero de repente la recordaba con cuerpo de mujer. Y él se veía y se sentía igual, perdido, como antes de la guerra. Su padre se había ido cuando ellos tenían unos quince ciclos de edad, y no volvió. Su madre siempre les dijo que había ido a pelear en Granada, a pesar de que el sultán lo había prohibido, pero los jóvenes sabían que se había ido tras otra mujer. Su madre nunca los abandonó y sobrevivió a la guerra con los necromantes del sur. Ella se fue a Granada; tenían más de seis ciclos sin comunicarse. Siempre solo. Siempre dejado atrás. Su hermana creció en belleza e intelecto y aprendió a manejar a la gente de su alrededor. Pero él no. Se sentía como una flama que se apagaba poco a poco. Fue entonces cuando Meshif le dijo que había una poción que le podía ayudar a olvidar algunas cosas. La dosis que le recomendó no servía para nada, por lo que comenzó a aumentarla. En menos de dos meses, consumía ya una botella

diaria. Al principio, la cuantiosa fortuna que les había dejado su padre, fuera por la razón que fuera, le permitió sustentar su adicción, pero Sayida se dio cuenta casi de inmediato y le mandó el cargamento de pociones a su madre. Brahim les cobró sólo una caja de matahambres, una ganga en realidad, pues eran las más baratas. Desde entonces, Sayida trabajaba en una taberna como camarera. Él no tenía el carácter para casi ningún trabajo y descubrió que el robo se le daba bastante bien.

Faris debía haber gritado mucho para que su voz llegara hasta la entrada. Siguieron caminando por pasillos y más pasillos, hasta que llegaron a la recámara real. Había visto telas como aquellas sólo en Granada, y algo le decía que el comercio con los elfos había mejorado. Había plantas exóticas en muchas macetas y aves extrañas. Y ahí, al fondo, un hombre que parecía haber sido bastante fornido en el pasado, se desparramaba ahora sobre una silla de oro macizo. Los enanos habían inyectado una gran cantidad de metales y piedras preciosas a Muspel. Para ellos, todo ese oro no representaba nada; Abu podría haber vivido el resto de su vida sin trabajar con lo que habría valido venderlo en pedazos.

— Adelante, Abu. Decías que traías información importante.

—Van a meter contrabando a Toledo.

— ¿Quiénes?

— Meshif al-Mukhtar y Brahim, el arriero. Lo traen mezclado con el carbón. Es un polvo fino. — Se cuidó bastante bien de decir que Meshif era alquimista. Lo que menos quería Abu era que el sultán le perdonara la vida con tal de que se pusiera a sus órdenes, y Meshif se había guardado muy bien de conservar las apariencias. No, Faris no sabía nada. Y pondría toda la cautela del imbécil del alquimista a su favor.

— ¿No son tus amigos?

— Ya no.

— Perfecto. Guardias, escolten a este infeliz. Sin sangre.

— Pero...

No pudo decir nada más. Uno de los guardias de Faris al-Rashid le pegó con el pomo de su cimitarra y cayó desmayado. Abu Nassar fue llevado al

patio trasero del palacio del sultán y decapitado por uno de los verdugos. La sangre le salpicó en toda la cara y el pecho, pero siempre llevaban telas por si eso pasaba. La tela se quemaba junto a la ropa del muerto. Algunas veces, el sultán ordenaba la descuartización del cuerpo, algo que reservaba sólo para aquellos a quienes veía como enemigos personales. El caso de Abu le tenía sin cuidado. Sin embargo, que estuvieran intentando meter mercancía de alto valor, se tratase de lo que se tratase, era un desafío claro a su autoridad. Y si había algo que le molestaba aún más que eso, eran aquellos quienes no podían serle fieles ni a sus amigos. Eliminado el soplón, sólo bastaba buscar a los otros dos.

La caravana de Brahim llegó a las 6 de la tarde, oculta de la vista de los guardias por las últimas dunas de arena del enorme desierto del Sharran. Tal vez fuera porque se habían habituado ya a las distancias, pero Brahim sabía bien que los dos mil kilómetros de ida y vuelta entre las dos ciudades se recorrían en al menos un mes. Cada día avanzaban casi sesenta kilómetros, y llegar a Granada tomaba, más o menos, dos semanas. Pero Brahim resultó ser más astuto que los demás, y logró juntar casi cuarenta camellos y el mismo número de mulas, que enviaba en viajes distintos a lugares diferentes. Así, su ingreso podía llegar incluso a triplicarse porque Faris no conocía los tiempos de viaje. Con algunas pociones distribuidas entre los guardias, le hacía creer que era la misma aunque en realidad fueran tres.

Abu no solía ausentarse hasta tan tarde y menos sin llevarse una buena dotación de pociones para el camino. Pero las de ese día estaban casi completas. Es decir, no había tocado ni una en casi todo el día. Estaba oscureciendo y Sayida estaba intranquila.

— ¡Abran paso, desgraciados! ¡Abran paso al sultán! — Uno de los guardias que había matado a Abu lideraba la comitiva. Llegaron hasta las mulas de Brahim sin complicaciones.

— ¡Tú, arriero! ¡Queremos revisar tu mercancía!

— Será un placer, sultán. Eh, no es necesario, —le dijo al guardia que cortaba las amarras con su espada— lo haré yo.

Brahim fue poniendo los arcones, costales y vasijas a los pies de Faris al-Rashid. Cuando llegó al carbón, le dijo que era sólo eso.

— Bájalo también. Queremos revisar todo.

— No puedo. El carbón podría...

— Hazlo, Hazán.

El guardia cortó el cuello de la mula que cargaba el carbón y los costales cayeron sobre el charco de sangre.

— Bájalo. Queremos revisarlo todo.

Brahim no tuvo más remedio. Uno a uno, fue descargando los costales que quedaban. Sin darse cuenta, las manos le habían empezado a sudar y un ligero temblor se apoderó de ellas. Los guardias sacaban trozos grandes de madera quemada y no veían nada más que el hollín.

— Parece que está limpio, su alteza.

— Recojan todo el carbón y quémenlo. Tú, arriero, te llamas Brahim, ¿verdad?

— Sí.

— Te estaremos vigilando.

— Pero...

— Habla.

— ¿Y mi mula? ¿Y mi carbón?

Faris al-Rashid sonrió y Hazán arrojó la cabeza de Abu hacia los leños. Fue cuando se dieron cuenta de que los otros guardias estaban teniendo problemas para encender el carbón. Hazán se acercó a ellos y les preguntó qué ocurría. El fuego parecía disolverse. Aún después de verterle encima el aceite de una de las lámparas, no prendía. Hazán lanzó un torrente de fuego desde las puntas de sus dedos como el orgulloso piromante que era. La cabeza de Abu se desintegró bajo las flamas pero la leña seguía sin arder. El guardia gritó hacia donde se encontraba Brahim.

— ¿Qué porquería es esta, arriero? ¿Carbón que no hace fuego? O te timaron o nos ocultas algo.

No pudo más. Les dijo que Meshif estaba trayendo productos extraños desde Granada y que él sólo los transportaba. Faris sonrió apenas iluminado por el fuego que se desprendía de algunos troncos. Los otros

guardias se colocaron detrás de él. No opuso resistencia.

Llegaron por Meshif cuando ya había oscurecido. Estaba preparando un té de jazmín cuando un par de guardias abrió la puerta a patadas. En seguida supo que alguien lo había delatado. Alcanzó a ver a Brahim golpeado detrás de los hombres de Faris. Estaban armados y no podía quemarlos. Para ello necesitaba una poción duermefuegos y tenía ciclos que Faris al-Rashid las había purgado de las calles de Toledo. No tenía a dónde ir y no es que fuera tampoco muy osado. Al igual que Brahim, Meshif prefirió rendirse, esperando que el sultán les mostrara piedad. Tan pronto estuvieron los dos camino al palacio, el sultán ordenó a un grupo de guardias que empezaran a hacer decomiso e inventario de las cosas que tenía cada uno. Brahim estuvo de pie, firme, mientras Faris dictaba sentencia. Meshif intentó hablar un par de veces. Hazán lo calló a la primera; a la segunda, le cortó la lengua. Los ejecutó sin mucha ceremonia ya bien entrada la noche.

Capítulo 3

2. Legión

Ciclo 538, Neptuno 4, en la ribera del Altair

Campamento permanente de Alzomag en Dhabí

6:00 de la mañana

El sonido de los cuernos de guerra sacudió a Mar'a Bar'gol. Aunque tenía ya varios ciclos al mando de la Centuria, no podía evitar estremecerse con los gritos, los tambores y los cuernos que usaban para transmitirse órdenes. Si ella, que dirigía junto a otros Centuriones y al Legatus a la Legión, temblaba, no quería imaginarse lo que era estar del otro lado de la cólera de Alzomag. El Emperador nunca había sido propenso a esperar y menos aún después de matar al dragón. Ella estuvo ahí. Esa noche se acercaron hasta las murallas del puerto humano. Eran Legión, y tenían una deuda de sangre que no se pagaría sólo con la de su bestia. Fue difícil, pero al final vencieron. Electrocutaron a la criatura una y otra vez, hasta que sus ojos estallaron dentro de su cabeza. Luego llegaron los shamanes y le arrancaron el corazón. Le abrieron las escamas con las manos, con los gladii, con cualquier cosa que fuera necesaria. Estaban buscando las vidas que se llevó pero sólo encontraron pellejos y huesos.

7:15 de la mañana

Un quinto de la I Legión. Eso fue lo que sobrevivió al enfrentarse a los humanos, a la furia ardiente del Sharran. Desde entonces, Alzomag los empujó a los puertos de sangre, a los puertos de ascua y ceniza, a clamar venganza contra Dhabí, el muelle negro. El Emperador ordenó levantar una aguja al cielo, una fortaleza a la que llamó Utgarda Loki, aunque las Legiones I y II la llamaban hogar. Seguirían al Emperador a donde fuera. Empujaron a los piromantes poco a poco hasta sus casas, y cuando decidieron no salir más del puerto, se quedaron a acampar a su alrededor. Llevaban más de dos meses sitiados y parecía que el Emperador por fin se había dado por satisfecho. Ese sería el último día en pie de las murallas de Dhabí.

7:20 de la mañana

Bel-zar Utsar ordenó que todas las centurias estuvieran listas antes de que el palo de agua marcara el medio día. Mar'a y otra de las Centuriones gozaban de un puesto privilegiado ante los ojos del Legatus Legionis de Alzomag. Él decía que ellas eran de la sangre de Dehka, la Madre Guerrera, una vieja leyenda que se había extendido en el Imperio. Algunos de los Legionarios creían que fue la única a la que amó el Emperador, hacía ya muchos ciclos, y que fue por ella que Dor'Anmak no fue completamente erradicada. Otros, que no fue eso, sino que ella había sido la única que se había atrevido a desafiar a Alzomag, y que la ciudad pereció por su culpa. Sea como fuere, los rumores coincidían en algo: Dehka fue la primera de las grandes guerras de la raza de los orcos. Su nombre se remontaba a cuando eran horda. Mar'a no la conoció, pero sabía que no debía decepcionar al espíritu de la Madre. Ella era su protectora, la que habla por todas ellas con el dios Emperador. Dehka era el alma y el escudo de la Legión. Cuando llegó a su sección del campamento, transmitió las órdenes de Bel-zar. Ella misma fue la primera en retirarse a su tienda y en preparar su gladius, su lorica segmentata, que le correspondía como parte de la indumentaria de los oficiales de la Legión, y a su wargo. Los Centuriones tenían el privilegio de una armadura de acero y una montura, y muchas veces hacían también de portaestandarte. Alzomag no lo hubiera permitido de otro modo. Una de las primeras cosas que ordenó cuando se proclamó Emperador fue la disciplina en el ejército. No había forma de organizar a las tribus orcas: todos estaban peleados con todos, y la única manera de someterlos fue quitándoles su identidad. Empezó con las cosas más grandes. Los Siete Estandartes se transformaron en un mercado, y las deidades de la pradera, el río y la montaña fueron reemplazadas por el culto a Yog-Sothoth. Y aunque los shamanes protestaron, el Emperador tenía algo que ellos no: la tormenta. Luego pasó a los jinetes de wargo y a los guerreros tribales. Los encerró a todos en un cuarto y cuando salieron, todos ellos tenían relámpagos en los ojos. Al menos era la historia que se contaba. Y de eso hacía ya más de cuatrocientos ciclos. Por eso muchos de ellos creían que era un dios. A Mar'a la había educado su padre, un viejo triarii de la I Legión que no cupo en sí de orgullo cuando supo que su hija había decidido tomar las armas.

Aunque Mukk Bar'gol era un Legionario veterano, fiel a Alzomag, jamás vio en él a un ser divino. Pero su hija sí. A él no se le olvidaba que fue Alzomag el que ordenó castrar y asesinar a todos cuantos hablaran a sus espaldas. Pero ni su hija ni sus contemporáneos parecían verlo. Ella estaba atrapada por el hechizo de longevidad del viejo shamán. Casi 600 ciclos. La sola mención de su edad hacía preguntarse a los orcos qué clase de pacto había hecho para que se le diera tanta vida y tanto poder a un

solo individuo.

7:45 de la mañana

Los cuernos de guerra sonaron otra vez. Las centurias tres y cuatro se acercaron a los muros de Dhabí. Bel-Zar ordenó a los grupos uno y dos permanecer en la retaguardia para escudar a los que se acercan a los muros de los humanos. Éstos, sin embargo, parecían haber perdido su espíritu de lucha. Desde que cayera su bestia del aire, no se atrevía a asomarse. A veces se escuchaban gritos y peleas dentro de la ciudad, y hacía una noche se alzó una columna de fuego. Algunos jinetes de camello intentaron escapar por la puerta noreste, pero fueron alcanzados por las tormentas de los Legionarios. Nadie escapa. Nadie deja la ciudad con vida. Alzomag dio la orden de desenvainar los gladii. Estaban preparándose para atacar en la tarde. Los hombres verán su último atardecer, el único obsequio para quienes osaron perturbar la seguridad del Imperio.

11:00 de la mañana

Llegó un contingente de Utgarda Loki. Algunos de la I Legión estaban empezando a dudar de Alzomag. Temían que el Emperador hubiera retrasado mucho el asedio y que los humanos fueran a recibir refuerzos pronto. Los ejecutaron pocos minutos después.

1:00 de la tarde

Los pobladores de Dhabí se asomaban, sacaban las cabezas de detrás de los muros. Estaban atentos al sonido de los tambores. Las Centurias marcaron alrededor de las paredes del puerto sonando sus cuernos de guerra. Era una muestra más del poder del Emperador. María sostenía el estandarte, orgullosa de la Legión y admirada del poder que ostentaba el Imperio Orco. Alzomag tenía una daga de hueso de dragón, prueba de que ni las poderosas criaturas del aire eran tan grandes como para derribarlo. Si mataba a algunos hombres más, pronto la ascenderían a Legatus y su wargo sería elegido como semental. Eran los máximos honores militares a los que podía aspirar un orco, y si sobrevivía el suficiente tiempo, el Emperador Alzomag le daría un pedazo de tierra para que hiciera con él lo que quisiera.

2:00 de la tarde

Las Legiones seguían marchando. Se renovaban cada media hora para mantener fresco al grupo de presión. Todos sabían que estaban jugando con los humanos. La puerta principal había sido derribada varios minutos antes, pero Alzomag ordenó que esperaran. Quería que la gente se doblegara ante él. Mar'a estaba de acuerdo. La masacre de una Legión no podía irse sin castigo.

4:45 de la tarde

Los cuernos de guerra sonaron una vez más, pero no al ritmo habitual. Había miedo. Algo iba mal.

5:00 de la tarde

Unos mensajeros dijeron haber visto sombras de dragones en el horizonte. Alzomag entró en pánico. Ordenó que se detuviera la marcha a los alrededores de Dhabí y por fin tomaron la ciudad. Mar'a jamás olvidaría los cientos de miles de cadáveres que se pudrían en las calles, las casas incendiadas para que no tomaran ni el grano ni el agua. Habían regado sal encima de sus propios muertos para no enterrarlos. El terror del Emperador se contagió a varios de sus Legionarios, pero los Legatus tuvieron el temple para controlarlo. Se ejecutó a los pocos hombres que quedaban en Dhabí y atrancaron las puertas. Comieron de la carne magra de los humanos de las calles. Con la prisa, se les habían quedado los suministros en el campamento. Mar'a ordenó a su Centuria que recogiera cuanto pudiera y esperaron.

6:30 de la tarde

Los dragones eran reales. Ahora podían verlos. Sobrevolaban los alrededores de Dhabí, rugiendo. Mar'a los veía desde una de las atalayas semiderruidas. Jamás creyó vivir para ver a las bestias de las leyendas. Los Legionarios que sobrevivieron al primer ataque del puerto humano hablaban poco sobre ellos. Lo tenían prohibido por el Emperador. Los volvió a escuchar y supo que era un llamado. Estaban buscando a su hermano. Pero no sólo eso. Iban deteniéndose un poco en cada uno de las zonas donde los piromantes habían sido derrotados. Bajaban las enormes cabezas y olfateaban los escombros, hasta que uno de ellos levantó la mirada hacia Dhabí. Aunque no lo vio directamente a los ojos, supo que había una tormenta dentro del dragón. Quería saber qué había llevado a

los orcos hasta ahí. Había odio, pero también mucha tristeza. Los dragones sabían que su hermano no podía haber caído. Lo sabían. No podía ser cierto. El Emperador se había encerrado en el palacio de Dhabí, muy cerca al puerto. Ahí estaban los pretorianos, no podía ser de otra manera.

6:40 de la tarde

Se propagó el rumor de la huida de Alzomag. Pero no podía ser. Todos seguían en sus posiciones. Los dragones no se habían acercado todavía al puerto y eran dos Legiones completas. No tenía sentido.

7:15 de la tarde

Mar'a contempló el atardecer. Seguía en la atalaya en la que el mismo Bel-Zar Utsar la había dejado. El Legatus Legionis la admiraba, al igual que admiraba a muchas otras que habían dado su vida por el Imperio. El sol bajaba poco a poco. El cielo que lo perseguía era negro y traía tras de sí toda la oscuridad del planeta. Pero el azul del cielo ponía una barrera de fuego entre él y las sombras de la noche. Un muro inexpugnable que le permitía al sol retirarse y rearmarse. Mar'a sintió calor. Luego llegaron los gritos. Las Legiones se movilizaban debajo de ella. Una columna gruesa escapaba por la puerta sur de Dhabí, sin otro rumbo posible que no fuera Utgarda Loki. La I Legión mantendría su puesto, pasara lo que pasara. Mar'a ordenó a sus Legionarios reforzar las murallas y cortar el escape de tropas. Algunos de los soldados de la II Legión intentaron huir de todas formas y la Centurión ordenó su ejecución. El Emperador debía ser protegido a toda costa.

7:20 de la tarde

Uno de los Centuriones de la I Legión confirmó los rumores. Alzomag había escapado en una lancha pescadora junto a sus oficiales de más alto rango. Los habían dejado atrás y Mar'a tenía el control de todos los que quedaban en Dhabí.

7:25 de la tarde

Los dragones encendieron el primer fuego de la noche. No hubo aviso más allá del sonido de las alas. Los Legionarios intentaron defenderse igual que

con el dragón pasado. Lanzaron una lluvia de relámpagos sobre uno para intentar incapacitarlo, pero esta vez eran 5. No podían defenderse. Cuando uno caía, los otros cuatro llegaban para cubrirlo. Dhabí fue barrida por una lluvia de fuego. Uno a uno cayeron los bastiones de la I Legión. El miedo y la traición de Alzomag les habían pegado en lo más hondo y la moral estaba deshecha. La Legión fue calcinada. Los pocos que quedaron con vida vieron cómo las enormes sombras de los dragones se alejaban al sur, persiguiendo a la columna que había intentado huir. Al menos, nadie saldría vivo de Utgarda Loki. Se llevaban eso al otro lado del Ginnungagap.

Neptuno 8

Por la mañana

Mar'a despertó entre los restos carbonizados de lo que alguna vez fue la Legión. Se veían grupos de orcos amontonados cerca de las puertas, a las orillas de la ciudad, y todo tenía un horrible olor a quemado. Un par de orcos a la izquierda y a la derecha de ella deambulaban como perdidos dentro de ellos mismos. Ni siquiera se habían percatado de que estaban desnudos. Conforme fue recuperando la conciencia se dio cuenta del coro de gemidos que inundaba el aire. Eran los que agonizaban, los calcinados a medias. Intentó ponerse en pie, pero un ardor insoportable la azotó. Se le habían quemado las piernas y parte de los brazos. Sus pies eran pedazos de carbón que terminaban en dos estacas afiladas. Se arrastró hasta el gladius más cercano sin hacer ruido. Clavó lo que le quedaba de piernas en el suelo y se incorporó. El dolor la traspasaba de arriba abajo, pero ella era una Legionaria de Alzomag. El dolor no tenía cabida. Sonó el cuerno de guerra que traía consigo. Los agonizantes voltearon a verla. Era un sonido que no podían ignorar, no importaba en qué rincón de la muerte estuvieran caminando.

— ¡Axios! — rugió. Era la invocación de una vieja tradición militar de las Legiones. El suicidio ritual para conservar el honor. Yo soy digna. Mar'a Bar'gol sostuvo el gladius frente a ella. Dio un solo grito, largo y aterrador, con el que espantó el miedo que podría hacerle temblar las manos. Se atravesó de lado a lado con la fuerza y el temple que da el rigor a quienes han vivido toda su vida en la guerra. Los otros orcos la siguieron, extinguiendo con sus vidas los últimos vestigios de movimiento que quedaban en el puerto, en el gran pedazo de tierra calcinada que se llamó Dhabí.

Capítulo 4

3. La Galatea Poluta

Ciclo desconocido, Isla Galatea

No quedaba un árbol, ni un lago, ni un vestigio de vida. La Galatea había sido arrasada por el Gran Vacío Ginnungagap. Había conducido a su rebaño a las planicies tranquilas y a los valles sin dueño de Galatea para escapar de la guerra con los dragones y con su hermano Minos, no para esto. Extendió la mano cuanto pudo, pero la fuerza lo abandonó. Su brazo cayó sobre un río de magma. No sintió nada cuando lo devoraron las llamas.

Sarpedón había escuchado de los árboles del bosque que habían logrado lanzar sus semillas al océano y extender su familia más allá de los mares del este, más allá de donde había llegado cualquier raza del continente. Los árboles jamás mentían, pensó, y decidió llevarlos a la isla de la que hablaban en susurros. Cruzaron el Gran Mar Océano sobre los troncos torcidos de los robles y los pinos que habitaban al sur, cerca del Árbol del Mundo Tlalocan, y menos de tres mil cuernos después de haber zarpado encontraron una isla cubierta por un bosque un tanto menos denso que el Németon, pero que de igual manera cubría hasta el último resquicio de la tierra. La Galatea era una isla inmensa, de varios miles de cuernos de longitud, con una costa llena de peñascos y piedras al este y una bahía clara y hospitalaria en el oeste. Por ahí fue por donde desembarcaron los minotauros. Y más allá, como reinando sobre los miles de pájaros que habitaban la isla, un poderoso volcán se alzaba sobre todas las cosas. Conforme se fueron adentrando encontraron riachuelos que parecían arrastrar diamantes. Había flores de todo tipo y de climas muy diversos. Aunque el bosque predominaba, había plantas de jungla y sabana, y tampoco era raro encontrar claros cubiertos de céspedes de muchas regiones desconocidas para los minotauros. Fuera del volcán, no parecía haber grandes regiones montañosas. Corrieron libres por primera vez luego de ciclos de ser perseguidos por los dragones y se adueñaron de la isla.

Pero creció en ellos el deseo de venganza; no contra Minos, que al fin y al cabo los había dejado hacer lo que les parecía mejor, sino contra

las alas de fuego de los dragones. Y los minotauros de Galatea se tornaron a la guerra y a las armas, y cuando un grupo de gorgonas que también huyó de los desastres de Úrim llegó a la isla, los minotauros las recibieron con los brazos abiertos. Las razas copularon las unas con las otras y de ellas surgieron monstruos de cientos de cabezas, de cuernos en el pecho y en la espalda, de pezuñas y colmillos que brotaban de todos lados. Y los minotauros los armaron con placas de cobre y bronce, y les pusieron lanzas y espinas de hierro. Las gorgonas cantaron sus canciones de piedra y les dieron la magia de la roca a sus hijos y a los hermanos de Sarpedón.

Hubo algunos en el plano del Éter, más allá de la prisión a la que las razas mortales de Úrim habrían de llamar el basurero de los dioses, a los que la unión de estas dos razas les trajo recuerdos de un tiempo sin memoria, en la que los ojos y los dientes no tenían un lugar definido dentro de la cabeza. Las Guardianas Nut e Ishtar descendieron a los bosques mágicos y contemplaron el horror con sus propios ojos. Vieron las aberraciones que habían nacido de las entrañas de minotauros y gorgonas, cientos de miles de cascarones rotos, placentas desgarradas por bestias sin mente y decidieron limpiarlo. Los Prototipos habían fallado una vez, y no permitirían que su raza volviera a poblar el bosque de Németon, ni las islas contiguas, ni ningún lugar sobre la superficie de Úrim. Invocaron el poder de su padre, el gran Kósmon, y abrieron una grieta sobre la isla por la que se asomó el gran agujero negro, el devorador de mundos, el Ginnungagap.

No tenía rostro. No tenía brazos ni bocas, pero todo era arrastrado hacia él. Toda la oscuridad que salió de la ruptura del aire era la boca abierta de un ser enorme, miles de veces más grande que el volcán que habitaba la isla y no había comido en toda una vida. Las raíces de los árboles se reventaron; otros salieron arrastrando la tierra que los había nutrido estación tras estación. Las hojas fueron arrancadas una a una y se mezclaron con los pájaros que intentaron huir del Gran Vacío. El mar se agitó y las olas crecieron, se arrastraron hacia el corazón de la Galatea. Pero el agua no mojaba ni se filtraba en los resquicios de la tierra. Los ríos se alzaron en millones de gotas de agua, quedaron suspendidos por algunos segundos, y luego se fueron uniendo en una sola masa de agua. Venados, liebres, lobos, osos. Todo fue levantado de la superficie del mundo y todo gritaba porque los dejaran vivir. Las gorgonas y los minotauros clavaron estacas, se refugiaron bajo cuevas, pero todo fue en vano. Las rocas que los protegían se desmoronaron y corrieron hacia la grieta. Cuando Sarpedón recuperó la conciencia, vio que todo se arremolinaba en torno a un solo punto. Un huracán acostado. Muchos de los animales habían muerto ya por asfixia, por contusiones o de fatiga.

Sentía que faltaba el aire. El Gran Vacío había rasgado el velo de Úrim y se llevaba lo visible y lo invisible a la boca.

Y cuando parecía que no quedaba nada en la isla para tragar, se abrieron los poros de la tierra. De ellos manaban magma y gases y la atmósfera de la isla no tardó en llenarse de ellos. El volcán despertó después. El terremoto que lo precedió, aunado al bostezo del Ginnungagap, desencajó la isla de su lugar y la arrastró al sudeste, lejos, muy lejos de donde estuvo alguna vez. Templos y hogares se vinieron abajo. El Gran Mar Océano persiguió a la isla, rellenando el hueco que dejaba tras de sí. El Thánatos lanzó una poderosa fumarola, tan enorme que cubrió lo poco que llegaba del sol a la isla. No fue sino hasta que el Gran Vacío devoró al último animal y a la última planta que los Guardianes lo sellaron. Los minotauros y las gorgonas fueron dejados en la isla, rodeados de la caída perpetua del azufre, la ceniza y el magma. Así fue como murió la Isla Galatea, y la leyenda de las atrocidades de los Guardianes se perdió en el mar. Detrás de sí, dejaron el cadáver vivo y perpetuamente humeante de Thánatos.

Capítulo 5

4. Lemurianos 1a: La Colina Kaldrime

Ciclo 982, Granada

— ¿Qué nos vas a contar hoy, abuelo?

— ¡Uno de los gigantes!

— ¡Sí, de gigantes! Tú los conociste, ¿verdad?

— Sí, pequeños. Hace tiempo caminé junto a Gilgamesh y visité Lemuria. Pero entonces era muy joven y podía moverme como yo quería.

— ¡Cuéntanos algo!

— Muy bien, les contaré una leyenda que tienen allá en Lemuria. ¿Saben qué quiere decir jotun?

— Nos dijiste que los enanos los llamaban así, y que quiere decir gigante en su lengua.

— ¡Muy bien! Los granadinos estamos obsesionados con no repetir palabras en nuestros escritos, y cuando el rey Skallargrim visitó nuestra ciudad, la palabra se quedó. Nunca vimos a los gigantes aquí, porque hace mucho calor y se evaporan, pero sí en Thánatos. ¿Les he hablado de su ciudad?

— ¡Sí! ¡Nos dijiste que era grande, más grande que Granada! Que estaba a la mitad del mar Atlante, allá en Utgard, cerca del monte de los dioses, y uh... ¡Que se alzaba veinte metros por encima de las olas!

— ¿Y qué más?

— ¡Que las torres de oricalco subían hasta el cielo, y que había cuatro partes de la ciudad!

— ¡Y que los gigantes de ahí son diferentes, como ríos!

— Muy bien. Sí, todo lo que dicen es verdad. Yo mismo lo vi con mis ojos. Los gigantes arrastraron piedras no sabemos de dónde, pero algunos dicen que del fondo del mar Atlante, para levantar las columnas de

Lemuria. La ciudad es circular. Tiene anillos que rodean un templo central. Los gigantes lo llaman el templo de Ishtar, pero a los templos allá no los llaman templos, sino zigurats. Pues bien, esta zigurat estaba cubierta de oricalco y se levantaba más allá de donde podíamos poner los ojos. Los gigantes miden quince metros, así que sus edificios miden al menos el doble. Bueno, pero al punto. La zigurat está cubierta con oro y oricalco. Entre los cuatro pilares que forman la base de la ciudad hay canales y escaleras para acceder a Lemuria. Pero lo más importante de todo son las fuentes del centro...

— ¡Eso ya lo sabemos! ¡Cuéntanos otra cosa!

— ¡Sí! ¡Dijiste que nos contarías una leyenda de los gigantes!

— Oh, es verdad. ¿Les he contado la historia de la colina Kaldrime?

— ¡No! ¡Cuéntanosla!

— Hace muchos, muchos ciclos, en un reino llamado Lemuria, al centro del mar Atlante, habitaba el gigante Ekúr. Él fue de los que se quedó en la ciudad cuando Gilgamesh partió a la guerra con los necromantes de Thánatos y ayudaba en la extracción de oricalco. Los ciclos iban y venían y los gigantes que conocía conseguían pareja y luego tenían hijos, pero él no. Muchas veces le dijeron que si no estaba enfermo, que si tenía las aguas malas, pero él respondía que estaba bien. Siempre. Y llegó el día en que los gigantes salieron a explorar los alrededores de Lemuria por pura curiosidad. No estaban ni Gilgamesh ni Humbaba y los gigantes que quedaban tenían que hacer algo con su tiempo además de contemplar el mundo. Habían visto siempre el pico del monte Thor, al norte de ellos, y sabían que había un río que desembocaba en el Atlante proveniente del río Altair. Sí, el mismo que pasa por Dhabí y Kizad. Es un río gigantesco. Pues bueno, sabían eso y nada más. Lemuria tenía todo lo que necesitaban, y Ekúr se unió a las partidas de exploración. En un viaje se perdió. Y cuando se dio cuenta de que se había separado del grupo se puso muy feliz porque no había nadie ya que susurrara sobre cómo no había engendrado hijos aún. Y nadó hacia el oeste, siguiendo al sol que se alejaba del mundo.

Las horas se volvieron días y de pronto se acabó el mar. Él nunca había visto la costa. Aunque se oye poco, el mar Atlante tiene doscientos kilómetros de diámetro y Lemuria está situada justo en el centro, por lo que muchos de los jotuns más jóvenes no sabían hasta hace poco que había un mundo más allá de sus rocas y sus aguas. Creían que el monte que veían al norte, en el horizonte, era un pilar del mundo y que los Guardianes los expulsarían si se atrevían a acercarse. Bueno, pues Ekúr no era de los que creía esas cosas y siguió caminando, alejándose cada

vez más de la arena, hasta que empezó a ver montañas. Con el sol de la tarde se empezó a sentir mareado, como si a nosotros nos metieran clavos ardiendo en la piel, y el dolor lo traspasó. Entonces recordó que él era de agua y regresó al Atlante. No podría dejar las costas, se dijo, y después se le ocurrió llevarse agua en neblina y nubes. Entonces sí pudo atravesar los montes y llegó a unos cerros sin nombre, más allá de lo que cualquier gigante había llegado nunca. Pero estaba cansado y se refugió dentro de una pequeña gruta. La inundó y se quedó dormido, soñando con las fuentes eternas de Lemuria.

Cuando despertó, sintió que algo se movía en el agua. Al principio pensó que se trataba de la marea contenida en cada gota. Sabía que el mar era orgulloso y que las olas no podían separarse de él, y que iban siempre juntas unas con otras. El segundo movimiento fue diferente. Sin armonía. Ajeno a todo cuanto Ekúr jamás había sentido. Más pesado. Y estaba muy cerca de él. Cuando abrió los ojos, pudo verla. Ella era la gruta. Ella era toda la roca que había en el suelo y había despertado. Ekúr tuvo miedo y se levantó en una columna de agua, se alejó tan rápido como pudo de la cueva, pero las piedras del suelo se alzaron delante de él y taparon su camino. Luego corrió hacia otro lado y lo mismo. Y detrás de él, de su misma altura, emergió una gigante de lodo, grava y granito. Tenía alma y recuerdos, y era muy vieja. Más vieja que yo y probablemente más vieja que Ekúr. Y se miraron el uno al otro durante horas, y las horas se volvieron días, y los días ciclos. Y un día, Ekúr sintió que se estaba evaporando. Pero tan pronto pasó esa idea por su cabeza, Kaldrime, la gigante de roca, le tomó la mano. Era roca sólida, pero sabía que había algo más grande y más hermoso dentro de ella. Ella tenía agua por dentro, o al menos sabía dónde había agua. Entonces Kaldrime abrió la gruta en donde había estado dormida y empezaron a bajar por ella hasta que se volvió una cueva. Pasaron por corredores muy estrechos, cada uno desarmándose y rehaciéndose más adelante. Porque los gigantes pueden hacerse ríos, mis niños, y los elementales pueden disolverse en el aire. Oh, sí, Kaldrime era una elemental de roca. La última vez que los vimos fue cuando Hazán nos regaló el fuego, antes de que despertaran los dragones, pero esos eran de fuego. No, creímos que se habían extinto, pero después del asedio nos dimos cuenta de que no, aunque es muy raro que se muestren a la vista. Aparecen cuando quieren y no tienen dueño. A veces queman y desordenan las cosas, pero no son hostiles. Pero bueno, sigo.

Bajaron y bajaron, siempre tomados de la mano, y Ekúr se dio cuenta de que mientras más bajaban, más húmedo era todo. Kaldrime lo llevaba a donde había agua. Y por primera vez desde que nació en las entrañas de Lemuria, Ekúr sintió calor dentro de su pecho. Sintió como si

algo lo apretara por dentro, como si fuera un trapo húmedo, y las lágrimas se asomaron a los ojos. Era ternura. Y era una tristeza también, muy honda. ¿Por qué estaba triste? No sé pequeño. Tal vez los gigantes son así. Tristes. Esa parte no me la explicaron los que me contaron el cuento y yo nunca los vi reír. No me distraigan. ¿Quieren que termine o no? Bueno, pues el gigante se sentía triste y feliz al mismo tiempo. La mano de Kaldrime, que afuera le pareció seca, se había reblandecido, se había mezclado con él, y ahora era una roca pulida, no tan áspera como cuando se conocieron. Bajaron más y más, hasta que llegaron a una cueva enorme, llena de cristales luminosos como los que usan los enanos, y más abajo un estanque gigantesco. Y dicen las leyendas que Kaldrime y Ekúr vivieron juntos durante ciclos, durante tanto tiempo que los demás gigantes le hicieron un monumento de oricalco bajo el mar, como el que le hacen a todos sus muertos, y su nombre se fue borrando de las memorias de la ciudad hasta que desapareció. Y se dice que ambos fueron felices.

No se sabe cómo fue que aprendieron a comunicarse pero lo hicieron. Fue entonces que la alegría de los primeros tiempos se convirtió en una sombra comparada con el amor que surgió entre ellos. La elemental le contó de las cosas de la tierra, de cómo se transformaban los cuerpos en plantas y secretos que se perdieron dentro de la gruta. El gigante le habló del cielo y de las estrellas, y cómo el planeta giraba alrededor de una de ellas. Ella no le creyó, se burló de él, y le dijo que era imposible. Que durante miles de ciclos, mucho antes de la Regénesis, ella había visto siempre al sol salir del mar y hundirse en las entrañas de la tierra. Ekúr quiso que ella misma lo viera, y por primera vez en ciclos, discutieron. Ella decía que toda su vida y su familia estaba en la tierra, y que no había nada más allá de las cuevas y las montañas. Él decía que todo cuando importaba estaba en el mar y en los cielos. Así que Ekúr se fue, la dejó en la cueva que había albergado ese amor tan puro, y caminó hacia el Atlante. Kaldrime no lo siguió y, sin que él lo supiera, se fusionó a la tierra, al resto de los elementales de su familia. Se le secó el corazón, y dicen los gigantes que en esos momentos, cada uno lloró. Se había acabado lo que era perfecto y los dos lo sabían bastante bien. Porque lo perfecto es efímero, mis niños, y no ha habido sobre Úrim criatura o dios que dure para siempre. Ni siquiera los elfos. Ellos se vuelven locos de vez en cuando, y tardan casi doscientos ciclos en recuperar la cordura. Los que sobreviven. ¿Sabían que los elfos olvidan todo cada cierto tiempo? No, no estoy blasfemando. Así es. Muchos de los Guardianes han desaparecido. Los gigantes temían que con la muerte de Gilgamesh, Ishtar quedara muda. No sé si lo haya hecho, pero eso era lo que se decía en ese entonces en Lemuria.

Ekúr caminó y lloró, y la gruta donde conoció a Kaldrime se quedó atrás. Pero dicen los gigantes que ni él quería irse ni ella quería quedarse sola, y que aun cuando ella ya había llegado al Éter, lo buscó. Porque el amor puede con muchas cosas, y entonces vio que Úrim sí giraba en torno al sol, y vio que Ekúr tenía razón en ello. Pero no podía volver, y el corazón que alguna vez estuvo seco se le inundó y corrió en un río enorme. Ekúr intentó regresar a donde Kaldrime, pero vio que la grieta se había sellado, y su corazón se hizo pesado, se hizo roca, y le dolió hasta las entrañas. Dicen que entonces la planicie que había quedado tras la grieta cobró vida y se estiró, como si hubiera querido moverse hacia él. Hubo un terremoto y donde antes sólo había habido terreno llano surgió una colina inclinada, como si fuera el brazo de cientos de gigantes que querían alcanzar a Ekúr. Y lo alcanzaron. El cerro le cayó encima, aplastándolo, pero su corazón de piedra se fusionó al monte. Su cuerpo líquido llegó a la superficie, y de ahí brota, desde entonces, un manantial que parece no tener fin.

La leyenda dice que así fue como surgieron la colina Kaldrime y el riachuelo Ekúr, de los corazones deshechos de dos amantes, al oeste de Lemuria. Los gigantes enamorados van allí a declararse su amor y muchas ceremonias de unión se celebran a las orillas del río. Sí, así me lo contaron. ¿Humbaba? Sí, el gigante dice que no dejará que los orcos se acerquen a ese lugar. Ese es territorio protegido por los lemurianos. No, y ya es tarde. Luego les cuento otro cuento. Me sé muchos de Granada. ¿No les interesa saber cómo llegaron los necromantes aquí o cómo fue que surgió la leyenda de Sherezada en Toledo? Sí, Shaka, pero hasta mañana. Mañana les cuento todo lo que quieran. Ya estoy cansado y es hora de dormir. No vaya a ser que se los coman los dragones.

Capítulo 6

5. Obsidiana

Ciclo 477, al sudoeste de Tenochtitlán

Unos días antes de la muerte de Hazán

Salimos los tenochcas, mucho nos juntamos con nuestras armas de guerra. Estábamos aderezados, estábamos armados con nuestros dardos de agua. Caminamos sobre la calzada de piedra con los pies desnudos. Caminamos una vez, un ciclo, una vida completa sobre ella, pero ninguna como la última. Se marchitaba, se secaba la flor de una vida y su fruto fue tristeza, fue el dolor de venir aquí a la tierra. Toda la tarde caminamos, toda la tarde anduvimos cubiertos de plumas, de escamas. Seríamos serpientes del desierto. Se nos ocultó el rostro, se nos cambió la voz, por obra del gran señor Quetzalcóatl. Cuando hubo anochecido, cuando llegó la media noche, por fin partimos las serpientes de Tenochtitlán. Xólotl, Tezcatlipoca y yo, Mixcóatl, sabíamos en nuestros corazones que el señor del desierto, el dicho Hazán, no era en verdad amigo del pueblo del Dador de la Vida. Se había ensombrecido su rostro en la Costa de Fuego, ahí donde ardieron nuestros hermanos. Como locos bajaron, como embrutecidos por el poder de las llamas. Eran bestias cegadas por los tztzimime, mitad hombre y mitad horror de jade, de amatista. Las bestias tenían dunas en el lomo y su mitad inferior babeaba. Donde hubo amigos, plumas y collares sólo quedó ceniza. Por eso se retiraron, por eso huyeron los Guerreros Jaguar. Quedaron muy pocos. Fue cuando nos llamó el gran señor del Cerca y del Junto. Nos eligió, nos atavió para vengarse por nuestra mano.

Llegamos a donde la arena, a donde el calor cortaba como obsidiana. Llegamos por fin al desierto, al gran páramo de arena del Sharran. Ahí debíamos buscar al señor de las dunas, al que se hacía llamar Hazán el Khatib. Sus súbditos hablaban, decían que podía hacer que el fuego cayera del cielo como una espiga flamígera, como un brote de flor de cempaxóchitl. Nosotros no nos arredramos, no nos acobardamos con las palabras del pueblo de oro, ni con sus hombres bestia, ni con sus armas de obsidiana fría, de piedra gris. Y a pesar del viento y del sol del Sharran, florecimos, nos mezclamos con la gente de Granada. Alejamos la niebla de nosotros, brotamos, florecimos entre sus manos, más allá del musgo acuático de Tenochtitlán. Permanecemos sin

violencia entre sus libros, tal vez como en nuestra casa. Tal vez como plumajes de quetzal, tal vez como collares de plumas rojas. Collares, plumas. Cosas que amo y que se quedaron allá lejos, apartadas en Tenochtitlán. Se llamaba Aquetzalli. Ella era el canto, las flores, las plumas y la tinta en mi corazón, el polvo de jade que cubría a los quetzales. Me dijo el señor, el tlatoani, que la volvería a ver cuando regresara. Que hiciera esto en nombre del Dador de la Vida. Por eso me transformé, por eso se me cambiaron los ojos, las manos, por aquellas de la gente del desierto. Por ella me volví, me mudé el rostro y me esforcé en aprender el arte del humo, del espejo.

Nuestro viaje al desierto comenzó. Contratamos, pagamos por guías de Midgard que nos llevaran a Granada. Algunos nos traicionaron, nos dejaron perdidos entre las dunas, y uno de nosotros murió. Xólotl perdió su camino entre las hojas de obsidiana, se extravió, se habló mal de él. Pero Tezcatlipoca y yo, Mixcóatl, llegamos a Granada, a la Perla del Desierto. Nos abrieron las puertas, nos dieron paso hasta el corazón de su mundo. Había oro, barro cocido y escudos. También aprendí que había vidrio, arena horneada para hacerla transparente, y que se podía doblar la tierra, que se podía hacer obedecer a la tierra con fuego, calentándola al rojo vivo. Tezcatlipoca aprendió a extraerle el perfume a las flores. Luego me enseñó a mí. Acordamos que si volvíamos, que si regresábamos a Tenochtitlán, enseñaríamos estas artes, estos oficios de nuestros enemigos. Pero hubo poco tiempo para aprenderlas. Una y otra vez apuñalamos al gran señor de Granada, al águila, al que llamaban Hazán. Tezcatlipoca regresó a los perfumes, a los extractos de aroma, y yo regresé al desierto.

Me fui, hui con la primera caravana que pasó con destino a Midgard. Después escuché, a mis oídos llegaron las noticias de Granada. Despertamos a los dragones, a las serpientes que son también águilas. No supe más de Tezcatlipoca, de mi hermano de rostro mudado. Regresé a Tenochtitlán, a la gran ciudad, y le dije, así le hablé al tlatoani: Oh tlatoani, he aquí las artes de la arena, he aquí cómo doblar la tierra. Entonces me dijo: Me serviste bien, guerrero serpiente, guerrero del rostro mudado. Y después de que él hubo hablado, advertí al tlatoani sobre Elnath, el dragón. Le sugerí que caváramos, que hiciéramos refugios donde ocultarnos. Y nuestro señor escuchó. Entonces Cuitláhuac elevó así su canto: Mis casas de quetzal, mi casa de plumas, mi casa de coral yo tendré que dejarlas. Al muro de donde huye el sol, al lado oeste del horizonte, se le habrán de dar plumas, se le habrá de levantar un metro. Que los Jaguares y las Águilas se atavíen, que se aderecen para la guerra. Granada vendrá a nosotros, se acercará a nuestras costas, por vengar a su señor. Con la obsidiana se darán gusto, con nuestros dardos se han de

enfrentar los granadinos. Diles, Mixcóatl, que el sol sale de nuestro lado, que el sol es heraldo de nuestra guerra. Serán arrastrados sus hombres, porque de plumas es nuestro atavío, porque con sangre tenemos cercado el rostro. Se harán atlatl, se harán macuahuitl, se levantará el rostro de Mictlantecuhtli en su horizonte. Y de nuevo le advertí a Cuitláhuac sobre la magia sobre las artes de fuego de Granada, y por tercera vez me calló, por tercera me silenció diciendo: Mixcóatl, que no se llenen de humo, que no se llenen de oscuridad tus pensamientos. Somos los hijos del Dador de la Vida. Somos la gente de Quetzalcóatl. Hemos venido aquí a la tierra a ser felices, a gobernar. Retírate, guerrero serpiente, y ve con tu mujer, con tu joya, con Aquetzalli. Ve. No hablaremos más.

Capítulo 7

6. Los Espectros de Eisgrind

Ciclo 420, Eisgrind

Cerca del monte Nifl

— Estamos listos para partir mis señores.

— Carajo. Pensé que tardarían más. Diles a los jefes de los clanes que nos iremos hasta mañana. La borrasca no tardará en alcanzarnos. — Nidhogg Nordstein, comandante supremo de las fuerzas de Bael-Ungor, había guiado al ejército hacia el sur. La expulsión de la Ciudad Perdida había afectado mucho al clan Odinson y a sus seguidores, pero los Nordstein eran de una piedra diferente. Ellos habían sido forjados en las entrañas de la ciudad, y las viejas leyendas decían que fue su clan el primero que se rebeló contra los minotauros. Fuera cierto o no, lo que sí era posible era rastrear el origen de los Nordstein hasta el mismísimo Ymir, el padre de todos. Los Odinson decían que esos eran viejos cuentos, nada más, pues las salas de Bael-Ungor no eran tan profundas ni tan anchas como decían las leyendas.

— Tienes razón, Nid. Hay muchas nubes al oeste. Será mejor que nos acerquemos a las montañas.

Fenrir Nordstein, el Gigante, era el bjørn más fiero de entre los cuatro clanes guerreros de Bael-Ungor. Aunque era mucho más alto que su hermano Nidhogg y más fuerte, lo que había llevado al clan Nordstein a colocarse como los líderes de más de un tercio de la gente de Bael-Ungor era su astucia y su valor. Tres clanes más acompañaron a los generales Nordstein en su exilio: Los Winterfell eran mucho más prudentes, pero muchas veces esta prudencia se confundía con la inacción. Los Weissertod solían ser más temerarios y esto los había conducido a vivir vidas más cortas que al resto de los clanes enanos. Por último, los Eisenschmiede, un clan primo de los Hammerschmied, tenían conocimiento de herrería, algo de dominio de las runas mágicas de los Odinson y aunque entraban en batalla junto al resto de sus hermanos, era claro que preferían el trabajo en las forjas por encima del combate.

Fenrir y su hermano Nidhogg fueron los primeros en alzar la voz cuando Radvinn propuso caminar hacia las tierras de los gigantes. Las leyendas decían que después de la Protoguerra, los gigantes habían fundado la ciudad de Uruk al este, y según sus últimos informes del mundo exterior, esta ciudad estaba a menos de seiscientos kilómetros de Bael-Ungor. Toda la raza castigada por un incompetente y un loco.

— Son los gigantes. No confiarán en nosotros. No después de Mekános.

— Ellos son los protectores del norte, Nidhogg. Tal vez no nos reciban con los brazos abiertos, pero nos aceptarán.

— Tú mejor que nadie sabes que las leyendas dicen que Apsû apoyó a los elfos en el pasado. Intentaron exterminarnos, Radvinn. Los gigantes no nos van a ayudar. Que el Guardián diga lo que quiera. No son tan benévolo como crees. Nosotros marchamos al sur.

— Allá abajo sólo hay nieve y muerte, Fenrir. Váyanse si quieren, pero no permitiré que nos maten a todos por su necesidad.

— Tuviste tu oportunidad, skald. ¡Hermanos, marchamos al sur!
¡Marchamos a las puertas de hielo de Eisgrind!

—No podemos permitirnos dividir a nuestro pueblo ahora, Fenrir. Entiéndanlo, sólo busco lo mejor para todos.

—Nos llevamos al ejército. Si tan buenos son tus gigantes y ese hipócrita de Apsû, no necesitarás armas.

Había pasado menos de un mes desde que se separaron y no habían visto más que hielo, tormentas y una planicie infinitamente blanca. A veces, Nidhogg pensaba si no se habrían equivocado al separarse de Radvinn, pero entendía bien que no podía darse el lujo de dudar. Su hermano menor, Fenrir, tenía un espíritu de combate mucho más vivo, algo que, sin duda, estaba alimentado por su tremenda estatura. Los enanos solían medir alrededor de un metro y medio, pero Fenrir rebasaba los dos metros. Las gruesas pieles de los enanos les permitían andar en el glaciar del norte sin problema alguno, aunque las raciones estaban comenzando a escasear. Hasta ahora, los Weissertod habían perdido a tres, los Eisenschmiede a dos y los Nordstein a cuatro. Niedr Winterfell les había sugerido cavar un hoyo cerca para refugiarse, reponer fuerzas y contar historias, algo que estaban empezando a echar de menos. Magni Eisenschmiede les había sugerido lo mismo unos días antes. Los Nordstein tenían una regla que les había salvado de muchos apuros: cuando tres están de acuerdo, el cuarto cede. Si los Weissertod o alguno de los Nordstein les pedía refugio, no tendrían más remedio que aceptar y

separarse de la línea recta que los llevaría al sur.

Caminaron quince días más. Lo sabían porque a pesar de las enormes nubes que cubrían su cabeza día y noche, la luz del sol tintaba todo en oro. El mundo exterior se había vuelto un gran túnel, una cueva techada por unas nubes a veces grises y a veces negras, con brillos blanquecinos de día. Las campanas de la muerte, las flores de Bael-Ungor, se habían extendido a pesar del frío, y en ciertas partes se podían ver grupos de árboles blancos, congelados bajo el permahielo del norte. A Fenrir le hacían sentir incómodo. Pese a su estatura y a su edad, los espíritus eran algo que hasta los mismos seidr temían. Pasaron junto a muchos, y cada vez eran más. Eran los vestigios de que alguna vez el bosque de Glitnir en verdad pasó sus límites y tal vez hasta había llegado al norte. Algunas de las leyendas más antiguas decían que justo en el corazón del bosque se levantaba un árbol colosal, tan alto como cualquier montaña, y que en su copa vivía el pueblo de los elfos. Nidhogg sintió la tormenta mucho antes de que ésta siquiera se asomara al horizonte. Esa misma tarde comenzaron a andar a marchas forzadas. Los Winterfell se adelantaron un poco y encontraron un monte chico, con una cueva excavada en su ladera. Los Nordstein accedieron a la petición de los jefes de los clanes. Los Eisenschmiede proveyeron a los exiliados de picos y palas y durante el resto del día se dedicaron a extraer tierra de ese lugar. Llegó la noche y luego el día nuevamente, por la tarde del segundo día cayó una tormenta enorme. Las antorchas de los Weissertod iluminaron la cueva. Aunque no tenía nada de especial, los enanos se juntaron como un solo pueblo por primera vez en meses. Se rieron, bebieron la cerveza que traían consigo y contaron historias sobre Bael-Ungor.

Niedr Winterfell habló de cómo su clan cavó hacia el norte, al norte, extendiendo sus galerías más allá de las bases de la montaña. Recordó cómo sus criptas y catacumbas serpenteaban y cómo la luz de los cristales Lys se reflejaba en los rostros de piedra de los enanos que tallaron en ellas. Ahí estaban todos los grandes patriarcas del clan Winterfell. Hødr el Mutilado, padre de Niedr, al que un oso le había arrancado una oreja y una mano. Bintar el Constructor, padre de Hødr, que erigió algunos de los pilares de la Gran Sala de Odín. Y por último, Nagel el Iracundo, que se decía había enfrentado a los gigantes y a los elfos en la mítica defensa de la ciudad. Todos ellos muertos. Todos esculpidos en las salas de Bael-Ungor. La tormenta amainó un poco antes del amanecer, pero retomó su furia unas horas después.

Esa noche hablaron también los Eisenschmiede. Dwalin, Thorin, grandes enanos que pudieron haber sido reyes. Luego sus hijos, Magni y Korin, los arquitectos de los canales de riego. Ellos fueron desplazados por el legendario clan Hammerschmied y los Eisenschmiede no tuvieron más remedio que apartarse, que dejarles la gloria a sus primos y a su tío Brokkr. Los Weissertod no hablaron gran cosa. Recordaron a algunos de sus guerreros del pasado, pero este clan no acostumbraba recordar nada. Los caídos se iban directo al Valhalla y cenaban todas las noches con Odín y las enanas caídas en la Guerra del Despertar. Las llamaban valkirias y sabían que sus almas eran escoltadas hasta la morada del Guardián por ellas. Fenrir y Nidhogg sabían que tenían un pueblo orgulloso bajo su mando, pero esas tardes de hielo encerrados en una cueva les permitieron ver algo más: la gente de los Nordstein tenía las piedras necesarias en su alma para reconstruir la gloria de la Ciudad Perdida. Cuando entraron a refugiarse eran cuatro clanes diferentes. Cuando salieron, los Nordstein comandaban un pueblo nuevo. Siguieron caminando hacia el oeste, deteniéndose de vez en cuando, excavando cuevas en los cerros y en las laderas que encontraban a su paso. Por fin, poco antes de que se cumplieran tres meses del exilio, los enanos divisaron la punta del Nifl.

— Entonces partimos mañana. — Niedr Winterfell se acercó a los generales. Se había ganado ya su confianza, y el diálogo de los hermanos no era precisamente secreto.

— Así es Niedr. Los exploradores de los Weissertod dicen que la tormenta se está recrudeciendo. Pensaba partir mañana temprano, pero parece que tendremos que esperar una semana.

— No creo que haya problema, mis señores. Ustedes nos han traído hasta el Nifl. Un par de días encerrados nos vendrían bien a todos.

— ¡Nidhogg, Gigante! ¡Nos atacan! — La voz de alarma corrió rápido entre los clanes enanos. Nadie había visto un alma en Eisgrind desde que partieran de Bael-Ungor, y un ataque poco antes de una tormenta, contra más de quince mil enanos expertos en combate era un suicidio. La tormenta arreció y Nid no pudo ver a Fenrir. Sabía que se habría adelantado para ver al enemigo, pero con tanta nieve cayendo era imposible.

— ¡Regresa! ¡Hay que refugiarnos ahora!

— ¡Tiene razón, general! ¡La tormenta es muy densa!

Fenrir estaba consciente de eso. Se adelantó unos pasos más en la borrasca que se había soltado de pronto y vio un perfil oscuro dibujado en el horizonte. La nieve se le pegaba en la barba, el bigote y al cuero de sus guantes. No podía quitarle los ojos de encima. Era un ser colosal, del tamaño de una montaña. De hecho, le pareció más alto que el mismo pico Ymir. Un canto, una especie de gemido llegó arrastrado por los copos de nieve. Era un solo sonido, largo y muy profundo, como el llamado de múltiples cuernos de guerra soplados por unos pulmones que no se agotaban. Fenrir lo miró durante lo que le parecieron horas.

— Es un Aptrgangr, general. Las eddas los mencionaban. Son los espíritus de los elfos, de los gigantes y los hombres que murieron en Eisgrind cuando intentaron asediar Bael-Ungor. Se levantan en montañas y caminan, soplan su dolor a todos lados y luego se derrumban. No podemos nada contra ellos. — Magni Eisenschmiede estaba parado detrás de él, con la mirada clavada en las sombras que se alejaban poco a poco, mientras el sonido iba disminuyendo. Ningún Aptrgangr se había acercado a Bael-Ungor jamás. Magni pensó en los cuentos del bosque devorado, y le parecía lógico que los espectros montaña no se acercaran a la ciudad que se los comió vivos.

— Nadie los había visto en mucho tiempo. — respondió Fenrir. — Pensamos que se habían extinto después de la guerra con el sur. Son fantasmas. No deberían existir.

— ¡Entra, hermano! ¡Ya!

Nid no esperó más y lo jaló. Poco después de que estuvieron dentro, Magni selló la cueva con un hechizo de tierra de su clan. La avalancha que siguió pasó casi inaudita, pero vieron sus estragos a la mañana siguiente. Gran parte del cerro que los había cobijado había desaparecido bajo el hielo, y tuvieron que cavar casi cinco metros en vertical. Cerca de ellos había un gran valle, una pisada de una criatura más grande que la misma Bael-Ungor. Casi cuatrocientos metros más adelante había otra, y otra más o menos a la misma distancia. Donde debía estar la cuarta, había una montaña nueva.

— Parece que el Aptrgangr se derrumbó anoche. Tenemos que llegar al Nifl ya. No podemos arriesgarnos más. Magni, Niedr, ustedes encabezan la marcha. Que los clanes se muevan lo más rápido que puedan.

— Así se hará, mis señores.

— Magni, que tu gente se prepare para trabajar duro. De entre estas piedras y este hielo se alzarán una nueva capital para nuestra gente. Skølsgarde no le pedirá nada a Bael-Ungor. También necesito que forjen

runas de protección para ahuyentar a los fantasmas de hielo. Mientras más grandes, mejor. Los Weissertod se encargarán de colocarlas, pero las necesitamos ya.

— Nifl, la Montaña Blanca. Quién pensaría que vendríamos a vivir aquí. Ven, hermano. Vamos a celebrar esto. Los demás querrán saber que llegamos a la Puerta de Hielo.

Capítulo 8

7. Ájok, el Pilar de la Tierra

Ciclo 698, Enyai-Narok

Los colmillos de Ájok se habían cubierto noche tras noche con la sangre de los guerreros del oeste. Los trolls de Enyai-Narok habían logrado mantener la supremacía de la región en gran medida gracias a él. Con el tiempo había demostrado ser el más astuto de los trolls de la selva. Su valor y su determinación lo habían colocado como el asiwaju, el campeón del ogun orori Jangó. Los jefes de guerra trolls no solían heredar el título a sus hijos, sino a sus campeones. Desde el momento que Jangó lo había nombrado asiwaju, Ájok sabía que estaba a punto de ascender como líder de todas las ciudades del centro de Thule. Conocía bien los boonei de gruesos troncos y la densa vegetación del corazón del continente. Esto, aunado a los mares del norte y al sur de la capital la volvían difícil de sitiar. De hecho, los dos nombres de la ciudad se referían a dos ciudades viejas que terminaron fusionándose en el gran monumento de rocas y musgo en el que se había transformado. Cada una de las puertas de guijarro de la ciudad estaba adornada con los viejos dioses de la jungla, y sólo en el centro se había alzado, hacía poco, un templo a la Guardiania Bayanni. Le gustaba ver cómo las gigantescas piedras basálticas cubiertas de lama daban paso a calzadas y luego a la piedra desnuda. Enyai-Narok se ocultaba a los ojos de los enemigos gracias a su vegetación, pero recompensaba a los amigos con una vista como pocas en todo Thule. Los trolls habían construido edificios hechos con piedras enormes, casi láminas, que servían de paredes y techos. El terreno de la zona parecía haber sido pantanoso hacía muchos ciclos, pero el constante trabajo y la actividad de los eru lo había erosionado. Se sabían una raza poderosa y les gustaba que tanto amigos como enemigos reconocieran su poder. Ájok no recordaba haber luchado nunca contra algo que no fueran trolls, aunque había quienes hablaban de ánjonús y espíritus del mar. Sus ancestros habían usado tambores de guerra para espantar a los ánjonús y al parecer había funcionado. Además, hacía poco que el poderoso mamut de las planicies del oeste había sido domado y, si los espíritus no les temían antes, el bramido de las bestias seguro los había lanzado hacia las tierras de luz, hacia donde el sol pudiera protegerlos. Porque los trolls, desde que recordaba, se convertían en piedra con los rayos de su enemigo mortal. Muchos de ellos lo llamaban apania, asesino, con justa razón.

Caminó por las calzadas y pasó por varias parejas de guardias troll. Estaban firmes, mirando hacia la oscuridad de la jungla. Habían desarrollado una visión nocturna superior a la de los animales, y sus brazos y piernas se habían vuelto extraordinariamente fuertes. Eran capaces de levantar hasta cuatro veces su peso, y Jangó, el jefe de guerra, había logrado rebasar las seis. Lo había invocado la noche anterior pero sabía que el jefe de guerra le perdonaría la indisciplina tras compartirle lo que habían descubierto sus exploradores. Se hablaba de una raza minúscula dotada de una tecnología sorprendente. Aún con los cantos de Bayanni, que les habían permitido derrumbar paredes y edificios completos, los gnomos presentaban una resistencia feroz. Mientras más al este se movían, más se notaba su presencia. Además, estaban protegidos por el sol, y el avance de los trolls había sido lento. Llegó, por fin, ante la presencia del ogun orori. El cuarto estaba casi en penumbras, como el resto de Enyai-Narok, pero poseía un par de antorchas. Los trolls llamaban a Jangó el Domador del Sol, o tammer oorun, y a él le gustaba tener un poco de luz en su habitación. Los jagunjagun decían que, cuando las fuerzas de Atai-Iku se separaron de Enyai-Narok, Jangó había subido a la pirámide de Bayanni y los maldijo. No se percató de que el sol estaba saliendo frente a él, tan cegado estaba por la ira, y éste le alcanzó a petrificar parte de la cara y de los brazos. No murió gracias a las nubes del horizonte, pero desde entonces quedó marcado. Los eru vieron en él el cumplimiento de una profecía de su Guardiania, que decía que poco después de que apareciera el Pilar de la Tierra, el pueblo de los trolls volvería a ser como uno. Ájok lo veía difícil. Había al menos tres facciones, hasta donde él sabía: ellos, los liderados por Atai-Iku y los habitantes de la ciudad sagrada Meberé. Se acercó hasta que pudo oler el incienso y ahí un par de trolls mucho más ancianos que él, marcados por las cicatrices de lanzas y flechas, lo detuvieron. Era protocolo. Claro que sabían quién era.

— ¡Akiyesi, Jangó! Se acerca el asiwaju Ájok. — La pesada puerta de madera de boonei se deslizó y dejó ver el reflejo de luz dentro del cuarto del jefe de guerra. Era una habitación grande, muy alta incluso para el estándar de los trolls, sostenida por 16 pilares, ocho de cada lado, de piedra maciza. Los pilares formaban un pasillo amplio y al fondo se encontraba una habitación gigantesca. Había una mesa central, donde los ogun orori de todas las generaciones habían tallado un mapa. Había una

regla: solo las cosas que pudieran verificar con sus propios ojos se tallarían ahí, y el trazo era supervisado por todos los asiwaju y generales que estuvieran en activo. Los mapas se copiaban poniéndole carbón encima, luego se pasaba una tela encima para copiar los trazos. Se sacudía y las marcas se pintaban con sangre de insectos. Había además espacio para una hoguera, varios bancos de piedra y máscaras ritual, pintadas todas con rostros. Una piel de mamut se extendía sobre el asiento reservado para el jefe de guerra. Jangó había pedido que a los lados se le pusieran antorchas, para sentir de nuevo el calor, para acordarse de los pocos segundos que lo tocó el sol.

— Me llamaste, ogun orori, y aquí estoy. ¿Qué puede hacer Ájok por ti, Jangó, tammer oorun?

— Acércate, asiwaju. Me temo que mis días se acercan a su fin. Los guerreros del pueblo Atai se extienden del lado de donde sale el sol y avanzan cada vez más rápido. Me preocupan los eru que lo siguen. No reconocen nuestro derecho. Dicen que hemos cortado el comercio con Meberé, la ciudad sagrada, y que nos apropiamos injustamente de Enyai-Narok.

— ¿Qué le pedirá el ogun orori a Ájok, su asiwaju? Su lanza y su mamut están dispuestos.

— Lo sé, Ájok. Por eso eres mi campeón. Pero yo estoy débil ya. No quería admitirlo, pero los dos lo sabemos. A partir de hoy, tú eres el nuevo ogun orori. No, no te estoy pidiendo permiso. Ya se han hecho los preparativos.

— El viejo troll resopló. — Sólo me queda pedirte una última cosa. Detén a Atai-Iku.

— El señor eru del pantano. El traidor.

— Alguna vez fuimos como hermanos, Ájok. Alguna vez ese que renegó de su nombre y su sangre estaba destinado a ser mi escudo y mi lanza, pero quiso más. Los trolls de la jungla y del pantano somos más parecidos de lo que los odo, los más jóvenes, creen. Fue cosa de Iku. Nos separó desde la raíz. Nadie lo dice, pero algunos eru creen que él debería ser ogun orori. Muchos me respetan todavía, pero ya soy un anciano, Ájok, y nuestro pueblo no tardará en dividirse. Por eso te elegí a ti. Eres leal y sabes cómo manejar a los jagunjugun.

— ¿Y Meberé? Los eru de ahí no permitirán que marchen los mamuts contra ellos.

— Claro que no, pero el tiempo de Meberé ya terminó. Las noches de ahí duran poco y su apania, su esfera de fuego, cada vez es más cegadora. Yo

tuve suerte de sobrevivir al sol, pero me obligó a usar una máscara por el resto de mis días.

—Jangó es fuerte. Yo sé que podrá levantar su lanza y su canto contra sus enemigos.

— Ya no, Ájok. Si pudiera no estaríamos hablando. Tienes hasta mañana para prepararte.

— Así será, ogun olori.

— Sé que no te agrada, pero eres el más capaz de todos mis asiwaju. Además, te aconsejaré. No estarás solo. La tradición dice que el ogun olori gobierna solo, pero con las cosas como están, no puedo dejarte. Yo mismo estaría clavando un puñal en el costado de Enyai-Narok. Vete, Ájok. Necesitas prepararte.

— Aún no puedo irme, tammer oorun Jangó. Te traigo información del este.

—Te escucho.

Sabía que lo mejor que podía hacer Jangó era escuchar. Después de exponerse al sol, casi toda la cara se le había petrificado. En ese ciclo en que Atai-Iku salió de Enyai-Narok condujo a sus trolls a una cueva cercana, pero lo suficientemente lejos de la ciudad como para que Jangó no se atreviera a mandar un ejército tras él. Desde entonces, se habían dirigido hacia el este, escondiéndose en cuevas que poco a poco se transformaron en lugares de paso y luego en bastiones. Atravesaron el pantano de Ea-Narru y se adentraron en la selva de más allá del horizonte. Los trolls huyeron, pero el viento se llevó rumores de lo que encontraron. Ciudades diminutas, tantas como alcanzaban a contar, se extendían al norte y al noreste. A los ojos de los eru no parecían más que juguetes, montículos de piedra que no resistieron el poder de los mamuts. Los llamaron idaio, y durante algunos ciclos los trolls más supersticiosos dijeron que eran el espíritu de las montañas que se movía y se hacía a sí mismo. Porque los gnomos tenían ingenios que les permitían avanzar más rápido y transportar pesos que sus cuerpos no eran capaces de mover. Pero si hubo admiración o respeto por los idaio, los eru que seguían a Atai-Iku no tardaron en perderlo. Avanzaron sobre las poblaciones de los gnomos y cayeron una tras otra ante el tremendo poder de los jinetes de mamut. Además, en muchas ocasiones Atai-Iku se percató de que los gnomos parecían ser criaturas de sol, porque en las noches dormían. Ellos podían acercarse en silencio a las ciudades y arrasarlas en cuestión de horas. Pero pronto los gnomos aprendieron a defenderse. Utilizaban fosos, paredes monumentales, y utilizaban artilugios para potenciar la luz solar.

El viento no les dijo más, sólo que se habían adaptado rápido. Atai-Iku estaba peleando guerras en dos lados, y Ájok temía que fuera capaz de vencer.

— Mis sikaotu dicen que Atai-Iku avanza hacia el este. No sabemos cuánto se hayan alejado de Enyai-Narok, pero sabemos que lleva mamuts y avisvas de combate.

— Bien. Mientras más lejos, mejor.

— Atai-Mombé está avanzando aún más hacia el norte. Iku se siente confiado, tammer oorun.

— Sí. Nunca le habría cedido tropas a su hijo de otro modo. ¿Cuál será tu primera orden, ogun olori?

— Me das un título que aún no merezco.

— Te lo di hace un momento. Y te alejas de la cuestión principal. ¿Qué piensas hacer?

— Sólo hay rumores, Jangó, voces de la ciénaga bajo la luz del sol. Hablan de una raza pequeña, de los espíritus de la tierra que la cambian por fuera. Atai-Iku los atacó. Sus ciudades apenas rebasan los dos mita de altura, pero algunas de ellas han podido detener contingentes enteros de las tropas de los Atai.

— Han defendido sus colinas, sus pantanos y sus junglas contra los mamuts, Ájok. No suenan a enemigos a los que se pueda subestimar. ¿Recuerdas cuando vimos a los mamuts por primera vez en Meberé? Los pantanos nos llegaban hasta la cintura y los boonei se inclinaban sobre nosotros, casi como si fueran un gran techo. Era tu tercera cacería de lagartos, de alangba, y también iba tu padre, el gran Oyeleye. Los encontró él. Parecían montañas de barro, ¿lo recuerdas, Ájok?

— Sí, Jangó.

— Despertaron con nosotros encima. Nunca pensé que hubiera criaturas tan grandes como los mamuts. Derrumbaban árboles y sus pisadas se sumían...

Ájok dejó de escuchar. Tal vez el viejo Jangó tenía razón. Ya se habían sucedido más de trescientas Estaciones de Fuego sobre su cabeza y regresaba una y otra vez a las hazañas de su pasado. No estaba

pensando con claridad. Se perdía muy a menudo entre la neblina y la ciénaga de la mente, detrás de su rostro de piedra. Sus colmillos se habían hecho porosos con el paso de los ciclos. La ceguera era lo de menos. Hasta hacía poco, o al menos a Ájok así le parecía, Jangó guiaba con justicia y prudencia a los eru de Enyai-Narok. Muchos de los ogun olori de Meberé se habían retirado antes que él, y supuso que sólo estaba siguiendo una tradición que había negado por mucho tiempo. Era justo. La ciudad de Enyai-Narok se construyó sobre sus hombros. No sólo era su jefe de guerra: se había convertido en el padre de la nueva civilización de los eru. Sin él, tal vez los que antaño fueran los dueños indiscutidos de Thule se habrían disuelto en muchas tribus hasta desaparecer del todo. Fue gracias a que Bayanni le habló a Jangó. Le dijo cómo usar la voz para mover piedras y hacer que la tierra se sacudiera debajo de ellos. Les dio el poder del ìṣẹṣẹ, del terremoto.

Si Jangó quería que él fuera el nuevo ogun olori, sería que algo había visto en él. Su pueblo necesitaba a alguien que pudiera guiarlos ante la guerra que se avecinaba. Porque sí, venía la guerra. Los boonei de la jungla estaban inquietos, y últimamente los lagartos y las avispa se comportaban más agresivos que de costumbre. Pero más allá de las señales que mandaba Bayanni, sabía que el conflicto con los Atai era inevitable.

—...no creían que bestias tan enormes pudieran caminar aún sobre Thule. Ájok. Estás ausente, como perdido en tu niebla del cráneo.

— Lo siento, Jangó.

— Piensas en tu puesto como ogun olori.

— Sí.

— No quieres hacerlo.

— Más bien, no sé si seré tan grande como tú, tammer oorun.

— No lo serás. Tu grandeza es sólo tuya, Ayé ọwọn. Tú tendrás tu propio camino. Bayanni te protegerá, pero tú tienes que dar tus propios pasos. Prepárate, que ya está amaneciendo. Mañana serás el nuevo jefe de guerra de los eru.

Ájok miró hacia el cielo estrellado del amanecer. Sabía que la ciudad era verde y gris porque varias veces se había quedado debajo de los edificios hasta que el sol empezaba a asomar. Pero esa mañana, Ájok

no veía ni el sol ni las piedras calizas que alzaban a Enyai-Narok de entre las raíces torcidas de la jungla. En sus manos quedaban las vidas de cientos de miles de trolls que se dispondrían a ir a la guerra si él lo pedía. Tendría que volverse el mejor de entre ellos, y sabía que no todos estarían felices con la elección de Jangó. Tendría que ser fuerte. En ese instante, mientras el sol comenzaba a cortar las sombras de la noche, todo el peso de Thule cayó sobre sus hombros. Era pesado. Muy pesado.

Capítulo 9

8. La Noche del Escorpión

Ciclo 941, fortaleza de Utgarda Loki

A las afueras de Granada

Se recordó aullando, gimiendo, con la piel rígida, los brazos y las piernas secas, como muertas. Se recordó también corriendo, con muchos otros, hacia una aguja alta, negra, hecha de hollín y huesos, hacia la locura de una noche de fantasmas y espectros. Estaba seguro de que había muerto, o bien, que era un sueño largo y horrendo, y que la única forma de despertar era seguir la historia que había surgido dentro de su cabeza. Aunque le aterrara. Aunque supiera que no volvería a ver Dhabí nunca, nunca más. Tal vez sí era un sueño muy largo. Tal vez algún día despertaría y sabría que todo lo que había vivido desde esa noche de gemidos y angustia había sido una fabricación, una aparición de las viejas leyendas de Dhabí en su cabeza. Porque se decía que hacía muchos ciclos, en un tiempo más allá de lo que hubiera vivido cualquiera de ellos, Dhabí había sido arrasada por los orcos del Emperador Alzamağ y que las Legiones se habían deleitado con la carne de los pobladores de la ciudad. Luego se dijo que fueron los dragones los que calcinaron las ruinas, y que los hombres del desierto habían retomado el puerto. Durante ciclos, se prepararon para el regreso de las Legiones, pero nunca pensaron que volverían transformadas en una horda de muertos vivientes.

Caminaba hacia delante, con la gente que conoció alrededor de él, como un gran rebaño que se dirigía día y noche a la fortaleza de Alzamağ. Estaban todos dormidos. Algunos iban tropezando, otros, caídos de ánimo, no se atrevían a levantar la cabeza. Una mujer, Rashida se decía, los guiaba. Era hermosa. La más hermosa que hubiera visto jamás. Además, tenía algo de exótico. Su cabello negro, desenredado, le caía a los lados y tenía la cara descubierta. Ojos grandes, labios carnosos, vestimenta distinta a la de Dhabí, Granada o Toledo. Conservaba algo de granadino, pero había algo distinto y no sabía qué era. Tenía un aire de superioridad muy parecido al de los guardias del palacio real de Dhabí y cargaba amuletos de muchos lugares. Rashida había viajado hasta más allá del Gran Mar Océano, se dijo, y aceptó su sueño. No supo cuántos días caminó bajo el sol ardiente del Sharran, ni cuántas noches se les animó para que siguieran su línea recta. No recordaba haber descansado, y los más débiles pronto fueron devorados por las dunas. Nunca vio que las bestias atacaran a los caídos. Por fin, llegaron a la base de Utgarda Loki y

los amontonaron a todos en un cuarto. Estuvo encerrado hasta que perdió la cuenta de los días. Decidió no dormir más, y se dio cuenta de que no se cansaba. Tampoco sentía hambre, y aunque podía ir y venir como le pareciera, sabía que sus manos no respondían con tanta velocidad ni tanta precisión como cuando estaba despierto. Además, no había puertas en Utgarda Loki, o al menos no como las conocía en Dhabí. Los orcos son salvajes, pensó. Cualquier carpintero les pudo haber hecho algo mejor.

Una noche llegó Rashida y examinó a todos los que quedaban en el cuarto. Iba de uno por uno, los miraba con sus grandes ojos negros, y pasaba al siguiente. Se detuvo en uno allá a la extrema derecha, y le indicó a alguien que se lo llevara. Al día siguiente, lo mismo. Pasó al menos una semana hasta que llegó a él. Lo sabía porque había contado las visitas de Rashida, aunque temía haberse quedado dormido alguna vez. Por eso no sabía si eran siete días o más, pero no importaba. Había llegado ella. Los miraba a los ojos, esperaba unos segundos y avanzaba. Aquellos a los que veía y no elegía se volvían locos. Lo había visto los días pasados. Aullaban y arañaban y un rato después eran conducidos quién sabe a dónde, pero estaba seguro que lejos de ahí, de ella y de sus ojos. Se puso nervioso. ¿Qué sería de él? ¿También perdería la razón si lo miraba? Cuando se acercó a él, no pudo evitarlo. Empezó a temblar, se le trababan las palabras en la garganta, como si se la hubieran desgarrado. Sintió frío, demasiado frío, le dolieron las articulaciones. Rashida se percató de ello y se acercó aún más. Lo miraba. No veía su cuerpo, sus ropas, sino a él. Su mirada lo atravesaba. Iba más allá de su cabeza, de la oscuridad de detrás de sus ojos, y parecía que se metía a sus recuerdos. Jamás había visto ojos así despierto, y supo que debía ser una diosa la que lo veía a los ojos. Sintió miedo, tanto como no recordaba haber sentido nunca. Entonces ella sonrió, o al menos la línea que apareció en sus labios se le figuró una sonrisa. La mujer llamó de nuevo a sus guardias y entonces pudo verlos de cerca. Estaban muertos, podridos, las caras desfiguradas y ausentes de nariz, mandíbula u ojos. Estaban muertos y caminaban, andaban dentro de las entrañas de Utgarda Loki, y obedecían ciegamente a la mujer más hermosa que hubiera visto antes. Intentó escapar, pero no tenía fuerzas. Sus brazos estaban rígidos. No podía mover la cabeza, ni las piernas, y todo intento que hizo por gritar se convirtió en un gemido apenas audible.

Los muertos de su sueño lo arrastraban entre los pasillos de la fortaleza. Había cuerpos podridos, más y más muertos por doquier. Era una ciudad de cadáveres que se alzaba hacia el cielo en una espiral infinita. Había huesos en las paredes, en las puertas, en formas que deberían ser imposibles. Otros habían sido extendidos, como si fueran láminas, y de ellos salían fragmentos de huesos más chicos. Todo era

hollín, construcciones óseas, frío y oscuridad. Siguieron avanzando. El frío de su cuerpo le ganó a cualquier otra sensación y por fin, los guardias de Rashida lo dejaron junto al otro de los sujetos que se llevaron unos días antes. Lo había visto en Dhabí, sólo que no recordaba de dónde o qué hacía allá. Sólo lo recordaba, aunque pudo haber jurado que no era tan pálido entonces. Tal vez esa era la parte del sueño que quería anclarlo a algo conocido, algo real, algo que no fuera parte de la sucesión de pesadillas que estaba apareciendo frente a él. Se fijó que era de noche. Una luna blanca, gigante, se asomaba entre las dunas del Sharran e iluminaba los arcos negros de Utgarda Loki. Al menos, pensó, sigo en el desierto. Su luz se desparramaba sobre cada uno de los montículos y a la distancia podía ver los restos una tormenta de arena que iba muriendo. Luego vio las espirales. El cielo había perdido sus estrellas y en su lugar aparecían pequeñas espirales, similares a las que había en el mar poco antes de que se formara un huracán, pero éstas estaban hechas con la tela negra de la noche y se multiplicaban, infinitas, en el cielo. Son las bocas del Ginnungagap, pensó. Quiero irme a casa. Unos minutos después regresó Rashida.

— Cierra la puerta, Jørmund, y déjame sola con estos dos.

— Como quieras. Estaré con Menkar.

El enano salió de la sala principal, ahí donde hacía algunos meses Rashida había invocado a los espíritus de la Legión carbonizada. La luna, en efecto, brillaba sobre Utgarda Loki. La necromante se acercó a cada uno de los gules, los examinó nuevamente. Esos dos eran los únicos que habían demostrado poseer vestigios de memoria, de uso de la razón. Era una chispa especial en los ojos. Hasta podría haber jurado que uno de ellos sintió miedo. Osiris estaría encantado con el nuevo proyecto. Los transformaría en una criatura del Éter.

— Zafir al-Din. Éste será tu nuevo nombre. Quien hayas sido antes no tiene importancia: hoy renaces como un hijo de la noche. A partir de ahora, yo soy tu mujer, tu esposa, tu esclava, pero antes que nada, tu propietaria. Tú eres mi voluntad, mi mano, mi garra, mi cadena, mis ojos, mi boca. Levántate, tú, que alguna vez estuviste muerto, y bebe la sangre de tus enemigos. Adelante, Badi al-Zaman. Dale de beber a tu hermano.

Tú ya saliste a cazar.

Le dolían los brazos y el cuello. Se dio cuenta de que fuera lo que fuera que había pasado entre las dos secciones de su sueño, al menos había recuperado su movimiento, aunque todo se había vuelto mucho más oscuro. Como si sólo despertara de noche o como si su mente dormida hubiera olvidado cómo dibujar el sol. Sus sueños iban siendo cada vez más vívidos, y varias veces habría jurado que no eran sólo eso. Rashida los buscaba, a Badi y a él, y les exigía que mataran a sus presas. Primero fueron alacranes, luego serpientes, y luego camellos. Les hablaba sobre cómo podrían llegar a ser grandes generales de un ejército que se movía sin cansancio y sin voz, y Badi parecía muy emocionado al respecto. No lo conocía. Después de mirarlo una y otra vez estuvo seguro. La imagen que tenía de él en la ya muy lejana ciudad de Dhabí era otra. Allá era un joven tímido, quizá hijo de un arriero o de uno de los contramaestres. La cosa que estaba frente a él era casi un esqueleto, un montón de pellejos que se pegaron a unos huesos, pero podía ver la sed de sangre en sus ojos. Le brillaban cada que entraba Rashida y cada vez era más rápido y mejor para asesinar a las bestias. Él no podía. Nunca había lastimado a un ser vivo. Rashida parecía no darle importancia a que no pudiera pisar a los alacranes. Una vez, cansado del sueño, dejó que uno de ellos le picara, que le inyectara todo el veneno que pudiera. Pero nada pasó. El veneno se trabó en el punto en el que lo picaron y después de un rato escurrió hacia fuera. Como si no tuviera pulso, o no hubiera venas a las que entrar.

La noche del escorpión. Así llamó al día en que se dio cuenta de que él también era un esqueleto vivo. Después de ver a Rashida, corrió, corrió como pudo, y nunca sintió dolor. Corrió y se estrelló con las columnas, se cortó brazos y dedos, y éstos se volvían a unir, se curaban milagrosamente. En un momento se arrojó desde el séptimo piso de la fortaleza. Su esqueleto quedó destrozado, pero sus huesos se soldaron los unos a los otros en unas horas. Se quedó tirado, con la sensación de llanto trabada en la cabeza, pero incapaz de derramar lágrima alguna. Esa noche fue en la que dudó si estaba soñando o no, porque mientras sanaba vio la arena de Dhabí brillando bajo el calor del sol. Luego vio a un enorme contingente de muertos vivientes, un dragón, un enano. Luego llegaron a él los gritos de la gente, un río de vidrio fundido que se tragaba a vivos y muertos por igual. Había también un elfo de piel negra que esparcía una especie de barro sobre los muertos. Luego explosiones y una gran serpiente dorada. Más fuego, más arena y más vidrio. Y luego empezaba la gran marcha del rebaño de los muertos. Los habían cosechado en Dhabí. La noche siguiente no buscó a Rashida. O al menos,

pensó en no hacerlo. Cuando se percató, ya estaba frente a ella, aunque esa vez lo miró distinto. ¿Se habría dado cuenta? Tal vez. Era casi una diosa y mandaba sobre la muerte. Esa noche ella vestía de morado. O tal vez de azul. Los colores iban perdiendo nitidez. Cada vez estaba menos seguro de qué veía, de qué oía, y para cuando la fortaleza se levantó de entre las arenas, rodeada por el canto de cientos de necromantes, sus emociones llevaban ya mucho tiempo muertas.

Vio florecer a Badi al-Zaman. No sólo se había repuesto, sino que parecía haber renacido, pero ahora era el hombre de Rashida. No había orden que ella le diera que él no cumpliera. El día había desaparecido mágicamente, y las millones de bocas del Ginnungagap parecían haberse cerrado. Las estrellas habían vuelto al cielo, y Zafir podía pensar cada vez más claramente. No pudo recordar más detalles sobre el ataque a Dhabí, pero sabía que no era posible que los muertos se levantaran y anduvieran. También sabía que seguía en el sueño porque no podía matarse y porque cada vez que estaba a punto de salir el sol su cuerpo se volvía muy pesado, lo invadía un ansia de huir y se encerraba en las partes más oscuras de la fortaleza. Nunca lo hizo conscientemente, pero siempre despertaba donde mismo, siempre justo unos minutos después del ocaso. Varias veces alcanzó a ver el cielo púrpura del desierto, ese que recordaba seguía al naranja y al rojo, pero nunca el sol.

Se acercaron a Granada. La fortaleza se tambaleaba sobre unas patas de hueso. Sólo había estado una vez ahí, de niño. Su madre lo llevó a que conociera a los dragones y le dijo sus nombres. Algol y Menkar habían muerto, decían los granadinos, pero quedaban Elnath y otros cuatro. Las leyendas decían que Hazán el-Khatib y su teniente, Elnath Fares, fueron los que invocaron a los dragones quién sabe de dónde, y desde entonces había habido intentos por llamar a más. Nunca pudieron, sin embargo, y en 924 se hizo el último intento. Recordaba algunas casas, algunas de las atalayas en el horizonte, pero la luz de las antorchas, aún a la distancia, le lastimó los ojos. Era la primera vez en meses que veía una luz. Él seguía débil, raquítico, y por eso Rashida no lo llamó. En las últimas semanas parecía ignorarlo cada vez más. Badi se había vuelto su favorito. Si era un sueño, Zafir al-Din podía elegir. Y eligió abandonar ese lugar de pesadillas cuando tuviera oportunidad.

Tardaron un par de semanas en llegar a las orillas de Granada, aunque tardó más de un mes en comprender qué estaba pasando. Rashida llamaba a grandes grupos de cadáveres a las puertas de la fortaleza a todas horas, y los mandaba directo a la ciudad del desierto. No había momento en que Rashida descansara. Luego se percató del enano, Jørmund, y del enorme dragón que iba con él. Estaban atacando Granada. Sólo que ahora su sueño le mostraba el otro lado del ejército. Primero él había defendido Dhabí; ahora, iba uno más en la masa de cuerpos que intentaban escalar los muros de la Perla del Desierto. Su plan de huida era cada vez más difícil de llevar a cabo. Si antes Rashida ejercía un poder grande sobre él, ahora sabía que él no tenía más voluntad que la que ella le permitía tener. Y lo hizo beber. Capturaron a algunos soldados del sultán y les descubrió los cuellos. Zafir no había probado jamás la sangre. No comía, no tenía hambre nunca, pero aquel olor lo enloqueció. Un segundo se resistía siquiera a mirar a los ojos al hombre moreno que estaba arrodillado frente a Rashida; al siguiente, sintió cómo sus colmillos se clavaban en el cuello del piromante. Intentó quemarlo, pero la sustancia que usaban para levantar a los muertos lo protegía. La sangre manó y le impregnó la garganta y la nariz de su olor metálico. No podía apartarse. Bebió y bebió, hasta que no salió una gota más. En ese instante se dio cuenta de que su corazón volvía a latir. Sintió calor dentro de sí mismo. Sus brazos, sus manos emanaban calor como si tuviera carbones dentro de las venas, y una parte de su masa muscular se regeneró. A partir de entonces, no pudo evitarlo. Se fue pareciendo cada vez más a Badi al-Zaman. Los dos se volvieron corpulentos, aunque supo que sus motivaciones eran diferentes. Él mataba y comía rápido, por instinto, para no volverse otra vez un esqueleto, mientras que Badi se detenía a torturar a la gente.

Una noche, despertó antes de que se ocultara el sol. No reconoció el lugar. Todo estaba inundado por el brillo más intenso que había visto jamás. Incluso su cuarto estaba iluminado, aunque poco. Había espejos, una cantidad infinita de espejos y cristales rotos que rodeaban la fortaleza. Eran obra de los dragones y de la magia de tierra del enano. Los dragones fundían la arena en el aire y el Sharran se había llenado de espejos. Vio a uno de los vampiros jóvenes junto a él. Acababan de revivirlo y estaba como dominado por el reflejo del sol. Caminó hacia afuera, con el sol sobre él, y Zafir pudo haber jurado que todos en Granada habían escuchado sus gritos. El sol lo carbonizó en unos instantes, dejando una gran estatua de ceniza en donde había estado. Un gul pasó por encima de ella y se desmoronó. Así que por eso evitaba el sol. Por eso la noche interminable de sus sueños. Pues bien, no lo

necesitaba. En la sangre estaba todo cuanto jamás había podido desear.

Tras unas semanas de alimentarse y de recuperar la conciencia, Zafir huyó. Corrió en la noche, mientras los wyrms de hueso de Rashida se enfrentaban a los elfos que habían llegado para apoyar a los piromantes. Esa noche, Jørmund combatía a los enanos de Gal'Naar, la Ciudad Oculta. Había rumores entre los necromantes de que los enanos de Skallargrim no tendrían más de dos noches en Granada, y ya estaban presentándole problemas al asedio. No le importaba. Quería llegar a los depósitos de agua y esconderse ahí. Si los granadinos rompían el cerco, lo primero que harían sería atacar Utgarda Loki, y Zafir no pensaba quedarse ahí, a merced de los caprichos de Rashida. Badi había perdido todo vestigio de personalidad y se había vuelto el principal títere de la necromante. La Boca de la Muerte, le decían, pero sabía que era sólo un nombre para esa carcasa sin alma. Si la vida le había dado otra vida, si le había presentado tantas oportunidades en sus sueños, más le valía tomar esa. Esperó algunos minutos después de que saliera el último jinete de wyrm y se lanzó a las arenas del Sharran. Los muros de Granada se veían chicos, reducidos por la cantidad de cadáveres carbonizados que se había reunido bajo ellos. Trepó la pared, se escondió en una casa. Los gules y los zombies pasaron de largo. Los vampiros y los wyrms luchaban con elfos y enanos, y cuando se despejó la sección sur encontró un depósito de agua. Al parecer tenía poco de haberse vaciado. Estaba húmedo, oscuro y chico. Entonces cavó. Cavó hacia adelante y encontró un espacio amplio, a donde llegaban todas las vías de distribución de agua. Bien. Nadie bajaría a buscarlo ahí. No podía arriesgarse a salir de día.

Habían pasado ocho ciclos. Lo supo porque escuchaba los carnavales sobre él. Se repetían cada cierto tiempo. Tal vez habría errado un par de meses, pero ya no tenía importancia. Se había dado cuenta, con el paso de los días y luego de los meses, que jamás fue un sueño. Le llegaron las voces de la gente de la ciudad y así supo cómo había terminado el asedio. Habían matado a Skallargrim, el rey enano, pero sus generales guiaban al pueblo de la montaña hacia Thánatos. Una plaga y la hambruna habían diezmado a la ciudad y otras cosas. Los primeros ciclos después del asedio los dedicaron a la reconstrucción. Había escuchado a gente que hablaba sobre los necromantes que permanecieron en la ciudad. Al parecer se habían rendido cuando se les acabaron los cadáveres. También había quienes decían que una mujer de morado un tanto exótica y un elfo habían huido hacia las ruinas de Dhabí y también escuchó sobre el mercader Samir i-Sabbah, que había ayudado a restablecer las reservas de agua durante el asedio. Las primeras veces que salió a cazar, vio que

las voces tenían razón. Mucho de Granada estaba siendo reconstruido. Había andamios y necromantes que usaban huesos para reparar edificios. Era la misma técnica que habían usado en Utgarda Loki. Había piromantes en prácticamente todas las esquinas. Después del asedio, el crimen se había incrementado de manera importante, aunque los guardias no tenían tantos ojos como para evitar uno o dos asesinatos a la semana. Supo que no podía beber de todos hasta matarlos. Les habría parecido sospechoso, sobre todo después de combatir tanto tiempo a las criaturas de Rashida. Debía matar como fuera, y beber la sangre que pudiera. Tal vez luego, cuando la gente se olvidara del legendario asedio de Granada, podría vivir otra vez como si jamás hubiera dormido. Tal vez podría hacerse un nombre e integrarse a la sociedad. Volver a perfumarse el cabello y visitar las tabernas. Había descubierto que el alcohol le hacía daño. La única vez que lo ingirió, tuvo que salir, hecho un fantasma, y terminó vomitando la sangre que acababa de beber. Los dos o tres días siguientes estuvo débil, y temió por derrumbarse antes de llegar a su refugio en las reservas de agua. El malestar le duró unos minutos, pero estuvo a punto de amanecerle encima.

Conforme pasaron los ciclos, se dio cuenta de cómo Granada se iba levantando. Estaba llena de cicatrices por todos lados. Una sección de la ciudad se reparó con huesos y otras partes con albañilería tradicional. Aunque pocos les tenían afecto a los necromantes, sus poderes sobre la muerte eran útiles. Formaron una escuela donde los jóvenes granadinos podían aprender las artes oscuras, con el costo de renunciar para siempre a su natural dominio sobre el fuego. También vio elfos. Cada vez eran más comunes en esas tierras. Alguien le dijo que estaban en 974 y que muy al sureste, más allá de las últimas fronteras del Gran Mar Océano habían derrotado a una bestia gigantesca, llamada Nergal. Algunos le llamaban el rey de los necromantes y otros un viejo dios. Había escuchado a gente hablar sobre una posible asociación del control de la magia, propuesta por los elfos de Iunu-Ra. A Zafir no le preocupaba mucho, en realidad. Se había hecho de una casa hacía poco. Los parientes de los muertos durante el asedio habían malbaratado muchas propiedades y aprovechó. La vida que tuvo, que hubiera tenido en Dhabí ya no le preocupaba, ni le interesaba si era o no un sueño. Había encontrado formas de pasar desapercibido. También se percató de que le resultaba muy fácil convencer a la gente, seducirla con algunas palabras, y lograr que hicieran su voluntad. Rashida lo había transformado en un muerto viviente y luego en un vampiro, una criatura atada a la voluntad del necromante. Una bestia dependiente de la sangre. Él había superado todo eso. Y aunque huyó, había renacido bajo la ciudad de fuego. Ahora estaba listo para regresar a Granada.

Capítulo 10

9. La Puerta de Anatolia

Ciclo 725, Anatolia

Areté, la comandante en jefe de las fuerzas de Anatolia, el bastión oriental de los últimos gnomos de Thule, veía cómo se aproximaban los trolls. Los habían combatido durante casi cuarenta ciclos y habían superado la enorme diferencia de poderes físicos gracias a su tecnología, pero desde la batalla de Ea-Narru las cosas habían cambiado. Los trolls habían descubierto que podían combatir de día si llevaban sombras sobre ellos, y la integración de los mamuts a sus filas no hacía las cosas más fáciles. La ciudad de Anatolia se extendía por varios kilómetros y abarcaba casi toda la sección del este de la península heraclea. Un poco más al norte había un grupo de islas que a los gnomos jamás les interesó conquistar, llamadas las Termópilas. Al este, más allá del golfo anatolio, existía una masa de tierra inexplorada. Al oeste se extendía la península, y un poco más allá empezaba el Gran Mar Océano. La Thálatta, como la llamaban ellos.

- ¡Todos a la puerta! ¡Que no pasen!
- ¡Comandante, vienen los fonomantes!
- ¡Usen las balistas! ¡Los jinetes son prioridad!

Varios de los guerreros de Abraxas, su marido, se habían atrincherado en las torres de defensa. Desde que trolls y gnomos lucharon por primera vez, en la ya desaparecida ciudad de Olinto, éstos habían aprendido a hacer construcciones mucho más grandes de lo que necesitaban. Con ayuda de grúas y máquinas de transporte, los gnomos habían levantado murallas de casi ocho metros de alto y seis de grosor. Las primeras veces resistieron. Los trolls tenían cuatro metros de alto, en promedio, y el uso de arcos y luego de balistas les había permitido mantenerlos a raya. Se habían dado cuenta, también, de que los trolls no soportaban la luz solar, y que por eso sólo atacaban al ocaso y durante toda la noche. Se retiraban siempre antes del amanecer. Aunque al principio la táctica les parecía una forma de intimidación, luego se dieron cuenta de que los trolls

se volvían piedra si se exponían al sol. La legendaria defensa de Olinto, donde cayó el general Alexios, había consistido en crear cientos de agujeros a lo largo de todo el paisaje. Luego se cubrieron con troncos muy resistentes, para que los trolls no sospecharan nada, y cuando estaban lo suficientemente cerca de las murallas, incendiaron las maderas. Los supervivientes decían que más de tres mil trolls habían quedado atrapados en las fosas, y que durante el día se colocaron tres mil estatuas de piedra en las murallas de Olinto, como advertencia para los trolls. Sin embargo, esto sólo los enfureció, y a los tres días regresaron con mamuts y el grueso del ejército. Aunque Alexios y su gente permanecieron en las murallas tanto tiempo como pudieron, los mamuts terminaron por destrozar las puertas de la ciudad.

— ¿Comandante? ¿Qué hacemos? Están atacando al sur. Hay muchísimos mamuts por todas partes.

— Hay que evacuar la ciudad. Vamos rumbo a las islas del norte. Anatolia no resistirá una semana más. — Areté suspiró. Sabía que Abraxas se obstinaría en defender lo indefendible, pero los fonomantes eran un arma poderosa. Aunque las murallas se elevaran catorce metros, los gritos de los trolls terminarían derrumbándolas. Siempre era igual y siempre parecían los cantos de las sirenas. Aunque fueran sus enemigos jurados, no podía dejar de pensar que era hermoso. Primero empezaba una vibración ligera. Luego otro troll se unía al coro. Luego otro. La vibración aumentaba hasta que se dejaba de percibir y pocos segundos después, se desplomaba. Los ingenieros de Anatolia creían que era debido a la vibración de los materiales, que los trolls habían descubierto cómo agitar los componentes internos hasta separarlos. Aunque no fuera la mejor explicación, era la única que tenían. Por desgracia, los trolls parecían estar descubriendo nuevos usos para sus poderes. En Tegea masacraron a las fuerzas de Argos porque usaron el sonido para buscar las trampas. La gente de Tegea intentó imitar la defensa de Olinto, pero los trolls los superaron. Así fueron cayendo una tras otra. Tespes. Palatea. Hasta la mismísima capital del imperio gnómico de Thule, Atenas, había sucumbido al poderío de los trolls. Sólo quedaba Anatolia, donde se refugiaban gnomos de todos los rincones del continente. Algunos de los filósofos de Atenas, en particular Eratóstenes, afirmaban que Thule no podía ser el único continente del planeta, y que según sus cálculos, debería haber al menos miles de kilómetros al oeste y al este. Aunque sólo veían el Gran Mar Océano desde los acantilados de Anatolia, Areté supo que no había más remedio. Debían navegar hacia el norte, a las islas que yacían más allá de donde podían ver.

El general Abraxas esperaba junto a un regimiento de ballesteros. Las torres de Anatolia se levantaban casi ocho metros por encima de las murallas y mucho tiempo se creyó que serían inútiles. Los arquitectos y albañiles que las erigieron pensaron que jamás se necesitarían. Pero ahí estaban, dándole la última esperanza a la ciudad. Habían construido ocho poderosas torres, cada una con ocho balistas de tiro largo, que podían atravesar las gruesas armaduras de los mamuts y de los trolls. El problema era que eran demasiados. Las antorchas de la ciudad y algunos barriles de aceite que habían colocado el día anterior al ataque troll les permitían verlos en la oscuridad. Y tampoco era que fuera tan difícil. Los colmillos de los mamuts y de los jinetes los delataban. El tamaño de las sombras, cuatro veces mayor al suyo propio, tampoco era fácil de esconder, por muy negra que fuera la noche. Por fin, aparecieron los primeros trolls. Siempre seguían la misma estrategia. Simple, y hasta ahora letal. Mandaban a varios por delante para que recibieran los tiros de las balistas, y atrás mandaban a los jinetes de mamut. Aunque los trolls detectaban sus trampas la mayoría del tiempo, la defensa de Atenas demostró que no tenerlas era mucho peor. Había algunas que sí funcionaban.

— Mi amor, están entrando por el sur. — Abraxas sabía que Areté no era ciega, pero era su deber informarle a la comandante suprema de todo cuanto pasara.

— He ordenado ya la evacuación, mi cielo. Los papiros y los filósofos ya están a salvo en las Termópilas. También van ya muchas de las pitonisas y gran parte de los ingenieros.

— ¿También Arquímedes?

— Sí, principalmente él. Los trolls se están precipitando. Ni siquiera han notado la hora. Esperemos que sus inventos funcionen.

Areté y Abraxas habían seguido las indicaciones del maestro de ingenieros al pie de la letra. Hicieron un hueco al este de las torres de vigilancia para que el sol las impactara desde atrás. Luego se colocaron espejos para que los rayos del sol se reflejaran y casi al centro de la torre, del lado oeste, se hizo un hueco un poco más grande. Según Arquímedes, esa era un arma desesperada, y las torres sólo debían abrir sus orificios cuando se presentara la amenaza. Con un buen tanto de las murallas del oeste y del sur comprometidas por los fonomantes, Areté decidió utilizar las armas del inventor. Sólo esperaba que funcionara.

Los trolls siguieron empujando durante la noche. Los tiradores gnomos, desde las torres, no se daban abasto. Tardaban casi treinta segundos en colocar la nueva saeta en el carril de disparo, y un poco más en disparar. Las primeras veinte o treinta ráfagas se sucedieron con un ritmo muy bien marcado, pero cuando los trolls notaron la cadencia de disparo de los gnomos aprendieron a cubrirse o a moverse al último segundo. Los gnomos, por su parte, vieron que tenían mejores resultados tras pintar sus flechas de negro, porque parecía que los trolls tenían la capacidad de ver mejor en la oscuridad. También por eso se había roto el ritmo. Era mucho menos eficiente, pero al menos eran menos predecibles y, a la larga, sus ataques eran más precisos. Con todo y la constante lluvia de dardos, trolls y mamuts alcanzaron las murallas de Anatolia cerca de las seis de la mañana.

— Ve. Necesitan a una líder fuerte y que conozca a su gente. Si no encuentran resistencia en unas horas, sospecharán. Prefiero que piensen que morimos todos en combate. Ve Areté. Sálvate y salva a nuestro pueblo.

— Pediré a Cronos por ti, amor mío. Que tu nombre quede en la memoria de los gnomos libres de Thule.

— ¡Están atacando la puerta de roble! ¡Traen un ariete!

— Es hora. Ve y libra a nuestra raza de estos imbéciles. ¡Tales, Orión, quiten las telas de las torres! ¡Que ardan!

El general Abraxas se asomó al centro de la torre sudoccidental, desde donde veía las manchas oscuras de los mamuts y los trolls intentando correr hacia un refugio. El alba los había tomado desprevenidos. No era usual que los trolls atacaran tan violentamente, pero era posible que o bien, supieran que los gnomos no tenían ya a dónde huir, o que el general Ájok, al que llamaban el Pilar de la Tierra, se hubiera confiado. Aunque no. Ájok había demostrado una cautela sin igual en las batallas de Olinto y Atenas. Además, muchas veces se limitó a destrozar armas y guerreros, y muchas veces perdonaba a los civiles. Éste debía ser otro troll. Tal vez, Mumbe-Atai. Pero según sabía, la línea de los Atai había caído ante Ájok. Sea como fuere, era oportuno. Los gnomos vivirían un día más. Los ballesteros de las torres de Anatolia descubrieron los orificios de Arquímedes. Los rayos del sol, que apenas despuntaba en el horizonte, se multiplicaron infinidad de veces. Los espejos mayores, que apuntaban al oeste, estaban montados sobre unas bases móviles, permitiéndoles

redirigir los rayos de luz. Con sus nuevas torres de luz, los gnomos petrificaron oleada tras oleada de trolls. Ahí a donde llegaba la luz, los trolls se detenían horrorizados. Pero hubo algo que Abraxas no vio, y que su esposa, la gran comandante Areté pudo ver desde el mar, mientras huía con los últimos supervivientes de la ciudad de los gnomos. Un grupo de trolls había fabricado una gran carpa de madera y ramas, que montaron en los lomos de los mamuts, y avanzaban sobre la puerta de Anatolia. Los fonomantes entonaron su canción y una a una, las torres se vinieron abajo.

— Por favor, Cronos, protege a Abraxas. Por favor, Gea, nuestra gente sólo quería vivir en paz. Guardianes, ayúdenos. Necesitamos más tiempo. No podemos contra ellos.

Areté tampoco se dio cuenta de las balsas que venían detrás. Tres trolls, tan altos como árboles, tripulaban cada una de las siete embarcaciones que se les acercaban por detrás. Cuando las vio, la comandante supo que la defensa de la ciudad por fin había sido superada. Quiso gritar, llorar por su esposo caído, pero no le salieron las lágrimas. Era impotencia, y también ira. Los trolls los habían exterminado. Eran una raza primitiva, pero tenían un poder insuperable. Y ellos, los gnomos, quienes fueron la cultura más influyente de Thule, habían sido barridos del mapa en menos de una generación. Si alguna vez tuvieron el favor de Cronos y Gea, lo habían perdido. Las olas del Gran Mar Océano comenzaron a vibrar, y Areté escuchó a lo lejos la maldita canción de la muerte de los trolls de Thule. Ella misma tomó una saeta y disparó la balista que tenían a bordo de la nave. La flecha atravesó la boca del estómago del que parecía ser el líder de los trolls, que la miró sorprendido mientras caía al agua.

— Ayúdenme. No puedo más. Ayúdame Gea. Ayúdame Cronos.

Primero pensó que se trataba de un nudo en su garganta. Luego, que algo le oprimía el pecho. No podía llorar. No enfrente de su gente. Perderían la poca esperanza que les quedaba. Miró a los lados y vio que los ballesteros de las otras naves la imitaban, aunque no eran tan buenos en el combate naval. Los trolls se acercaban rápido, remando con todo el poder de sus brazos e impulsados por uno de ellos que, parado en la parte de atrás, gritaba para impulsarlos. Una de las enormes lanzas de los Atai-Ájok perforó el costado de una de las naves. Los gnomos del lado de

estribor intentaban contener la brecha, pero el Gran Mar Océano se mostraba indómito, inmisericorde, y los arrastraba hacia el abismo de sus entrañas. Algunos gnomos apuntaron hacia las coberturas de las balsas, pero los trolls habían pensado en eso también. Necesitarían la fuerza de un mamut para reventarlas. No, con las armas que tenían a bordo sólo podían matar a los tripulantes, pero nunca lo harían a tiempo. A lo lejos, muy al noreste, se comenzaban a dibujar los contornos de las Termópilas.

— ¡Disparen! ¡Disparen! ¡Llévense a estos imbéciles al fondo del mar! ¡Por Atenas que si no los mato yo misma!

Quiso seguir gritando, animar a los gnomos que quedaban, pero las palabras se le trabaron. La opresión de hacía unos momentos regresaba, cada vez más fuerte, y sólo pudo desear que esa misma opresión la sintieran los trolls. Que fueran ellos los que veían cómo se acababa poco a poco su raza, y cómo las más grandes mentes de su época se secaban, se sumían en la oscuridad de saberse perdidos. Y así, mientras pensaba eso, el troll que había retomado la batuta del canto pareció doblarse de dolor, pero pronto se comprimieron sus brazos, sus piernas, como si una mano gigantesca e invisible lo apretara. Las costillas se le rompieron y su cráneo se hundió hacia dentro, como si no hubiera tenido un cerebro que lo llenara. Luego todo el troll se volvió una esfera, cada vez más chica, hasta que sólo quedó una perla sanguinolenta en su lugar. Areté, la comandante suprema de la ciudad de Anatolia, no pudo contener las lágrimas. Los Guardianes la habían escuchado. Intentó hacerlo una vez más otro troll hizo implosión. Y quiso hacerlo otra vez, pero de pronto se sintió muy débil. Sea como fuere, su ataque tuvo el efecto que esperaba: los trolls retrocedieron. Los marineros de su propio barco se apresuraron a rescatar a los gnomos de la barca dañada, que se hundía ya en el océano. Durante el viaje, Areté durmió y soñó con el rostro de Gea. Era una cascada. A sus lados había dos cuevas y dentro de éstas dos ojos de piedra. También había musgo y una grieta. En el fondo de la grieta estaba el sol. Y Gea le dijo que le regalaba el poder de la tierra, el poder de mantener las cosas unidas al piso, o de elevarlas por los aires si quería. Sus cuerpos minúsculos no podían contra la fuerza bruta de los trolls, pero podían dominarlos en la magia. También le dijo que el poder de la tierra era tremendo, y que los gnomos no podrían usar más que un par de hechizos al mes. Pero es uno de los más poderosos, le dijo la cascada con garganta de sol. Sobrevivirán, hijos míos. Y pronto encontrarán a sus hermanos. En la tarde de ese mismo día llegaron por fin a las costas de las Termópilas.

— Mi señora, me alegra que hayan llegado bien. Hemos colocado más torres de luz en toda la costa, como lo ordenó el general Abraxas.

— Y con ello has honrado su memoria, Arquímedes. Abraxas ha muerto y la ciudad ha caído. Pero regocíjate. Los Guardianes nos han dado un arma. Tal vez sí podamos sobrevivir a los trolls. Mañana mismo empezaremos con el entrenamiento.

— ¿Cuál entrenamiento, comandante?

— El de los magos.

Allá en Anatolia, el jefe de los trolls, Atai-Mombé, pisaba el cadáver de Abraxas. El gnomo le había disparado con la balista a quemarropa y, aunque le había perforado el costado, la herida sanaría pronto. Su mirada se clavó al este, de donde habían regresado sus cazadores. Decían que los gnomos se habían ido más allá del mar, y que no podrían alcanzarlos. No sabían a dónde. Otros regresaron con un par de esferas sólidas, no mayores a una muela, diciendo que eran sus hermanos, sus awon arakunrin, sus sangre dos veces. Así que los gnomos habían aprendido idan. Después de tanto tiempo, los gnomos sabían idan. El jefe de los trolls sonrió. El sol se ocultaba en el horizonte y los trolls quitaban las carpas que los protegían durante el día. Los dejaría en paz. Aunque eran sus enemigos, los dejaría en paz. Thule por fin había sido purgada de ajeji, y los reinos troll se doblarían ante el poderío de Atai-Apanirun, aunque él mismo tuviera que quebrar al Pilar de la Tierra. Le dio la espalda al horizonte. La mente del troll viajaba hacia la gran ciudad de musgo y jungla, hacia la poderosa capital de Enyai-Narok.

Capítulo 11

10. La Procesión

Ciclo 981, Compostela

Mi abuela decía que no era seguro salir de noche en Compostela porque Santiago se trajo con él a todos los fantasmas de Numancia. Ella y el abuelo habían sido parte de los jinetes del héroe de Finisterra y habían puesto las semillas de Compostela junto a los hermanos Vahamonde. A menudo contaba cómo habían derrotado a los necromantes a las orillas del río Tláloc, y cómo había sido que los elfos se habían mudado a vivir aquí con nosotros. De ahí salimos nosotros, los ahk, que somos mitad elfo y mitad humano. El abuelo nos odiaba, pero todos los niños y jóvenes de Compostela somos mestizos. Según la abuela, los elfos se habían enamorado de las estrellas y por eso no pudieron regresar al bosque. Nosotros crecimos entre historias del Glitnir, del santuario de Finisterra y los cuentos de nuestra pequeña ciudad.

En mi familia corre la leyenda de que durante el ciclo 939, durante las guerras contra Osiris y los necromantes murió una mujer de Numancia. Se llamaba Adela y era hermana de mi abuelo, lo que la hace mi tía abuela, supongo. Pues bien, Adela vivía cerca de los barracones que defendían el este. Ella se había enamorado de uno de los piromantes de Granada hacía algunos meses y tenían poco de novios. Todos los días y a la misma hora, Diego pasaba frente a su casa y le prendía una pequeña llama entre sus dedos. Adela lo veía desde su ventana, sonreía y lo despedía. Así pasaron las primeras semanas, hasta que él se animó a llamar a su puerta y pidió permiso a sus padres para visitar a su hija. Les pareció un buen hombre y así empezó su romance, aunque él les ocultó que sabía manejar el fuego. En Numancia pocos conocían la magia, pues decían que eran artes oscuras invocadas por la gente del desierto, que era una afrenta para los Guardianes y no sé qué otras cosas más.

Pero llegó Ceres 5 de 939 y las cosas cambiaron. Muchas personas se amontonaron a los alrededores de las murallas de Numancia, gritando que la muerte venía por ellos, y las puertas se abrieron. Diego fue llamado por el rey Rodrigo II de Numancia para que ayudara a proteger la ciudad, y como piromante que era, estaba obligado a ello. Esa misma tarde, Diego les reveló a los padres de Adela su condición de mago y ellos le prohibieron acercarse a su hija. Decían que no les molestaba lo de la magia, pero no podían permitir que Adela viera a un hombre que no podía decirles la verdad. Así, los dos bañados en lágrimas, se separaron. Adela permanecía pegada a su ventana y aunque esperaba la hora en que Diego regresara, tenía la certeza de que no lo volvería a ver. La gente que llegó esa tarde traía malas noticias, y Adela temía que se lo llevaran al frente.

Pasó una semana. Se había redoblado la seguridad dentro de los muros de Numancia, sus jardines legendarios se habían cubierto de flores otra vez, y a la gente del pueblo se le olvidó que venían los muertos vivientes. A todos menos a Adela. Todas las mañanas esperaba a Diego, a que pasara y le sonriera, le enseñara un poco de su magia y siguiera caminando, erguido, con su piel morena desafiando al sol. Pero no pasó ni ese día ni los que siguieron, y cada vez que se acercaba la hora en la que solía verlo, el corazón se le hacía un pajarito, se doblaba sobre sí mismo y se arrancaba las plumas. En las tardes, su corazón se iba volando, pasaba por encima de los tejados grises y las murallas cubiertas de musgo y llegaba hasta su lado, donde creía verlo hablando con otros soldados sobre las cosas que hablan los soldados, sobre sus turbantes de rubí y sus telas de seda. Desde la ventana de su cuarto se veía una de las atalayas, y por las noches se imaginaba que él estaba ahí y la miraba. Se le metió en la cabeza la idea de infiltrarse en la torre de vigilancia, y un buen día desapareció de su hogar. Sus padres la buscaron día y noche. Preguntaron en las tiendas, con los vecinos y los amigos, pero nadie supo decirles dónde estaba.

Adela se había encerrado en una de las bodegas de la atalaya y duró escondida hasta que escuchó la voz de su amado. Dicen que cuando Diego la descubrió no pudo contener las lágrimas, y que ese día los corazones de los dos regresaron a sus pechos. Pero su alegría no duró mucho. Los muertos vivientes llegaron dos días después. Diego le dijo que subiera a la parte más alta, ahí a donde no llegaban los gules, y que se encerrara. Que pusiera trabas y muebles para bloquear el paso de la muerte, pero fue en vano. Adela nunca supo a qué hora murió Diego, pero cuando no regresó esa noche a su habitación lloró y gritó, y maldijo a los

soldados que quedaban en la torre. Unas horas después entraron los necromantes. Adela murió rápido y se unió al torrente de espíritus que brotó de Numancia esa noche. Cuando, ya muchos ciclos después, Santiago de Vahamonde exploró las ruinas de la ciudad, dice mi abuela que encontró el esqueleto de una mujer en una de las atalayas, sosteniendo el turbante rojo de uno de los piromantes.

En las noches de luna llena, los caminos empedrados de Compostela brillan con una luz azul y con destellos de oro, como si hubiéramos traído las piedras del suelo de las montañas de los enanos. Algunos dicen que los espectros son tantos que bien podrían ser las estrellas que han bajado a argentar la tierra con sus pies de plata. También hay quienes dicen que la luna alborota a los espíritus que nos siguieron desde Numancia, los espíritus de los amantes y los padres y las madres que cayeron en 939. Algunos ya nos hemos acostumbrado, pero a la gente de Iunu-Ra y de Granada les causa escalofríos, y sabemos de oídas que al menos uno de estos viajeros se ha perdido en el río de espíritus. Los viejos de Compostela repiten siempre lo mismo: son los fantasmas, son los fantasmas que se aparecen en los cruceros y que se llevan las almas de los vivos para que los acompañen en su dolor. Otra de las historias de Compostela, mucho más reciente, es la de Álvaro, un chico que debería tener nuestra edad. Pero entonces él tenía seis ciclos y su mamá estaba muy enferma, y él salió a buscar a uno de los médicos de los elfos que se habían instalado cerca del centro. La medicina élfica está mucho más avanzada que la de los hombres, y Álvaro tenía un primo ahk. Su papá era humano y su mamá una elfa muy sabia. Salió de su casa rumbo a la de ellos casi de noche, poco antes de que empezaran a encender las antorchas de la ciudad. Compostela es húmeda, y no sé por qué siempre ha sido de muros muy altos, callejones estrechos y mucha lluvia. Las antorchas se tienen que poner debajo de unas farolas de vidrio para que no se apaguen. Bueno, pues decía, que Álvaro corrió a buscar a su primo, pero en el camino, cuenta la leyenda, se encontró a Adela, que buscaba a su amado. A partir de entonces, Álvaro no pudo evitarlo. Iba como dormido, como ajeno a sí mismo y a lo que le pasaba. Y sin saberlo, Álvaro la siguió.

Las personas que estaban despiertas dicen que Adela caminaba del brazo de un hombre muy guapo esa noche, la noche de Álvaro. Tenía aspecto de granadino, una pequeña llama encendida en sus manos y eran la única pareja brillante en el azul muerto de la procesión de las almas. Esa vez, Adela no lloró por su amado Diego, pero nadie volvió a ver a Álvaro. Digo que debía ser de nuestra edad, porque mi primo Mario dice que se acuerda haberlo visto antes de que su madre se regresara al

bosque de Iunu-Ra.

Una vez Mario se asomó a la calle y dice que alcanzó a ver a una mujer muy bonita que se vestía muy parecido a mi abuela. Dice que ella lo miró un instante y empezó a llorar porque se le había vuelto a ir Diego. Después siguió caminando y sus pasos se unieron a una multitud que lloraba y gemía, y que parecía seguir las huellas de la luna. Es Adela, me dijo, es Adela que espera a su Diego. No me llevó porque traía un amuleto de mi papá, un Ankh, una llave de la vida. Dicen que los fantasmas le tienen respeto a los símbolos mágicos, pero no sabemos por qué. También me he fijado que en esas noches de espectros, las cosas de metal repiquetean, como si quisieran llorar, como si fueran campanas que acompañan la lenta procesión de los muertos. Y por eso dicen que no es seguro salir de noche en Compostela, porque Santiago se trajo con él a todos los fantasmas de Numancia.

Capítulo 12

11. Códice Yaoyotlxóchitl

Escrito en el ciclo 814, región de los Despojos

Antes, Tenochtitlán

Todo esto vimos, todo esto pasó con nosotros xochiquetzal, mi niña, mi flor de canto y plumas. Se han puesto en pie, ya van a darnos batalla los pies de ceniza. Por espacio de cien días nos combaten, nos incineran, entremezclada la tina de nuestro pueblo con la sangre de Tenochtitlán. Hemos alzado nuestras lanzas, nuestros escudos, pero es entonces cuando brotan de la tierra las bocas de fuego, los dichos por ellos mismos dioses. Éstos, marchitos de sus corazones y agrietados sus cantos, tomaron una determinación y se convocaron, dijeron:

— Como esmeraldas y plumas finas llueven tus palabras. Así hablas, oh gran señor del Cerca y Junto, oh Dador de la Vida, que extiendes tu manto como un dios. Pero dinos, ¿es verdad que del cielo vienen tus bellas flores, tus cantos bellos? ¿No será que en vano hemos brotado, que por nada hemos venido aquí a la tierra, Serpiente Emplumada? ¿Esperas también a nuestros hijos, a nuestros konetli, a nuestras plumas de cristal y arena?

Y dijo entonces el señor de la Flor y el Canto; dijo entonces el Dador de la Vida:

— Han nacido bajo sus alas, Señores de Ceniza y Humo, los tzitzimitl, los dardos de luz que muerde y quema. ¿Por qué motivo vienen acá? ¿Qué cosa quieren? ¿Qué hacer? ¿Nada resta? Digno de compasión era el pobre viejo; lo eran los niñitos que aún no razonaban. ¿Es que en verdad no podrían haberse puesto a salvo? ¿Y a qué han venido aquí a la tierra? ¿Es que no podemos ser felices también aquí, lejos del escudo de brasa y fuego?

Y cuando estos Señores, estos Humos y Espejos llegaron, hablaron así al Señor Quetzalcóatl:

— ¿Es que aún ahora eres un infeliz miedoso? Aunque en vano te dispones allí en Tenochtitlán, allí mismo te espantas, le has dado la espalda al sufrimiento de los hijos del maíz. ¡Largo de aquí, falso Dador de la Vida! ¿Por qué en vano has venido a pararte aquí entre tu gente? ¿Qué no ves que Tenochtitlán no existirá más? ¡Con este humo, con este chile se le acabó para siempre!

Y aun así respondió el Señor de Tenochtitlán:

— Yo solo me aflijo, me digo: Que no vaya yo al lugar de los descarnados. ¿Cómo habrá de ser la ruina? ¡Se me oscurece el rostro; se me hiere el rostro como ahora se ve! ¿Acaso era yo quien debía iluminar las cosas? Que no muera yo, ¡oh Señores! — Así lloró. Se le hincharon los ojos y los párpados de tanto llorar. A él y a su gente se acercaba Mictlantecuhtli, el Señor de la Muerte, y ante él huyó; se metió en la tierra donde no pudiera verle el rostro alargado, dividido de y en sí mismo. Y por ello se le llama a Quetzalcóatl el Señor de las Máscaras y el Señor de las huidas, porque se cubrió los párpados y las uñas de la mirada de Mictlantecuhtli, el Señor de la Muerte y el Humo y la Ceniza. Fue entonces que se elevó este canto, que queda aquí como vestigio de ese tiempo de perros, de ese tiempo de huesos:

Marchita está la flor. El canto es mudo.

La tinta de mi libro se oscurece.

En el viento soy hoja que perece;

La soledad mi nombre usa de escudo.

A mis dioses en rezos los anudo;

la muerte entre mis manos reflorece;

la piel de mi raza me anochece;
humea el espejo al verme así, desnudo.

El salitre en mis ojos se resiste;
es conejo que en luna está tatuado
y en mí ha crecido amargo y plumas viste.

Duerme el mexica en jade sepultado;
Mi corazón se dobla y está triste:
Soy sólo un colibrí decapitado.

Pero encontró que aún tenía algo valioso, aún tenía agua y luz para darles a sus hijos, y se interpuso entre las llamas del desierto y sus plumas. Y su cuerpo se hizo piedra, se hizo roca, y cubrió nuestras cabezas con una capa de adobe. Y aprendimos a vivir bajo tierra. Los que sobrevivimos nos hicimos raíz, nos hicimos planta. Abajo del Popocatepetl sobrevivieron algunos templos, algunas tintas, algunas espigas de maíz. Porque Quetzalcóatl, el Dador de la Vida se sacrificó por nosotros, y debajo del monte de su cuerpo volvió a crecer Tenochtitlán. Y aún más, porque de sus plumas, de sus escamas brillantes surgieron serpientes como él, cubiertas de plumas, que la gente de estas tierras llamó Coatliquetzales por su causa. Fueron éstas como jade, como tierra buena para levantarnos, para no arrodillarnos más contra las serpientes de aire. Porque Quetzalcóatl, el Dador de la Vida, murió para que nosotros pudiéramos salvarnos a nosotros mismos, para que nosotros mismos buscáramos nuestra propia vida con nuestra propia mano.

Y sucedió a Cuitláhuac, el tlatoani de fuego, ochenta ciclos después del Incendio, el que se llamaba Cuitlahuactzin. Y Quetzalcóatl pagó con su sangre nuestras vidas más largas para que no se acabara tan rápido lo mexica, lo tenochca, y Cuitlahuactzin murió al contar tres veces ochenta ciclos. Como tercer señor después del incendio estuvo Cuauhtémoc, señor de los lagos subterráneos, señor de lo Húmedo y lo Oculto, quien ordenó repoblar el bosque con ahuehuetes, con árboles tristes, les llamamos, porque debajo de ellos lloramos la caída de Cholula cuando vinieron las

escamas de fuego. Y Cuauhtémoc gobernó por cuatro veces ochenta ciclos, hasta que lo sucedió su hijo, Huitzilopochtli. Significa su nombre Colibrí del Sur. Para los dragones, para el incendio ha juntado un ejército enorme, ocho mil veces ocho mil guerreros Águila y un número igual de Guerreros Jaguar. Dicen los sabios, dicen los que llevan la tinta y los números en la boca que el señor Huitzilopochtli, el tlatoani, se había negado, se había enfurecido con la mención de los Guerreros Serpiente, pero los sacerdotes, las lenguas de Quetzalcóatl, dicen que nuestro Dador de la Vida mismo fue quien los creó. Y sólo así se convenció Huitzilopochtli de que la magia sagrada, el arte del nahual, habría de ayudarnos a salir al mundo, a las costas de Úrim otra vez.

Dicen nuestros ojos, nuestros corredores de bosque, que hay montañas al oeste, y que se escuchan golpes y cantos. Otros afirman que de sus entrañas, que de muy dentro de ellas, surgen cantos, como si viviera gente ahí mismo. Por las noches hay antorchas, hay fuegos que ascienden por uno de sus rostros, como lágrimas, hasta entrar, hasta perderse en la ciudad de piedra. Dicen también que Tenochtitlán es invisible, que los ahuehuetes han cubierto los cerros, los dardos, los escudos que cayeron hace tantos ciclos. Que no quedan vestigios de nosotros en todo Vinland, ni en Texcoco, ni en Tlatelolco. Dice nuestro Señor Huitzilopochtli que se acerca la hora de recuperarlos, de volver.

Todo esto cuanto hemos visto, todo cuanto hemos vivido desde el incendio, se ha pasado de boca en boca. Este es el códice, este es el testigo de las flores, de la guerra que trajeron las serpientes aladas de las dunas, la gente de fuego. Todo esto vimos. Todo esto pasó con nosotros.

Capítulo 13

12. Las Leyendas de Glitnir

Ciclo 204, Ciudad de Iunu-Ra

La Estación del Fuego del bosque le parecía hermoso desde que era muy pequeña. Había árboles tan espesos que en algunas partes no entraba la luz del sol, pájaros de diferentes especies llegaban a revolotear sobre ellos y, por las noches, se podía escuchar el concierto de los insectos. Aunque en el día no era fácil verlos si venías de fuera, la oscuridad revelaba los caminos de las luciérnagas. Éstas subían, volaban alrededor de los jeroglíficos tallados en los troncos más gruesos. Algunos creían que estos viejos símbolos eran indicaciones, pero las voces del viento decían que eran hechizos y conjuros para protegerlos. Las hojas cubrían los senderos más evidentes, pero ahí donde ni las raíces ni las ramas alcanzan a cubrir la vista, están los elfos.

Ellos creían que los árboles eran los espíritus de los animales que han muerto en el bosque, y que habían vuelto a la tierra para proteger a sus familias y a las generaciones que vienen detrás de ellos. Y así como en Úrim, los árboles tenían clanes y rivalizaban unos con otros y debían protegerse mutuamente. Los viejos robles eran especialmente celosos y las raíces más gruesas envolvieron a sus retoños para protegerlos de los animales. Necesitaban cuidar a los suyos. Y por eso, los animales no pueden comer más que algunas hojas, un poco solamente de cada árbol, ahí donde los troncos no se habían enredado unos con otros. Los árboles más viejos parecían un enorme nudo de madera, apretado hasta tal punto que sólo líquenes y algunas especies de orquídea pudieron crecer sobre ellos. El aire húmedo del Glitnir y sus múltiples recovecos de oscuridad también les permitió establecerse ahí a diferentes grupos de hongos. Los árboles Kemet, los legendarios robles negros, negros como la oscuridad de las cuevas, eran los más abundantes. También los llamaban los Señores del Bosque porque parecía que reinaban sobre agua, tierra y viento. Sus cortezas duras les servían de refugio tanto a ardillas como a osos y eran el único árbol que había logrado sobrevivir cerca del Yggdrasill. Las murallas de Kemet eran una de las maravillas naturales del Glitnir, y a Nefertari siempre le pareció curioso cómo parecían que formaban anillos. Los más cercanos al tronco del Árbol del Mundo eran más grandes, más robustos, y ya fuera por proximidad o por edad, muchos se parecían al Yggdrasill. Las murallas de esa zona se alzaban por

más de ochenta metros de alto y cobijaban a la mayor variedad de animales del bosque. El segundo anillo estaba a unos trescientos metros de distancia. Entre anillo y anillo había arbustos y árboles menores, colmenas de hormigas y todo tipo de insectos hurgaban la tierra. 33 anillos de árboles protegían al gran Árbol del Mundo.

Nefertari sabía también de la leyenda de Gunn, el oso, uno de los antiguos protectores del bosque. Los dioses, decían también, lo habían hecho inmortal para que cuidara de los retoños y los árboles más pequeños. Se creía que Gunn era un espíritu de la tierra, que caminaba desde hacía cientos de ciclos a través del verdor de Glitnir. Pero tanto era su celo en proteger a los viejos robles y a los primeros Kemet, que muchas veces no distinguía entre amigos y enemigos, y los primeros elfos no tuvieron más opción que exiliarlo con todo y el pedazo de tierra que había jurado proteger. Se decía que este pedazo de tierra había flotado por el Tláloc y que se había transformado en un santuario. Y Gunn vivía ahí todavía, casi novecientos ciclos después de su exilio.

Le gustaba contarle esas historias a Tut. Se habían conocido durante una gran fiesta que se celebró en el anillo central. La copa del Yggdrasill, el árbol que sostenía toda la ciudad de Iunu-Ra, tenía un gran corte en la parte superior, en el medio, y ahí se podían ver muchos de los anillos que formaban al Gran Kemet. Los elfos habían decidido dejar de contarlos porque eran demasiados. El tronco se extendía por cientos de kilómetros, y el Yggdrasill alzaba sus poderosas ramas por encima de una buena parte del bosque de Glitnir. Nefertari lo había admirado mucho de chica, y algunos de sus primeros recuerdos eran de ella subiendo alrededor de la escalera de caracol que los elfos habían cavado en él. Después de perforarlo, lo untaban con un barniz especial, hecho con la resina del mismo árbol, sangre de insectos y algunas hojas de los árboles de alrededor. Sin embargo, eran pocos los que aún usaban el camino tallado por dos cuestiones. La primera, que el camino se había vuelto tan largo y pesado que los elfos habían optado por colocar varios elevadores hechos con ramas y hojas. La segunda, no es que los elfos bajaran mucho al bosque, para empezar. Muchos se sentían cómodos arriba, y la ciudad había florecido sin apenas un sobresalto. Para Nefertari, mucho de eso era un desperdicio. El bosque se extendía a donde quiera que pusiera los ojos, y se le hacía increíble que nadie hubiera intentado jamás salir de él.

También por eso le llamaban tanto la atención las leyendas. Era una forma de conocer el espíritu de las cosas que la rodeaban. Una de las más viejas, incluso más que la del inmortal oso Gunn, hablaba de los árboles

Kemet y del río Nilo, una excavación vieja hecha en los tiempos de los dragones. Se decía que, o bien antes los elfos tuvieron poderes mucho más grandes en el pasado y que habían sido ellos los que habían cavado una zanja para llevar el agua al centro del Glitnir, o que bien, los árboles antes tenían voluntad, voz y el poder de moverse, y que el Nilo fue obra de sus ramas. Según esta leyenda, los Kemet querían asegurarse del dominio del bosque, y había habido una gran guerra entre los robles, los olmos, los Kemet y los pinos. Fue lenta y duró muchos ciclos, hasta que germinó el primero de los Árboles del Mundo. El centro del bosque se tomó como lugar de encuentro; era el más grande de los árboles vivos sobre Úrim y decidió enraizarse en el corazón mismo del bosque para, desde ahí, dictar orden y justicia a los que sobrevivieron a la guerra. Desde entonces, los árboles habían vivido en armonía unos con otros, gracias al gran pastor Yggdrasill.

Y pensar que ahora todo era tan tranquilo. Se decía también que hubo una época, antes aún de que Snefru rigiera y luego decidiera crear el Consejo Élfico, en la que había habido dragones. Pero lo que más le llamaba la atención era que casi todas estas leyendas y mitos, estos susurros de los árboles más viejos, hablaban siempre de las cosas de antes de la Regénesis. Nadie hablaba de las cosas de a diario, ni de los fuegos fatuos que ella, estaba segura, había visto entre el quinto y el sexto anillo, ni de las risas que provenían de debajo de la tierra. Sekbeth decía que eran escarabajos, porque era uno de los insectos más comunes. Los elfos primigenios creyeron que eran inmortales, y se habían vuelto uno de los símbolos más poderosos de la ciudad de Iunu-Ra. Los escarabajos se enterraban en el suelo y se quedaban ahí, dormidos, hasta que muchos ciclos después volvían a salir al mundo, rejuvenecidos, y moviéndose de árbol en árbol hasta que volvía a llegarles el largo sueño y que los fuegos azules que aparecían en la noche no era otra cosa que las almas de estos insectos que dormían. Nefertari no lo creía, pero si lo decían los elfos viejos, debía ser cierto.

Ella era aún muy joven. Tenía menos de 30 ciclos de haber nacido, y no había pasado aún por su primer olvido, aunque ya tenía el cuerpo que tendría para toda su vida. Para ellos, la primera edad era la más importante de todas. Era cuando aprendían todas las habilidades básicas de comunicación y cuando se definían sus personalidades. Además, decían los elfos más grandes, también era la edad en la que aprendían a defenderse de la locura. Después de que Nut los hiciera inmortales, Kósmon había decidido que no podían vivir tanto tiempo sabiendo todos los secretos de Úrim, y los condenó a olvidar periódicamente sus vidas. Aunque lo aprendido en la primera edad solía permanecer intacto, sobre todo la lengua y la personalidad, el resto se olvidaba. Conforme se

envejecía, los recuerdos también eran más difíciles de conservar. Nut les enseñó a escribir Diarios de Sueños y a recuperar memorias pasadas para conservarlas en frasquitos, pero no había otra manera de defenderse de ello. Se sabía de algunos que habían enloquecido con el tiempo, y no era raro que muchos desarrollaran personalidades agrias o melancólicas. Los wab-sekhmet aún no encontraban explicación para esto, y más de uno había sugerido que los humores corporales tenían algún influjo en ello. Nefertari temía al gran olvido, pero Snefru, el líder de hecho de los elfos, había pasado por muchos de ellos y no había enloquecido.

Solía irse, caminar entre las leyendas del bosque milenario, y su padre temía que se fuera a volver una Sheut, una sombra de ella misma, pero entonces se conocieron ella y Tut. Él era duro, un elfo de política, pero Nefertari descubrió que tenía un corazón inmenso. También estaba en su primera edad. Contaba con 45 ciclos, y había dedicado buena parte de su vida al estudio y a las discusiones en el Consejo. Aunque no era el favorito de Snefru, —muchos decían que la edad lo volvía estúpido para ver el verdadero genio cuando lo tenía enfrente— Osiris, Sekbeth y Shepsut le agarraron cariño rápido. Además, Nefertari sentía que sus personalidades se complementaban. Mientras él se enfrascaba con los asuntos de la ciudad, ella lo llevaba a tierras mágicas, a tiempos inimaginables, y fue algo que Tut amó desde el principio.

Había sido educado por la élite de la ciudad, pero Tut siempre quiso estudiar las leyendas del bosque. Su padre se lo prohibió, y le exigió que estudiara para ser miembro del Consejo. También quiso aprender a ser tejedor de árboles, una profesión vieja y en decadencia que enseñaba a sus practicantes cómo hacer casas, murallas de Kemet y cómo hablarle a los árboles para que éstos se torcieran a su voluntad. Decían que los druidas, unos magos muy poderosos de la Protohistoria, habían hecho marchar el bosque, pero si existió tal poder, los tejedores de árboles conocían muy poco de él. Lo que hacían ellos era conducir el poder inmenso del Árbol del Mundo y nada más. Mucho de su trabajo se había reducido a hacer utensilios y baratijas, aunque algunos aún bajaban al bosque, más allá del anillo 33, y tejían el anillo 34. El Consejo quería disolverlos, pero argumentaban que nunca sabían cuánto duraría la protección de Nut. Desde que había entrado al mundo de las palabras y las leyes, Tut se había dedicado a protegerlos. Pero en su alma siempre quedó una tristeza enorme: la conciencia de que nunca podría dedicarse a estudiar los mitos de antaño. Él también creía que era extraño que nadie saliera del bosque, pero no le prestaba tanta atención como Nefertari.

Su primer encuentro fue sobre el Jardín del Origen, una pequeña plaza que se había edificado alrededor del anillo central del Yggdrasill. Estaba adornado por luciérnagas en la noche y muchos animales del bosque habían sido llevados a las alturas. Después de tantas generaciones separados de la tierra, muchos habían sufrido cambios importantes. Los osos del Yggdrasill eran más chicos, más dóciles, al igual que los lobos, y no era raro ver a elfos que los adoptaban como mascotas. La fuerza vital del árbol llamaba insectos y aves de todos los rincones de Úrim. Quetzales, águilas, mariposas monarca en la copa y hasta lobos wargo salvajes, en la parte inferior del bosque, llegaban hasta ellos. Nefertari y Tut hablaron sobre la magia, sobre cómo era increíble que los jinetes de viento pudieran invocar esfinges de aire y moverse a donde quisieran. Hablaron sobre ellos, sobre cómo se les agitaba el pecho de sólo pensar en las cosas que habría más allá de Glitnir, de los animales y las historias que no conocían. Tut había escuchado al Consejo hablar alguna vez del norte helado, Eisgrind, y de que los enanos estaban cavando más y más dentro de la montaña de Bael-Ungor. También escuchó del desierto de Muspel y las tierras de los tenochcas, de donde provenían los quetzales y las mariposas. Nefertari quedó fascinada, y volvieron a verse, esta vez en la rama oeste del árbol. Ella había aprovechado para investigar sobre el oeste, y le dijeron que hacía ciclos, se creía, las gorgonas habitaron las planicies de Utgard, y el viento les había dicho que esta vez los orcos, una de las razas jóvenes de Úrim, rondaban por ahí. Sus encuentros cambiaron de tema una y otra vez, y siete ciclos después, Nefertari tomaba por esposo a Tut. Era un acuerdo. No sólo se unirían sus cuerpos, sino sus corazones, sus sombras y sus voluntades.

Pasaron los ciclos y los esposos no podían ser más felices. Nefertari se volvió profesora de historia y aprendió también algunas cosas de tejido de árboles y con ello ayudó a restaurar el prestigio de la profesión. Tut fue nombrado regente de la ciudad después de su segundo olvido. Poco después, llegaron rumores de un orco llamado Alzomag y de dragones en el sur. Aunque se hablaba de cosas horribles, ambos tenían cierta ilusión dentro de sus pechos. No eran ya los elfos jóvenes e ingenuos, pero saber que las cosas de su infancia vivían y latían en Úrim no pudo menos que alegrarlos. Se decía que los dragones habían arrasado Tenochtitlán, y que por eso los quetzales no se habían ido del bosque. También que Alzomag había desatado la tormenta, y que muchos orcos estaban inconformes con él. Snefru decía que los tiempos oscuros estaban por volver, pero estaba solo. Osiris guiaba a un joven llamado Imhotep, hijo del Consejero Shepsut, y las cosas en Glitnir, por fin, empezaban a cambiar. Los gigantes de Eisgrind intentaron contactarlos, pero Snefru se negaba a escuchar. Pronto se dijo que los enanos habían sido vistos una vez más, aunque luego estos rumores se desmintieron. Luego, que los hombres del

sur querían entrar, y que habían fundado una ciudad de nombre Toledo a unos cuantos kilómetros del último árbol del sudeste.

Mientras el mundo se agitaba y torcía, ahí, en la copa del árbol más grande de Úrim, Nefertari y Tut eran felices.

Capítulo 14

13. El Laberinto

Ciclo desconocido, antes de la Regénesis

En las entrañas de Bael-Ungor

Minos resopló. Los trabajos no estaban siendo tan rápidos como quería y la presión de los dragones era cada día mayor. Aunque no eran tantos como en el primer empuje, hasta uno de ellos era un enemigo formidable. Fue sólo hasta que excavaron Bael-Ungor que pudieron organizarse y desarrollar la metalurgia. Entonces descubrieron también que la sangre proveía a las armas de un poder que les ayudaba a torcer la tierra a su voluntad. Habían encontrado galerías y salas, un número infinito de pasillos huecos. Se perdían al principio, pero luego fueron colocando losas de colores en la tierra para saber a dónde llevaba cada corredor. Y hacía poco, muy poco, que los minotauros llamaban hogar a la montaña.

Aun recordaba los días en los que su raza vivía en el bosque de Németon y podía correr libre entre las llanuras de Utgard. Nunca supieron por qué atacaron los dragones. Nunca hicieron nada que no hubieran hecho otras razas. Reclamaron algunas zonas como suyas. Querían alimentarse, vivir en calma y aprender del mundo, de ese bosque infinito que se extendía más allá de las montañas más lejanas. Ni siquiera tenían problemas entre los diferentes rebaños. Su padre, Asterión, los había guiado a través de innumerables claros y cruzaron millones de cuernos de distancia. Tras la muerte de Asterión, sus hermanos Radamantis y Sarpedón guiaron a su pueblo, pero Minos sentía que sus hermanos eran incapaces. Estaban transformando al orgulloso pueblo de Asterión en poco más que un rebaño que pastaba a las orillas del bosque. Varias veces los confrontó y cada vez le respondieron lo mismo: la ignorancia es una bendición. Por eso los desterró. Radamantis y sus minotauros se dirigieron al sur, a la mar Thaléia, donde se diluyeron poco a poco hasta que desaparecieron. Sarpedón, como hijo mayor de Asterión, no se fue tan fácil. Minos sabía que la primera batalla entre minotauros había sido su culpa, pero no podía permitir que su gente se apagara, se redujera a ganado. Sarpedón opuso una batalla fiera cerca del Árbol del Mundo llamado Tlalocan, que se erigía varios miles de cuernos al sur del Yggdrasill. No era tan monstruoso como el que custodiaban los dragones, pero aún así sus ramas, hojas y tronco dominaban unas montañas sin

nombre. Sarpedón luchó por días y días, tacleando y atravesando a sus hermanos con sus propios cuernos. Otro tanto lo seguía. Minos no podía perder. Su gente habría seguido a su hermano hacia la locura. Por eso llevó lanzas y picas, espadas y hachas. Fueron las primeras armas y ellas pusieron la muerte al alcance de los minotauros más débiles. Se sentían grandes a pesar de ello. Se sintieron invencibles. Y, más importante aún, recuperaron el orgullo de los rebaños primigenios. Sarpedón no era imbécil, a pesar de lo que Minos quisiera creer, y alejó a su gente de la tierra, hacia el Gran Mar Océano, hasta una isla a la que llamó Galatea, llena de vida y prados hermosos. Minos no quiso seguirlo. Ya había admitido la derrota, y a fin de cuentas era su hermano.

Nadie supo cómo o por qué regresaron los dragones, pero volvieron a Úrim bajo una estela de fuego. Él había visto a dos dragones que parecían dominar a los demás. Uno de ellos voló hacia el oeste, a las llanuras primigenias, y el otro los persiguió al norte. Y sólo pudieron correr. Dejaron atrás a miles de ellos. Otros se ofrecieron como sacrificio a los dioses del aire, pero nada parecía detener su cólera. Pronto se convencieron de que lo único que podrían hacer era luchar. Y tendrían que llevar la guerra más allá de su propia imaginación. Tendrían que mover montañas, agitar las raíces del mundo si era necesario. Todo para sobrevivir a una raza que parecía creerse la dueña de Úrim. El día que Minos se dio cuenta de que sus sueños de un futuro pacífico se habían desvanecido, mandó construir unas puertas de piedra y bronce, tan enormes que se necesitaron máquinas para levantarlas y ponerlas en su lugar, y se encerró tras ellas durante siete días y siete noches. Los minotauros decían que lloró a sus hermanos, a los que nunca quiso desterrar, y que fue en las horas más oscuras que se le ocurrió la idea de cubrir sus cuerpos con piedra y acero para derrotar el fuego que venía de los cielos.

Muchos dijeron que el que salió de detrás de las puertas de bronce no era el mismo. Minos se había vuelto irascible y condenaba los errores de su gente con torturas horribles. Se clavaron placas de diferentes metales a los cuerpos de los que parecían más perdidos y mandó desollar a los muertos. Con sus pieles se hicieron armaduras de cuero y correas para los escudos, las grebas y los brazaletes. Luego empezó la extracción de metales pesados del fondo de las montañas. Las minas crecieron y crecieron, hasta que no había nadie que no empuñara un pico, una pala o magia para abrir nuevas venas en la tierra. Después

fue evidente que no le bastaba. Necesitaba más acero, más fuego, más excavaciones y ordenó que algunos dedicaran su tiempo a pensar cómo acelerar la producción de armas. Llegaron los cánticos en lenguas desconocidas y los conjuros, y gracias a ellos produjeron armaduras grabadas con runas mágicas que resistían mejor la llama de los dragones.

Minos descubrió que el hoyo en su corazón no tenía fondo y que lo único que lo mantenía con fuerza para seguir adelante era hacer túneles, excavar y pisar las rocas que nadie jamás había visto. Así se fue metiendo cada vez más en la tierra, hasta que los pasillos y minas se extendían más allá de toda cordura, hasta donde la luz se torcía y las sombras daban paso a visiones monstruosas. Al tercer ciclo, las excavaciones cubrían ya cientos de miles de cuernos de distancia. Los corredores daban vueltas, subían y bajaban, se encimaban unos sobre otros, separados por apenas unos cuantos cuernos de tierra. Los trabajadores se perdían, y sus gritos de auxilio reverberaban a lo largo y ancho de todo el túnel, a menudo mezclándose unos con otros y perdiéndose en la longitud inabarcable del Laberinto. Porque Minos bautizó al domo detrás de la puerta de bronce como el Laberinto, y sólo él conocía los alcances verdaderos de su longitud. Los primeros cuernos estaban cubiertos de oro, lámparas y ahí mismo se habían establecido talleres y forjas, donde los minotauros esculpieron dragones de metal para recordarse quiénes habían sido los que les habían arrebatado toda esperanza de un futuro pacífico. Y Minos decoró el Laberinto con miles, miles de antorchas, dragones, hachas y lámparas de un cristal amarillo, similar al cristal azul que se encontraba más arriba, pero éste emitía un fulgor más apagado, como distante, como si las piedras de más abajo hubieran olvidado ya la vida que alguna vez tuvieron en la superficie y sólo emitieran un recuerdo vago y triste del sol. Estos cristales ayudaron a forjar máquinas que se movían y propulsaban solas, y Minos las bautizó como los enanos. Eran buenos para excavar. No comían ni dormían, y apenas necesitaban mantenimiento; eran fáciles de producir y una vez que se hacían las versiones masculina y femenina, se replicaban solos después de algunos ciclos. Pero la obsesión de Minos no podía ser satisfecha sólo con algunos enanos, y los talleres y calderas trabajaron ciclo tras ciclo en la producción de más y más, y Minos exigía más aún de los que podían producir.

Pasaron los ciclos y luego las décadas, y el recuerdo del bosque se disipó de la memoria. Los bosques cambiaron y las praderas que alguna vez alimentaron a los rebaños de Asterión se erosionaron hasta dar paso a las estepas de Utgard. Las gorgonas y los dragones pelearon y se mataron los unos a los otros, hasta que los dragones se alzaron

victoriosos. Los grandes Árboles del Mundo fueron casi erradicados, y por fin, el corazón de Minos fue satisfecho. El Laberinto se torcía una y otra vez, en una espiral que pasaba los siete mil cuernos de profundidad y había tantos talleres y máquinas como nadie jamás había visto en el mundo. Y Minos supo que había llegado la hora de retomar la superficie. Pero cuando despertó de su largo sueño, la gloria de su rebaño se había extinto. Los minotauros que quedaban habían sido reducidos a máquinas, muy similares a los enanos que habían forjado hacía tanto tiempo atrás. Los encantamientos y rituales se habían parado, y él no se dio cuenta de cuándo fue que pasó. Las velas y antorchas que alguna vez iluminaron la entrada del Laberinto se habían apagado, y sólo quedaba el brillo dorado de los cristales. Minos gritó y bufó, y sus lamentos se perpetuaron en la roca y el acero que latía debajo de Bael-Ungor. Aunque hubieran perdido el alma; aún sin la gloria que alguna vez soñó su padre, los minotauros se alzarían, apoyados por sus conjuros, su magia y los enanos y le arrebatarían el bosque a los dragones aunque tuvieran que purgar a Úrim de todo vestigio de vida. El mundo temblará bajo tus pezuñas, rey Minos. Tales habían sido las palabras la criatura que se reptaba y crecía; del monstruo que se había apoderado de los pasillos del Laberinto de su mente.

Capítulo 15

14. Blancura

Ciclo 790, Thánatos

En la zona designada para construir Heracleion

He... pensado durante tanto tiempo sobre la muerte que hay días en que esta palabra pierde sentido. He pensado, también, en que tal vez yo nunca muera nunca, y que tal vez eso que pasa cuando niños y ancianos de todas las razas van a morir no me pase a mí. Desconozco el terror a la muerte, tal vez porque la única vez que la sentí próxima fue antes de desembarcar en esta isla que se volvió nuestro hogar. Creo que la muerte y el miedo que llega al sentirla vienen dentro de la sangre. Se le acaba el brío, el corazón se frena, se endurecen los músculos y las palabras y llega el momento en que su misma lengua, su voz misma se hace de piedra. El cuerpo que antes latía y tenía humedades dentro de sí se vuelve un terrón y se desmorona. Pero no sólo es secarse sino morir. Es quedarse ciego con la blancura del hielo entre el cráneo y la pupila, como si un enorme monolito de agua helada se les hubiera atravesado entre las sienes y poco a poco les pegara su esencia de cadáver a los párpados. Morir es acercarse a un glaciar, irse acercando a lo blanco: los colores de la memoria y de la vista se juntan en uno solo, hasta que todo lo que queda es la monotonía blanca del sabor, del sonido y de los días.

Las barcas que consiguió el elfo Osiris para salir de Granada apenas resistieron el viaje hacia la isla de Thánatos, y cuando bajó el último tripulante, las naves sucumbieron a la ira del Gran Mar Océano. Aunque él ya había realizado el viaje antes, con un marinero llamado Raif Halal, capitán del Djinn, esta segunda expedición a la isla era mucho más ambiciosa. Los espíritus de Tenochtitlán les habían dicho que había una isla al sudeste, muy alejada de Úrim, y que nadie, ni siquiera los dragones, la conocían todavía. Las voces se habían instalado en su cabeza desde que llegó ahí, movido por la voluntad de Nut. Ella le enseñó cómo hablar con los muertos, y de ahí a descubrir las energías de la muerte no faltó sino un empujón. Luego la promesa de un lugar con recursos ilimitados. Todo había sido muy sencillo, en realidad. Desde el escape de los Despojos hasta el paso por Granada no había encontrado oposición, y ni a él ni a Set les pusieron trabas para pasar de una parte del Glitnir hasta las orillas de Toledo. Además, en la capital humana pudo reclutar a

Fátima Abicarán y a Rashida a.-Jalil. Las dos habían demostrado tener capacidades de supervivencia y de dominio de la magia que no vio en otros granadinos. También encontró a Jørmund Lokesson, y justo antes de embarcarse en Dhabí, contaba ya también con el poder del orco Ulreth Matharieth y del shamán Xel-Ungor. Los siete habían llegado ahí con pocas expectativas, sobre todo después de escuchar el relato de Raif, pero Osiris tenía esperanzas. Thánatos era una roca muerta. Nadie los iría a buscar ahí.

Usaron todo lo que tenían a la mano para construir un puerto. Desde la madera vieja de las barcas hasta troncos que habían traído explícitamente para construcción. También usaron las piedras porosas de Thánatos. Osiris sabía, de oídas, que la isla era predominantemente volcánica y se decía que no había forma de vida adaptada a las condiciones extremas. Pero por ello Rashida llevaba la cabeza del tlatoani Cuitláhuac con ellos. El espíritu del tenochca los había guiado bien desde que partieron de los restos calcinados de su ciudad, y algo había dicho sobre los huesos de una serpiente alada, o con plumas, o algo así. Era un poco torpe con la lengua, pensaba Osiris, pero aun así tenía un ritmo agradable. Heracleion, el que sería el punto de llegada de los barcos prisión provenientes de Úrim, no tardó en crecer. Sus edificios se hicieron con piedra y madera, y cuando llegaron los primeros presos, también se hicieron de huesos. Osiris estaba fascinado con el gran volcán que se dibujaba en el horizonte en los días más claros. La capa de ceniza cubría la isla todo el tiempo, y hasta sus necromantes estaban empezando a resentir el clima.

Ante mí se alza una montaña, un poderoso volcán, un monolito de los días pasados. Su aliento oscuro y la negrura de las piedras que lo revisten no me causan tanto pavor como la idea de la muerte blanca, nívea, como los espectros que quedaron en el lugar del incendio. La muerte, este fenómeno todopoderoso que tiene sujetos a todas las razas del mundo, menos a la mía, la raza de las estrellas, me seduce. Es algo que no nos pasará jamás a nosotros, los elfos. Yo fui perdonado por la muerte misma. Me ennegreció la piel en señal de tregua. Nut nos otorgó la oscuridad como refugio ante la muerte albina, la muerte espectro, la muerte del color del mármol de la sepultura. Porque los hombres han aprendido a construirle un monumento a la muerte sobre cada uno de los que se lleva. Algunos de los sacerdotes del sol decían que el blanco es la unión de todos los colores, pero creo yo que es el mar donde se unen todas las almas. Las almas rojas y las negras; la magia de tierra y la del viento se unen en un mismo evento. ¿Y no será esta acaso el vertedero final del individuo, perderse en todos y dejar de ser? ¿De qué color eres, Ginnungagap? No te puedo imaginar negro ahora que he visto la espiral de la vida

arremolinándose en tu seno, como un gran ojo ciego en donde cae una luz sin sol, sin estrellas, y tan fría como las noches de luna llena.

De nada sirve entender la muerte estando vivo, ni nombrarla, ni pensarla hasta el cansancio. De nada les sirvió, eso seguro, a los prisioneros humanos que veían la luz de la luna entrar por los barrotes de su celda del mar. Ellos que se creían acariciados por la luz estaban siendo triturados por los molares luminosos, blancos, de la muerte. Estaban siendo masticados en el alma, desgarrados por dentro por la muerte blanca, y ellos lo llamaron esperanza. Mientras tanto, la muerte germinaba en las canas de su cabeza, desgarrándoles la piel, sembrando de nieve y dejando su marca de pertenencia en ellos. Las canas son el dedo pálido de la muerte asomando de entre el naufragio del cuerpo. Supongo entonces que la muerte es una fila de dientes y de huesos, porque los huesos también son blancos, una fila de vértebras que cae al infinito, sin estómago, sólo luz, hielo y ceguera; un cementerio sin límite que le sonrío con el gesto blanco, albo, níveo, cano, pálido de lo inevitable. Y cuando vieron esta hermosa ciudad negra, cuando nos vieron hablándole a la carne con nuestras voces blancas, ¿no es verdad también que el miedo, hijo menor de la muerte, les nació blanco bajo la piel y les puso delante el límite de su vida, confundido entonces con los últimos latidos de aquella sangre que decíamos hace unos instantes, y se les escapaba de la cara y las manos?

Cuitláhuac les dijo que ahí, en las costas de Heracleion, podía sentir una presencia muy poderosa. Los necromantes intentaron invocar al mar, a la tierra y al fuego, pero ninguno de los elementos respondió. Luego pensaron que las viejas leyendas del continente eran más inventos de los distintos pueblos y cedieron, pero el tlatoani insistía. Como no podían internarse en la isla, Osiris pensó que tal vez se habían equivocado, y que deberían regresar a Brandheim, el lugar donde desembarcaron los hombres a Úrim por primera vez. No fue hasta que Fátima reveló sus artes alquímicas que vio una posibilidad, aunque remota, de reclamar la isla maldita. La bruja pidió restos de los hongos de la región y los mezcló con la sangre de algunos de los presos. También recogieron peces y ceniza, y al final logró crear una poción espesa, de olor desagradable, pero que les permitió sobrellevar mejor las condiciones del clima. Conforme pasaron los días y luego los meses, sus cuerpos se adaptaron a Thánatos y la ceniza del cielo les afectaba menos, hasta llegar el punto en el que casi podían respirarla.

Casi veinte ciclos después de su llegada, Heracleion se había vuelto un puerto importante. Recibía presos de los imperios orcos y humanos, y tenían tratos con los capitanes para que éstos no revelaran las construcciones. En Heracleion se fabricaban pociones de todo tipo, que los capitanes cambiaban por objetos o información en tierra. Así se fueron haciendo de algunas comodidades y de adeptos, de materiales y de libros que hablaban sobre las propiedades de las plantas, de los minerales y de los amuletos protectores que usaban los orcos y los hombres de Granada. Además, los presos que se integraban al culto de la muerte traían noticias frescas. La lucha por el Altair se había estancado. El Djinn se hundió hacia el 800, y los orcos y los hombres habían descubierto que el comercio era mucho más efectivo que la guerra. Había rumores de elfos y gigantes cerca de Toledo y de Mares Anthal. También se decía que los enanos habían salido por fin de su aislamiento en Gal'Naar. Definitivamente, el mundo estaba cambiando. Poco después encontraron a Nergal, algunos kilómetros tierra adentro. Cuitláhuac les dijo que alguna vez había sido un gigante. Que había tenido una curiosidad desmedida, pero que jamás pensó que nadie hubiera podido cometer algo tan vil como la masacre de Tenochtitlán. Desde entonces, se había transformado en una masa de tentáculos, dientes y ojos. Lo descubrieron sólo por el sonido de sus gemidos.

No es natural que las cosas no tengan sombra. La vida tiene la sombra blanquecina de la muerte clavada a ella en los dientes, en los huesos y en los ojos, pero la muerte, que tiene el color del sol, no posee sombra alguna. El color de todas las cosas es el blanco y los colores que vemos han sido pegados por fuera, como por fuera del esqueleto han sido pegados músculos y nervios, y la luz, la blanca luz no es otra cosa que una monumental mortaja, una momia infinita que envuelve todo lo que lo rodea, una capa de sal que tarde o temprano terminará quemando la tierra sobre la que hemos venido a poner los pies. La sal es la muerte en el mar, tan blanca y tan eterna que se hace azul y se agita, se sacude y aparece de repente en la espuma de las olas, incapaz de esconderse del todo, para gritarle al mundo que todo cuanto abarcan la tierra y el cielo y el mar es su dominio; no hay elemento en el que no se muera. Ojalá lo entiendan los otros. No se puede escapar de la blancura de la muerte, sólo doblarla. Nosotros somos sus uñas blancas, sus uñas inquebrantables y hemos venido a arañarle el rostro a los dragones. Los ríos, los lagos y los océanos se quedarán quietos y nada se agitará en sus entrañas. Los barcos se pudrirán sobre el mar y sus mástiles caerán al abismo sin hacer ruido. Las olas morirán y las mareas se hundirán en su sepulcro. La luna blanca y muerta se levantará una última vez en el horizonte, para helar los corazones de Úrim con el estandarte gélido y brillante de su blancura. Las nubes habrán muerto, pero para entonces la muerte ya no las

necesitará. Ella es el Universo.

Capítulo 16

15. Las Flores de Jazmín, parte 2

Ciclos 955 a 957, Toledo

Había pasado casi un ciclo dese que Faris al-Rashid descubriera, gracias a Abu Nassar, un cargamento de un polvo que no permitía que las cosas ardieran. Después de registrar la casa de Meshif, Faris se dio cuenta de que había matado a un alquimista. No podía hacer nada al respecto y dejó que el asunto se mezclara con la arena del desierto. Sayida Nassar, la hermana de Abu, no se había quedado tan contenta. Había perdido a su mejor amigo y las malditas pociones quitamales que le pidió a su madre acababan de llegar esa tarde. Un ciclo para recibir un cargamento. Sabía que su madre las había mandado tan pronto había podido, pero la gente de Granada dejó de enviar cosas a Toledo. Por otra parte, la muerte de su hermano la tenía sin cuidado. Él se había buscado esa vida. Su madre le dejó suficiente como para hacerse una carrera respetable en lo que él quisiera y jamás lo hizo. De hecho, estaba casi segura de que había sido él quien había denunciado a Meshif. Era demasiada coincidencia que apenas unos días después de que lo había despedido los hubieran descubierto. Meshif siempre fue muy cuidadoso con sus asuntos. No, Abu no era una víctima. Y Brahim. No le agradaba el arriero, pero sentía tristeza por Farah, su esposa, y las hijas que había dejado atrás. Fue a darle sus condolencias algunos días después y sus corazones se abrieron como las alas de una paloma. Del dolor de la pérdida de ambas nació la amistad. Y aunque el dolor fue la semilla, pronto las unieron más cosas. Las niñas, Jaffat y Azhar, se encariñaron rápido con la tía Sayida.

— Sé que fue el sultán.

— ¿Disculpa?

— Quien los mató, Sayida. Me lo he guardado por las niñas, pero siempre lo supe. Brahim no era un mal hombre. Era necio, a veces hasta lo idiota, pero las adoraba.

— Hermana, habla lo que tengas que hablar. Sácalo de tu corazón. No dejes que el dolor anide en ti. — Sayida puso una de sus manos sobre la

de su amiga. La miraba a los ojos. No, pensó, no es dolor. Es ira.

— ¿Dolor? Claro que lo hubo. Pero tiene mucho que no siento dolor. No por Brahim. El día que se lo llevaron estuvo a punto de golpearme. No, Sayida. Le agradezco al sultán por darme esta libertad, estas tardes de té contigo, y por quitarme a un hombre y regalarme una hermana. Pero no confundas eso con alegría. Brahim no ha sido el único al que se ha llevado. Tenía hermanos. Uno de ellos huyó a Granada. Al otro lo ejecutaron por traición, o eso dijeron. Pero, ¿qué podíamos hacer? Faris al-Rashid está loco.

— En eso mismo he estado pensando Farah. Le pedí a Meshif un libro de pociones unos días antes de que se lo llevaran. Hay recetas interesantes. Encontré cómo hacer pociones duermefuegos con polvo de escama de dragón, y también viene una receta muy sencilla para hacer pociones lumínicas.

— Pero Meshif está muerto. No quedan alquimistas en Toledo.

— No, pero quedo yo.

Sayida y Farah se hicieron pasar por distribuidoras de verdura y grano. Poco a poco, y sin que el sultán o sus hombres se enteraran, fueron contactando a otras mujeres afectadas por el régimen de terror de Faris al-Rashid. Para sorpresa de Farah y alivio de Sayida, había más de una que estaba dispuesta a arriesgar el pellejo si con ello se quitaban de encima al sultán. Ambas descubrieron que la venganza o el despecho pocas veces eran el móvil: muchas sólo querían la libertad de antes. Una a una se fueron involucrando en la red de Sayida. La tercera integrante del círculo de confianza de Sayida se llamaba Rajiya. Era una mujer mayor, viuda, feliz de la muerte de su esposo, que sabía moverse con facilidad a donde quería. Su edad la volvía inofensiva a la vista de la mayoría de la gente y su trato amable hacía que muchos la vieran como si fuera su propia abuela. Pero Rajiya conocía viejos secretos de la alquimia y alguna vez había preparado venenos para la gente de Granada. Al igual que Sayida, Farah tenía muchos conocidos en casi todos los niveles de la sociedad toledana. Su matrimonio con Brahim la había acercado a gente muy poderosa y amigos de diferentes épocas habían contraído deudas con Brahim por los negocios que logró llevar a buen término en Granada. En siete meses, al menos una de cada cuatro sabía quiénes eran Sayida y Farah.

Hazán se quitó de encima los brazos de la mujer morena que lo acompañaba. No recordaba a quién se la había quitado, o si el sultán se la

había dado como pago por algún servicio. Había muchas mujeres en su pasado y gran parte de ellas había creído que serían las esposas del jefe de la guardia real. Todas muertas. En Toledo ni siquiera tenían que preocuparse por esconder los cuerpos. La gente sabía que si salía humo negro del palacio, había habido otra ejecución. Ya se habían acostumbrado. Muchos soportaban toda clase de abusos con tal de que no los ejecutaran. Le gustaba esa mujer. Era joven, tenía miedo. Ni siquiera se acordaba de cómo se llamaba. Faris ya le daría otra. La primera vez no hizo ruido, como que temblaba, como que no sabía qué era lo que estaba pasando. Le dijeron que se lavó muchas veces. Después lo hacía con miedo y hasta la fecha no se atrevía a mirarlo a los ojos. Qué importaba. Tenía cosas más importantes que atender afuera.

— Te dejé dos pociones en la mesa. Ver por naranjas. Más que vale que hoy sí esté la comida.

Hafa salió al mercado. Había pensado en escapar más de una vez, pero era imposible que no la hubieran visto. Toda la guardia de Toledo estaba comprada por el sultán, y más de uno la había visto cerca del capitán. No sabía qué hacer. No quería regresar al lado del cerdo con el que vivía. Mientras caminaba, sintió que alguien la estaba mirando. No podría decir cómo era que lo sabía, pero eran dos personas. No llevaban mucho observándola. No pudo quitarse de encima esa sensación después de que se percató. Decidió seguir adelante y comprar la fruta en otro lugar. Pero cuanto más se adentraba en el mercado más crecía la idea de que la venían siguiendo. Se adelantó casi corriendo hasta el puesto de un par de mujeres, que ella habría jurado eran hermanas, y les pidió las naranjas que le había pedido Hazán.

— Eres la nueva, ¿verdad? — dijo una de las dos mujeres. El brillo de su mirada denotaba una inteligencia muy despierta. Hafa no supo por qué, pero le inspiró confianza desde ese momento.

— ¿De las nuevas?

— Sí. De Hazán. Le gusta dejar marcas en el cuello y los brazos. ¿Hace cuánto te vendieron a él?

— Hace tres semanas. — Desvió la mirada. Algo en ella la incomodaba. No parecía mala persona, pero sentía que su mirada le taladraba el alma. Como si pudiera ver dentro de ella. De pronto, la sensación de asco subió a su garganta y brotó en tres palabras. — No quiero volver.

- Tendrás que hacerlo. No podemos darte asilo aquí, pequeña. Pero...
- ¿Pero qué? Si hay esperanza para mí, necesito saberlo.
- ¿Cómo te llamas?
- ¿Qué importancia tiene?
- Ninguna. Pero quiero saber a quién tengo que buscar.

Sayida confiaba en la joven. No era una de esas que se les apagaba la mirada después de que las violaran. Al contrario, Hafa parecía tener la voluntad que se necesitaba para tomar venganza. Tenía motivos y una injuria que se repetía todos los días sin que asomara alguna forma de justicia. Volvió una vez por semana, durante tres meses, hasta que llegó el día. Hafa no debía mostrarse ni más dispuesta ni con más ganas de complacerlo. Sayida esperaba que Hazán todavía la encontrara útil un par de días más. Casi siempre las cambiaba al mes, y algunas que le gustaban podían llegar incluso a los dos o tres meses. Sólo esperaba que resistiera.

Farah corrió con el rumor de que una mujer, la más bella que había pisado jamás las tierras del sultán, había llegado de Granada. Además, decía, conocía los secretos del perfume y de las estrellas. Una vidente siempre era bienvenida en el palacio de Faris. Se sabía que la última mujer que dijo poder leer el destino en las noches sin luna había tenido el favor del sultán, al menos hasta que se le ocurrió intentar escaparse hacia el bosque Glitnir. Como esperaban, Faris al-Rashid se encaprichó con la extranjera y la llamó a su lado. Sayida entró al palacio por la puerta delantera, sin armas. Hafa se encargaba de llevar fruta fresca, como les gustaba en palacio. Farah había desaparecido poco después de presentar a Sayida, y Rajiya tuvo tiempo de sobra para enseñarles a las mujeres de plantas y sustancias venenosas.

- Me han dicho que lees la suerte en las estrellas, beduina.
- Y no mienten, oh poderoso.
- ¿Qué más sabes hacer?
- Vengo de Granada, sultán mío, y he contemplado las maravillas que se cuentan ahí. He visto de cerca a los dragones, a las bestias aladas de los

granadinos, y conocí a los elfos y a los enanos que viajaron al sur.

— Pero hace ciclos que esas criaturas abandonaron la Perla del Desierto. O mientes, o eso fue hace mucho, mucho tiempo. Y no te ves como una mujer madura.

— No tanto, en realidad, mi sultán. Algunos enanos y los elfos permanecieron en la ciudad muchos ciclos después de que terminó el asedio. Para entonces, yo contaba ya con 17 ciclos de vida. Sé también preparar perfumes y ungüentos para rejuvenecer la piel y mantenerla como si los días no pasaran sobre ella.

— ¿Eres alquimista?

— No, mi alteza, pero algo sé de brebajes, raíces y plantas.

— Cuéntame más.

— También he viajado hasta la lejana Finisterra, donde los bosques y los árboles crecen infinitos, más grandes aún que los que surgen de las profundidades del Glitnir. Conocí a Jacobo de Vahamonde, el señor de los bosques, el druida, y me dio algunas semillas para cultivarlas en los riachuelos de Toledo. También vi el monumento de ámbar que levantaron para el elfo Sekbeth y los caminos que hizo Santiago. Al norte, ahí donde termina el bosque eterno, se alzan cordilleras de hielo y los enanos tienen una enorme forja. También he sabido sobre el Imperio Orco y su Coliseo, un lugar donde sus mejores guerreros luchan para integrarse a la Legión. Antes de regresar al Sharran pasé por los restos de Dhabí: una esfera de cristal traslúcido que encierra a cientos de miles de hombres y que ha servido de faro para la gente de Kizad.

— Hablas de los prodigios y maravillas de Úrim, de glorias y nombres ajenos a Toledo. ¿No hay nada que valga tu asombro en esta ciudad?

— Desde luego. El Palacio del sultán es hermoso. Me asombra que haya tantos rubíes y zafiros incrustados en la talavera de las columnas. Los cristales y sus colores son aún más bellos que los que vi en Granada, y he sabido que el acero de la región está ganando renombre incluso ante los herreros enanos, que no se sorprenden fácilmente.

— Me alegra de que mis esfuerzos no hayan pasado desapercibidos. Una última cosa. ¿Cómo te llamas, mujer?

— Sherezada.

— Muy bien, Sherezada. Hazán, escolta a esta mujer a tu casa. Nos casamos hoy en la noche. — Sintió como si una daga de acero toledano la hubiera destripado. Sentía gotear el miedo a sus pies, las manos

amenazaban con temblarle y, con todo, logró mantenerse firme unos instantes más. Faris al-Rashid no podía sospechar. No debía. Asintió y dijo que se sentiría honrada, y a punto estuvo de decir que esperaba con ansias el día de estar encerrada en una jaula de oro.

Hafa estaba al borde de las lágrimas. Hazán había abusado de ella tan pronto llegó y la golpeó por no esforzarse. Pero el maldito cerdo pagaría todas juntas. Cuando vio llegar a Sayida, salió a recibirla de la manera más neutral que pudo. Sayida vio los golpes en el cuello y el rostro de su florecita y lo tuvo claro. Entre las dos prepararon los venenos como les ordenó Rajiya. Hazán solía comer naranjas después del sexo. Hafa tenía ya algunas listas, pero Sayida le dijo que era mejor esperar hasta la noche. La idea de la boda la aterraba, aunque en su mente se estaba forjando una idea con todas las posibilidades. Podría esperar a que hubiera testigos del enlace.

Farah se había puesto en contacto con más de tres cuartas partes de las mujeres del palacio mientras vendía verduras y frutas, y ahora contaba con su apoyo dentro de los muros. Superaban a los hombres por tres a uno, y no faltaba el hombre que se había adherido al plan de la futura esposa de Faris al-Rashid. Por el momento, ninguna tenía idea de los venenos. Sólo sabían que la mujer a la que veían como líder tramaba algo. No se habría metido a la boca del dragón sin alguna idea. No era idiota, eso lo sabían bien. Sayida se atavió con las mejores telas que pudo conseguir dentro de Toledo, muchas arrebatadas a Brahim algunos ciclos antes. Llevaba un velo dorado y las amplias mangas le permitieron esconder la mezcla sin problema. Entretuvo a los invitados con muchas de las historias que ella misma había leído de los libros que le mandara su madre desde Granada, y el sultán no cabía en sí de gozo. Una joya había ido a tocar a su puerta. Un fruto maduro que cosecharía esa misma noche. Ya al alba, los vientos del Sharran decidirían el destino de la flor de jazmín. Sí. Eso era. Una flor abierta esperándolo, un néctar del desierto que le devolvería la vida. Hazán debía estarse retorciendo de envidia. No importaba. Ahora era su mujer, y además él tenía a la niña de Orce o de uno de esos pueblos sin importancia. Vio que su mujer se le acercaba a la puta de Hazán. Bien. Mejor que la conociera ahorita que podía. Nadie sabía cuándo le cambiaría el humor a su jefe de guardias.

— Es ahora o nunca, Hafa. Llévale comida a ese imbécil. — Ella asintió. Se agachó para recoger la charola sobre la que habían dispuesto uvas, naranjas, dátiles, manzanas y peras, estas últimas arrancadas de la frontera con el Glitnir y se adelantó hacia el sultán. Luego fue

ofreciéndoles fruta a todos los invitados. Sayida se le unió en la repartición, seguida de las esclavas del sultán. Algunos de los invitados de honor, testigos de la unión, se habían ido ya, y seguramente sería de lo que se hablaría por la mañana. Pasaron veinte, cuarenta minutos, y el veneno aún no hacía efecto. Sayida empezaba a temer que Rajiya se hubiera equivocado en la receta, o peor aún, que las hubiera traicionado. Ahí adentro estaba sola. Hafa estaba en la distancia. Cada una de ellas recorría su propia cuerda al abismo y lo único que podían hacer era mandarse señales la una a la otra. Hafa tropezó y la fruta que llevaba se desparramó en el piso. Se hizo el silencio. Hazán se levantó, cimitarra en mano, y se dirigió hacia ella. La tomó del cabello y el hombre del sultán cayó muerto.

Hafa se levantó y lo abrazó, fingiendo que le importaba.

Sayida no quitaba los ojos del sultán.

Los criados de Faris al-Rashid corrieron en auxilio del jefe de la guardia.

Las mujeres de palacio desenfundaron sus puñales.

Faris al-Rashid intentó correr, pero lo alcanzó la estocada de Sayida.

A la mañana siguiente, las puertas de palacio se abrieron y de ellas brotó el río de sangre.

Y ahí, paradas en medio de cientos de cadáveres de la gente que alguna vez formó el núcleo del régimen de terror de Faris al-Rashid, estaban Sayida Nassar y todas las mujeres que la siguieron, rojas, rojas, como si hubieran dejado atrás la piel del Toledo que las tenía sumisas. Tomarían las riendas de la ciudad desde las sombras. A partir de entonces, serían conocidas como las Flores de Jazmín.

Capítulo 17

¡Gracias por leer y apoyar el segundo volumen de los Cuentos de la Primera Era!

Esta vez quiero regalarles el relato más especial del universo del Gran Vacío: este fue el origen de todo, allá en 2008. Un amigo mío me dijo "Me gustaría saber un poco más de este mundo." Pues bien. 9 años después, Úrim se desarrolla y late ya por sí mismo. Lo reescribí en 2017 como segundo capítulo de Los Muros de la Academia.

¡Espero que lo disfruten!

Sergio Martínez Medina

Los Muros de la Academia

Capítulo 2 - La caída del Arcturus

Ceres 24, Ciclo 1887

Cerca de los mares del sur de Eisgrind

La detonación meció el Stealkilt. El dirigible de al lado no tardó en incendiarse, y aunque no lo hubiera hecho, la velocidad a la que se movía no le hubiera bastado para salir del alcance de la nave pirata. Los observadores de a bordo decían que el humo que desprendía desde hacía

unas horas venía directamente de los motores de su presa y que quizá era eso lo que los había alentado tanto. Sea como fuere, los primeros cañonazos fueron certeros y sólo quedaba rematarlos. Ordenó que dispararan otra andanada de proyectiles. Alguno de ellos debió impactar las calderas; al menos, eso sugería la explosión que provino de dentro de su objetivo. Los gritos de victoria llenaron la nave y con justa razón. Además, las mejoras que el ingeniero enano Thorkild implementó en los sistema de combustión de a bordo ahorraban mucho en carbón, y agua tenían de sobra. Vestri solía quedarse mirando las imponentes máquinas de vapor por horas, y decía que el ritmo de los pistones lo arrullaba. Con todo, tenía ya casi un mes que no aterrizaban y los recursos de a bordo empezaban a escasear. Aunque fue un espectáculo bien merecido para su gente, la verdad es que las explosiones no tenían tan entusiasmado a Samir i-Sabbah.

El Arcturus, se decía, era un transporte de provisiones que se dirigía hacia Bael-Ungor, y saber que mucha de su carga se había incendiado los dejaba con pocas ganancias. Además, antes de salir de Iunu-Ra, Thorkild y Vestri escucharon a algunos gnomos hablando sobre el verdadero contenido del dirigible que acababan de derribar. Decían que no sólo no transportaban comida y telas para los enanos, sino que había algunos laboratorios perdidos en las montañas que podían llegar a pagar hasta cuarenta mil monedas de oro por las partes y sustancias correctas. Ahora que los humanos habían empezado a producir sus propias máquinas en Toledo y en Tenochtitlán, la competencia por el aceite de semilla de Kemet y la grasa de las ballenas se había vuelto férrea. A Samir y los suyos les pagaban bien por conseguirlas más barato y a sus compradores les interesaban más bien poco los métodos a los que recurrieran. Si el cargamento, fuera cual fuese, se había dañado, todo el tiempo que pasaron persiguiendo al transporte aéreo había sido en vano.

— ¡Tayé, gira a la derecha!

— ¿Perseguimos el fuego del irin eye ni, Samir? ¿Vamos al iná nla a desollar a los muertos?— El troll sonrió. Era un guerrero fuerte, traído desde las playas de la mismísima ciudad de Alzagoth, más allá de las costas de Utgard. Había servido a bordo del Stealkilt desde hacía ya mucho tiempo y era un buen piloto de dirigibles. Fue esclavo durante casi veinte ciclos en una de las minas de los orcos, hasta que Samir logró comprar su libertad. Tuvieron algunos roces, y hasta que no lo derrotó en combate abierto, no parecía querer cooperar con el ahk. Después de eso se volvieron como hermanos. Además, no habría habido nadie más a bordo que pudiera dominar el timón de la nave sin ayuda. Habían acondicionado la estancia del timonero para que pudiera navegar de día y de noche. Los trolls se petrificaban con el sol desde que se tenía memoria. En Thule buscaban una cura para esta aflicción, pero no habían

encontrado sino formas de evitarlo. Hasta las sombras más pequeñas parecían protegerlos, y Samir tenía en muy alta estima la vida de su amigo.

— Sí, vamos a desplumarlos. Te encargo el Stealkilt. Todos en sus puestos. Tayé, mantén la nave lista. Nos iremos tan rápido como podamos.

—Aquí te esperamos, arakunrin. — El troll comandó el dirigible hacia donde se le había indicado. El cielo se oscureció en apenas unos minutos y las llamas los condujeron a los restos del Arcturus. El fuego lamía la carcasa y arrastraba el olor de cientos de cadáveres quemados. Grandes partes del esqueleto caían al suelo enredadas en las lenguas ardientes. Aterrizaron algunos minutos después. Aunque la planicie estaba iluminada por las llamas del dirigible, Samir le ordenó a Thorkild que los guiara con los reflectores de a bordo. Todos llevaban sus armas cargadas, aunque Samir prefería llevar una espada ropera además de su revólver.

— Sin supervivientes.

El enano avanzó delante del. Llevaba un revólver Peacemaker del que nunca se separaba y Jocelyn Joesmith, una medio elfa nacida en Hiva, iba detrás de Samir: ellos tres formaban el grupo de exploración. Las aspas que impulsaban el dirigible se fueron parando poco a poco, hasta que la noche se quedó a solas con el sonido de las llamas y del metal torcido. Los reflectores del aerostato guiaron los pasos a través del terreno. La luz pasaba sobre Samir y su grupo una y otra vez, obligándolos a caminar entre intermitencias de oscuridad. Poco a poco, la luz dejó de ser blanca para volverse ámbar; después empezaron a encontrar los cuerpos de los tripulantes deformados por los estallidos. Vestri se había adelantado ya bastante cuando escucharon un disparo.

— Un gnomo, Samir. Se estaba arrastrando hacia una radio.

— Dudo que haya sido el único. ¿Te dijo algo?

— No. Pero tuvo tiempo de considerar sus respuestas. Y tenía un cuello bonito, como que pedía que le disparara. Ya sabes cómo son estos imbéciles.

— Samir. — La voz de Joss resonó entre las vigas de acero, rebotando hasta llegar a ellos. Venía de unos cincuenta metros a la derecha de ellos. — Aquí estaba el timonel. Estamos en la cabina de mando.

— Habrá que ir hacia el otro lado entonces.

— Me habría gustado ver a estos malnacidos quemándose. — Los ojos de Vestri refulgían siempre que hablaba de guerras y venganzas. El capitán conocía poco de su pasado. Lo había reclutado tras la derrota del capitán Lynch cincuenta ciclos atrás y ya era así. En los puertos de Kizad, Dhabi y Mares Anthal lo buscaban por homicidio a sangre fría, y debía fuertes cantidades de dinero en Gal'Naar, Skølsgarde y Madrid. — Me dan asco los gnomos.

— Pues disfrútalo. — El enano sonrió. Era raro que el capitán le dejara hacer y deshacer a su gusto. Puso la bala que faltaba en la cámara de su revólver y fue disparándole a los cuerpos que iban encontrando a su paso. Samir se limitó a caminar y a recoger los objetos de valor que hallaba a su paso.

Una de las razones por las que había conservado a Vestri en su tripulación era que se atrevía a hacer cosas que él no habría hecho jamás. Jocelyn era de otra madera. Era poco conflictiva y más de una vez había tenido conflicto con los métodos de Vestri. Fue criada en la Academia, en Finisterra, aunque pocos ciclos después de volverse uno de los Hermanos Mayores, Baltasar al-Sarrás, había publicado un texto que revolvió las entrañas del mundo. Regresó a bordo convertida en una mujer hermosa y su tío Tayé no podría haber sido más feliz a su regreso. Había dicho que algún día se vengaría del toledano, pero si lo que decía en su prólogo era cierto, bien se le podía dar por muerto. Tenía muchas herramientas en el arte de la persuasión y su intelecto no podía subestimarse. Además, los pocos documentos que conservó de la Academia abrían puertas donde antes no había más que polvo. Vestri se les unió poco después.

Avanzaron algunos metros más. Samir y Jocelyn iban revisando los escombros y recogiendo objetos que pudieran servirles en el dirigible. Samir iba maldiciendo las explosiones cuando se volteó a mirar a Joss y vio por qué había quedado en silencio. Un colosal anillo de fuego, que debió haber sido la parte central del Arcturus, se levantaba ante ellos. Samir dedujo que sólo pudo enterrarse así de caer en picada. Los jirones de lo que fue el globo seguían consumiéndose. Los gnomos de Thule habían desarrollado durante ciclos telas resistentes al fuego, aunque en la práctica sólo los aerostatos del calibre del Arcturus la llevaban. El recubrimiento era muy caro y Atenas tenía la patente. Una parte del

círculo cedió y se derrumbó, iluminando todo a su alrededor. Ante ellos había una enorme estructura negra. Y también una figura diminuta se acercaba cojeando hacia ellos. Vestri montó una mira en su revólver. Apuntó y esperó uno, tres, veinte segundos.

— Otro hijo de puta. Más te hubiera... —No terminó la frase. El revólver estalló. Vieron caer al gnomo pero no escucharon una palabra más de Vestri. El arma temblaba en su mano. — Samir. Era mismo. Era mismo cabrón al que le volé los sesos ahí atrás.

— Puede haber sido un efecto de las luces. Les juegan pasadas horribles a las mentes débiles.

— Cree lo que quieras, niña.

— Aunque así fuera, Vestri, —dijo Samir, intentando evitar el conflicto— nuestra prioridad es ver si quedó algo para vender. Ve a ver el cadáver. Cerciórate de que no es el mismo y alcánzanos.

— ¿A dónde van, Samir?

— A ver el cubo.

Jocelyn y él avanzaron hacia allá. Conforme se acercaban vieron que tenía grabados en todas las lenguas de Úrim. Las figuras despedían una tenue luz azulada. Pudieron leer grabados en élfico, granadino y londinense, y Joss dijo haber visto algunas en orco y gnómico. Todas decían lo mismo: Hemos construido un barco para navegar el tiempo. Abran las puertas y surquen el raudal de Kósmon. Aquí ya no queda esperanza. No tuvieron tiempo de reflexionar en lo que quería decir la inscripción. Escucharon seis disparos provenientes de donde se hallaba Vestri. Luego lo vieron aparecer tirando de un cable que iba a una placa de metal. Encima de ella traía varios cadáveres.

— Ahí tienes, imbécil. Tres. Idénticos. Hasta la misma cara pusieron para morirse. Son iguales en todo. La misma cara, los mismos ojos. Las mismas cicatrices.

Jocelyn se acercó a los cadáveres de los tripulantes del Arcturus y encontró unos números de serie tatuados detrás de la oreja izquierda. VGARM03103. El que mató Vestri antes tenía el número VGARM01403. Otro de los cuerpos tenía el código VGARM02609.

— El enano tenía razón.

— Claro que la tenía. Viví una vida de los tuyos entre las montañas. Ver en la oscuridad no es difícil.

— Vamos de regreso al Steelkilt. Traeremos a Tayé y a los otros para arrastrar esta caja a la nave.

— Samir.

— Te escucho.

— Quien sea que haya pagado al Arcturus sabe qué necesita para guardar un secreto. Mira aquí. — Vestri se agachó y señaló una caja. — En Skølsgarde le dan una de estas a los maquinistas y a los capitanes de galera.

— ¿Qué es?

— Algo que mataría a tu niña entrometida siete veces con una sola gota. — Volteó a ver a Jocelyn, que se había quedado a una distancia prudente detrás de Samir— Se le llama Llanto de Muerte. Es un veneno muy potente fabricado en Bael-Ungor. La montaña tiene flores durante la Estación del Agua. No sabíamos que eran tóxicas hasta hace poco. — Apuntó al cerrojo y lo voló de un disparo. Samir abrió la caja. Unos pequeños frascos de vidrio verde reflejaron las llamas que había por todos lados. Tomó uno y se levantó. Apenas era mayor al pulgar de Joss.

— Misiones suicida.

— Gracias, Jocelyn. No me había dado cuenta.

— En Necromancia, Baltasar dice que esas flores surgieron tras la muerte del rey Skallargrim hace más de tres mil ciclos en las laderas de Gal'Naar. — dijo Jocelyn, visiblemente irritada. Vestri siguió como si no lo hubiera oído.

— Estos frascos son caros, Samir. Nadie en Bael-Ungor te va a decir que lo vende, pero todos los conocemos. Y aquí debe haber más de cuarenta. La tripulación era dispensable.

— Pudo haber sido otra cosa. — Insistió Jocelyn.

— ¿Qué crees que sea?

— Tal vez el veneno iba destinado a los compradores, no a los gnomos.

— Puede ser. Pero ninguna de las dos versiones nos sirve ahora. — dijo, un tanto fastidiado de la conversación. — Vestri, pensándolo

mejor, ve tú por Tayé y los demás. Me quedaré con Joss, a ver qué podemos encontrar.

— Como quieras. Sólo no dejes que te pegue su aire de sabelotodo. Son un fastidio. — Cuando el enano desapareció bajo la luz de los reflectores, Joss volvió a hablar.

—Estos gnomos me recordaron algo, Sam. A alguien, más bien.

— ¿Y?

— Hará unos siete ciclos, antes de reunirme con ustedes, me encontraba en la feria de ciencia de Nueva York. Había una reunión de ingenieros de la Academia, o bueno, las partes que quedaron de ella. Estábamos festejando a Tesla cuando falló el generador. Al parecer fue algo de las calderas y las máquinas de vapor que producían la energía de la planta. Perdón, —dijo. Samir se dio cuenta de que se había sonrojado a pesar de las llamas y la oscuridad de la noche— al punto. En la oscuridad que cayó de pronto sobre nosotros, alguien habló. Dijo que había descubierto el poder de los dioses, el cómo replicar individuos y cómo fabricarlos en serie. Habló durante la noche, como hablan los sueños, y tan pronto regresó la luz su voz se apagó. No quiero caer en superstición, Samir, pero mi hipótesis es que se trata del mismo individuo.

— Tesla, el tecnomago. Hace ciclos que no oía de él. Suena a que le va bien.

— Creo que a él no le gustaría que lo llamaran así.

— Pero es lo que ve la gente cuando lo mira. Muchos sacerdotes creen que usa la vieja magia de los cuentos para ensamblar y conducir sus máquinas. Sé que no es un mago como los de los libros, Joss, pero el desgraciado se acerca mucho a ellos. ¿Algo más?

— Sí. Se supo que asesinaron a unos biólogos unas horas después y los periódicos de Hiva los ligaban con experimentos peligrosos, muchos de ellos vetados por las religiones de las islas. Decían que estaban intentando separar el alma del cuerpo. Hace unos meses escuché una voz parecida, el día que aterrizamos en Toledo. ¿Te acuerdas que buscaba los libros de Baltasar al-Sarrás? El posadero tenía la radio y escuché la misma voz que en Nueva York. Era una retransmisión de una cinta grabada en Thule. Estaba hablando de la multiplicación de las células. Pregunté si alguien se había fijado en el nombre del científico, y al parecer se trataba de un gnomo de nombre Mitros de Anatolia.

— ¿Qué tan bueno era?

— Bastante. Los gnomos siempre han sido buenos con la ciencia, pero éste iba más allá. Hablaba de la producción en serie de órganos y células, aunque sé poco más.

— ¿Y el dinero?

— No tengo idea. Pero un laboratorio aéreo como éste no lo paga un particular. Debe haber más detrás de él. Y si Vestri está en lo correcto, sabemos que los enanos también tienen intereses aquí.

— Sí. — El elfo volvió a concentrarse en el cubo y Jocelyn entendió pronto que la conversación había terminado. Tenía más inscripciones. Unas parecían sacadas de Necromancia, la obra del traidor que se había extendido ya por todo Úrim, y otras parecían fragmentos de los libros sagrados. Decía: "Fueron ustedes los que experimentaron con los engranes de la cordura. Máquinas que rasgaron el velo de Úrim y lanzaron la locura a las estrellas. Máquinas que hicieron hervir los cielos. Máquinas destinadas a una guerra más allá de este mundo. Mu es la hija del Ginnungagap."

— ¡Samir! ¡No podemos despegar! ¡Nos quedamos sin combustible! ¡Y se acercan las naves de Mekanikéia! — Vestri corría hacia ellos con la frente cubierta de sudor.

— ¿Y Tayé?

— Ya ordenó las posiciones de batalla. El Stealkilt está a oscuras y los cañones listos. Los dirigibles están del otro lado del monte. — Mientras se dirigían de regreso a la nave, le contaron a Vestri lo que habían leído en la superficie de la caja. Algunos minutos después pudieron ver los reflectores de los dirigibles revisando toda el área. La mayoría se concentraron en el gran cubo que habían descubierto. Las luces les permitieron ver que habían subestimado la cantidad de muertos. Había por todos lados. Poco menos de quinientos.

— No tiene sentido. No sirven de esclavos. — dijo Vestri, en un susurro.

Las naves clase Herákles pasaron sobre ellos. Estaban compuestas por un globo aerostático como muchas de las naves que surcaban los cielos de Úrim, pero los gnomos habían alterado el diseño para que tuviera hélices de apoyo. Aunque parecía poca cosa, esto les permitía elevarse unos cien metros más que al resto de las naves y las volvía prácticamente invulnerables. Los piratas libres del mar Altair respondieron con cañones que tenían un tiro parabólico más alto. Perdían

alcance, pero sus tiros llegaban más arriba. Además, habían construido un tipo de barco cañonero más parecido a una tortuga que a una nave, que era capaz de lanzar una salva de sesenta tiros cada cinco minutos y que disparaban hacia el cielo. Estos barcos tenían compartimentos que se llenaban con helio y éste les permitía volar por algunos minutos. Aunque no eran muy agradables a la vista, habían demostrado ser efectivos en la batalla por los cielos. Los orcos de Alzagoth, en Thule, combinaron tecnología del antiguo Imperio con métodos desarrollados en el otro continente para combatir a las poderosas Herákles. Samir sabía que las naves de los gnomos aún inspiraban terror en todo Úrim. Sólo así se explicaba que los elfos cedieran parte del Glitnir para construir Mekanikéia y la ciudad les arrebató el protagonismo rápido. Ni siquiera Snefru, con todas sus tácticas y astucia, pudo haberlo previsto. Que los gnomos de Mekanikéia se coronaran como la superpotencia mundial fue sólo cuestión de tiempo. Estaban en el corazón del mar Altair, donde antes estuvo el centro de la isla de Glitnir. Controlaban todas las rutas comerciales de Úrim y tenían pactos con los comerciantes de Thule, Hiva y el Dorado y, en realidad, eran la causa de que la piratería hubiera resurgido con tanta fuerza después de la fragmentación de la Academia. Eso fue lo único bueno que dejó Baltasar al-Sarrás: les dio a los bandidos y contrabandistas un lugar en un mundo que estuvo a punto de extinguirse bajo el puño de hierro de Mekanikéia.

Las Herákles pasaron y una de ellas se quedó atrás, como buscando al causante del desastre. No podían desaprovechar la oportunidad. Iba volando bajo. Samir ya no tenía combustible y el cubo que les llamó la atención parecía demasiado pesado para moverlo sin maquinaria. Esperaron unos minutos más hasta que la luz de los reflectores se perdió en la distancia. Tayé puso en marcha los acumuladores de emergencia que trajeron desde Londres y su dirigible volvió al aire. Cogieron por sorpresa a los tripulantes de la última nave. Samir y los suyos atacaron por abajo. Los cañones toledanos abrieron fuego a quemarropa y no tardaron en derribar a los gnomos de la Herákles. Perforaron el globo y su casco estremeció el suelo. Cayó a un par de kilómetros a la izquierda de donde estaba el Arcturus. Esta vez toda la tripulación ayudó en la limpieza; algunos cargando quinqués y otros recogiendo materiales útiles y, sobre todo, buscando las bolsas de carbón que debían llevar a bordo. Las llamas del Arcturus se habían extinto hacía poco y todo despedía un humo negro. Samir le compartió a Tayé y a Thorkild los detalles de la caja negra. Vestri estaba encargado de rematar a los supervivientes junto con un grupo de la tripulación y el resto siguió a Samir. Tayé puso la mano sobre los ideogramas en la lengua de Ájok. El fulgor azulado cambió a rojizo. Samir lo intentó con los grabados en granadino, pero no pasó nada. Luego, con los élficos. Tampoco. Y luego, con los dos al mismo tiempo. Se oyó un silbido muy agudo, como si el interior hubiera estado lleno de gas caliente. Una de las caras se deslizó

hacia un lado, revelando una gran cámara hueca. Después vieron los pistones y engranajes que movían las puertas. Entraron juntos. Había suficiente espacio para que hasta tres hombres y un troll pasaran a través de las puertas sin estorbarse. Joss encendió la llama de su quinqué y vieron una caja con unas placas de cobre y una lámina plateada. A un lado había unas hojas traslúcidas, oscuras.

—Son ọkàn lori iwe, Samir.

— Eso parece. Joss, ¿conoces a alguien que sepa revelar fotografías?

— Sí, a alguien en Madrid. Nueva York está lejos e Iunu-Ra se pasó del lado de Mekanikéia hace poco.

— ¿Cómo sabes?

— Es lo más seguro. Los elfos discutían las ventajas de aliarse con los gnomos antes de salir de ahí, aunque supe que Snefru no estaba de acuerdo. Aun así, es posible que la noticia del Arcturus les llegue antes de que nosotros regresemos al bosque.

— Madrid. Está lejos, pero podemos vender las partes en Toledo.

— Tenochtitlán también está pagando bien, arakunrin. Y tienen los ọna para revelar lo que está oculto. Sus nahuales conservaron conocimientos viejos, de jungla. Los enanos de Gal'Naar los ayudaron hace muchos ciclos. Pero los tlatoani respetan a iseda aye y levantaron sus ciudades dentro de las pirámides. Las cavaron hacia dentro y comercian con todo Eisgrind. Sus barcos son fuertes y están cubiertos de plumas.

— Y está más cerca. Ya terminamos, Samir. —Vestri entró a la cámara en donde se hallaban. — Pero antes, quería unirme a la fiesta. Da la orden cuando estés listo. ¿Qué es eso de ahí?

— Negativos. Y hay una cinta magnética también. — Jocelyn se había adentrado más en la habitación. — Está en muy buen estado. No había visto nunca una así. — Vestri exhaló, pero su cara parecía pedir una explicación. Joss sonrió y prosiguió. — Parece ser de mejor calidad. Las tapas son más duras. Está mejor protegida. Además, parece que lo hicieron en Nueva York. Le borraron los números de serie, al parecer con lija. Venía un ciclo de fabricación, pero también lo limaron. Me parece que es tecnología experimental. No creo que haya otra igual en Úrim.

— Y está esta ohun. — El troll levantó algo que parecía una

cámara fotográfica pero más pequeña y sin base o apoyo alguno.

— No quiero arruinarles el momento, pero los Herákles vienen de regreso. La hoguera de sus amigos debió llamarles la atención. O tal vez escucharon los disparos por radio.

— Carguen todo. Dejamos la caja y zarpamos con rumbo a Madrid tan pronto como podamos. Seguro nos estarán esperando en Tenochtitlán.

Todos los derechos protegidos por la ley mexicana de Derecho de Autor.

Título Original: Cuentos de la Primera Era, Volumen 2.

Folio # 03-2017-031512002100-14,

a nombre de Sergio Martínez Medina